

Jazmín®

Amor en un oasis

Barbara McMahon



Jazmín®

Amor en un oasis

Barbara McMahon

Amor en un oasis

Barbara McMahon

Amor en un oasis (2005)
Título Original: Her Desert Family
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1965
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Rashid al Halid y Bridget Rossi

Argumento:

¿Qué pasa cuando una chica corriente conoce a un jeque?

El poderoso y guapísimo jeque Rashid al Halzid era todo lo que Bridget Rossi sabía que jamás podría tener. Al fin y al cabo, ¿qué podía tener en común una tranquila bibliotecaria con un jeque? Por eso le resultó tan difícil de creer cuando la invitaron a quedarse en el oasis de Rashid, con él y con su Barbara McMahon – Amor en un oasis

hijo. ¿Cómo podía haber un final feliz para dos personas tan diferentes en todos los aspectos? Sólo había una manera de que Bridget lo averiguara…

Capítulo 1

LOS RAYOS de sol atravesaban los viejos ventanales coloreados, arrojando un arco iris de colores sobre el pulido ataúd. Bridget Rossi observó las tonalidades, insensible a cualquier sentimiento. Aún no había asimilado que su amado padre se hubiera ido para siempre. Como él había insistido tanto, lo había llevado a Italia, a su hogar.

Aquella antigua iglesia era mucho más grande que la que solían visitar en San Francisco, y aquel día estaba llena de familiares a los que apenas conocía y de extraños que habían conocido a su padre cuando éste era joven, antes de haber emigrado a Estados Unidos.

La tía Donatella estaba sentada junto a ella en el primer banco. Al otro lado estaba Antonio, el hermano de Bridget, con actitud tranquila y solemne, preguntándose probablemente cuándo podría volver a Estados Unidos y a sus negocios.

A su espalda, Bridget podía oír el murmullo de la gente, que esperaba a que comenzara la misa. De repente, el murmullo aumentó de nivel, y ella se dio la vuelta con curiosidad. Francesca siempre hacía una gran entrada, pensó con cariño mientras observaba a su prima. Todo el mundo se giró para mirarla. A Francesca le encantaba, y Bridget lo sabía. Echándose hacia atrás su ondulado cabello oscuro, recorrió el pasillo central, exhibiendo lo último en moda italiana. El vestido negro que llevaba le quedaba estupendo, haciendo que todos los demás, a su lado, parecieran desaliñados.

Bridget se pegó un poco más a la tía Donatella para hacerle hueco a Francesca, y ésta, junto al desconocido que la acompañaba, se dirigió al primer banco. Saludó con la mano a la familia, le lanzó un beso a otro primo y se giró para decirle algo al hombre alto que iba a su lado.

Bridget no había visto antes a ese desconocido. A Francesca le gustaba llevar un nuevo acompañante a cada acontecimiento, pero parecía un poco extraño llevar a un amigo a un funeral familiar.

—Hola, Bridget —dijo Francesca cuando se inclinó para abrazarla, besando el aire junto a su mejilla.

—Me alegro de que hayas podido venir —susurró Bridget, Francesca era el único familiar con el que se sentía cómoda en Italia.

—Era mi tío. Yo también lo quería —Francesca saludó a su madre y a Antonio y se sentó junto a Bridget. Luego se giró hacia su acompañante—. Rashid, ésta es mi prima de Estados Unidos, Bridget Rossi, Bridget, él es Su Excelencia, el jeque Rashid al Halzid.

Rashid se inclinó hacia delante y le tendió la mano. Bridget la tomó, sorprendida por el gesto. La mayoría de los hombres de Francesca no solían fijarse en nadie más; sólo tenían ojos para su

prima.

¿Cuándo había empezado Francesca a salir con un jeque? Era muy atractivo, y Bridget pronto se sintió fascinada.

—Mi más sincero pésame por la muerte de su padre —dijo en inglés, con un ligero acento británico.

Bridget asintió con la cabeza y retiró la mano. ¿Quién era aquel hombre con aire de autoridad y qué relación tenía con su hermosa prima? Por un momento, Bridget olvidó su dolor e intentó recordar si había oído que Francesca saliera con alguien especial, pero entre el trabajo y tener que ocuparse de su padre, no había tenido tiempo de estar en contacto con ella durante los últimos meses. Y nadie había mencionado nada en los dos días que llevaba en Italia.

El sacerdote entró y comenzó la misa, y le pareció que sólo habían pasado unos segundos cuando, poco después, salieron para dirigirse al cementerio. Allí su padre descansaría finalmente, junto a su hermosa y adorada Isabella.

Bridget se sorprendió al ver fuera de la iglesia una limusina blanca aparcada junto a la negra que proporcionaban los servicios funerarios. Miró alrededor y vio que Francesca, agarrada al brazo de Rashid, se dirigía al lujoso vehículo. Sólo había podido intercambiar unas palabras con su prima. Había pensado que irían juntas al cementerio, pero parecía que Francesca tenía otros planes. Bridget iría con su tía y con su hermano, como habían planeado en un principio.

—Tal vez a tu prima le gustaría venir con nosotros —le sugirió Rashid a Francesca, deteniéndose para mirar a Bridget—. Hace mucho tiempo que no os veis.

—Si no fuera con su hermano y con mi madre, estaría bien. Pero luego tendrá que volver con ellos, ya que nosotros iremos directamente al aeropuerto. Tal vez le resulte menos confuso seguir con los planes que ya tenían.

—A lo mejor te gustaría ir con ellos. Sé que no has visto a tu madre en varios meses, y tenemos tiempo suficiente para volver al aeropuerto después del funeral. Y, en todo caso —continuó Rashid—, siempre podemos cambiar la hora del vuelo. Si quieres quedarte más tiempo con tus familiares, hazlo.

—Eso sería muy agradable, Rashid.

Rashid creía en la importancia de la familia, y en aquellos momentos, la joven prima de Francesca parecía perdida. Donatella Bianchetti estaba hablando con unos amigos, y el hombre que le habían presentado como Antonio Rossi no le estaba prestando ninguna atención a su hermana.

Rashid comparó a las dos mujeres cuando Francesca se acercó a Bridget. Jamás habría imaginado que eran familiares. Francesca era alta, con un delgado cuerpo de modelo. Su cabello oscuro era espeso y

ondulado. Sus ojos eran misteriosos y tenían cierto toque de imprudencia que resultaba muy atractivo. Eran amigos desde hacía unos cuantos años, y Rashid disfrutaba de su compañía. Pero el estilo de vida de Francesca era mucho más frívolo que el suyo. Tras una breve visita, siempre tenía que marcharse a otra sesión fotográfica o a otro pase de modelos.

Bridget Rossi, sin embargo, tenía un aspecto sano. Su pelo castaño parecía atrapar el fuego del sol. No podía decirse que fuera delgada, pero definitivamente, tenía cuerpo de mujer. Tenía los ojos enrojecidos por haber llorado varias veces, pero su piel era delicada, y llevaba su dolor con dignidad.

Pero, ¿qué estaba haciendo, comparando a las dos mujeres? El era amigo de Francesca, y a Bridget acababa de conocerla. No sabía nada de ella excepto que acababa de perder a su padre.

Cuando Francesca le pidió que fuera con ellos al cementerio, Bridget casi no se lo podía creer. Le encantaba estar con su glamurosa prima. Pasaban muy poco tiempo juntas, y Bridget regresaría a Estados Unidos en un par de días. Seguramente, pasaría mucho tiempo antes de que Francesca pudiera visitarla, así que el paseo en la limusina podría servirles para ponerse al día.

Bridget sabía que una modelo de alta costura siempre estaba muy solicitada, y que Francesca se cotizaba mucho en Europa. Pero seguía deseando que su prima volviera a Estados Unidos con ella durante algunas semanas. Sólo hasta que se hubiera hecho a la idea de que su padre había muerto.

Bridget se frotó bajo los ojos, deseando que el rímel que se había puesto fuera realmente resistente al agua. Había llorado y no quería parecer un adefesio.

El viaje al cementerio era corto. Bridget se sentó entre Francesca y Rashid, escuchando a su prima, que le puso al corriente de todas sus actividades. La vida de Francesca era glamurosa y excitante, y no tenía nada que ver con la de una bibliotecaria de San Francisco.

Pero Bridget era demasiado consciente de la presencia de Rashid a su lado, y le costaba concentrarse en lo que ella le estaba contando. El aroma de su aftershave le recordaba a los espacios abiertos, y Bridget se fijó en sus manos, de dedos largos y uñas cuidadas. Era un jeque, y seguramente no haría nada que le produjera callos en las manos. Además, por lo que había visto, era alto y delgado, sin un gramo de grasa.

Bridget suspiró levemente. Tendría que vigilar lo que comía, o terminaría como una vaca. Miró a su prima y deseó ser tan esbelta como ella.

Y Rashid, ¿viviría en la Toscana? ¿Por eso tenía una práctica limusina? Su ropa reflejaba su riqueza. pero además tenía un intenso

aire autoritario y cierta arrogancia que lo rodeaban. Seguramente, estaría acostumbrado a conseguir lo que quería.

¿Cómo se habrían conocido Francesca y él?

—¿Francesca y tú os conocéis desde hace mucho tiempo? —preguntó. Rashid había sido muy amable al llevarla en su coche, y seguramente esperaría algo de curiosidad.

—Nos conocimos hace un par de años —contestó él.

—¿Vives aquí, en Italia? —el inglés de Rashid era mucho mejor que el de los otros primos de Bridget. Y no había intentado hablar italiano con ella, lo que era un punto a su favor. El italiano de Bridget era bastante flojo, y sus primos siempre se reían de ella cuando intentaba hablarlo.

Tampoco pensaba quedarse mucho tiempo en Italia. Cuando hubiera llevado a cabo aquella penosa tarea, regresaría a casa, a la soledad que la esperaba sin su padre.

Francesca se rió y dijo:

—No. Al contrario de lo que piensa mi familia, la Toscana no es el centro del universo. Rashid vive en Aboul Sari. Es el hijo pequeño del actual jeque. Ha sido muy amable al traerme en su avión para asistir al funeral. Me enteré de la noticia en su casa, donde estábamos de vacaciones.

—Oh, no lo sabía. Pensé que estarías en alguna sesión fotográfica o algo así —Bridget la miró, pero Francesca no parecía molesta por haber tenido que interrumpir sus vacaciones.

—Me estoy tomando unas semanas libres. Rashid tiene una casa fabulosa y habían ido a verlo algunos amigos de Inglaterra. Lo estábamos pasando muy bien —acaso el tono de Francesca implicaba que había algo más que unas vacaciones?

De repente, Bridget se sintió fuera de lugar. Debería haber ido con la tía Donatella y con Antonio. Regresaría con ellos y dejaría que Francesca y su jeque volvieran a su fabulosa casa, sin sentirse celosa por que ella tuviera que volver a su piso de San Francisco, continuando con su vida sin su amado padre.

El funeral fue breve y emotivo. Al darse la vuelta para irse, Bridget le echó una mirada a la tumba de Isabella Rossi, la primera mujer de su padre y la madre de Antonio. Su padre había visto cumplido su deseo estaba enterrado junto a su preciosa Isabella, y no junto a la madre de Bridget, donde ésta pensaba que debería estar. Su padre había estado casado con su madre mucho más tiempo que con Isabella, pero había insistido tanto, que al final Bridget había accedido.

«Pobre mamá», pensó. Ni siquiera muerta su padre era suyo.

Bridget echó a andar por el camino, consciente de que Rashid la seguía. Francesca se había detenido para hablar con otros primos. Los

conocía bien a todos, porque se había criado con ellos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Rashid cuando Bridget se detuvo junto al coche que había llevado a su tía.

—Volver a casa. Aquí no tengo nada que hacer —dijo, paseando la mirada por el cementerio. Las antiguas lápidas cubiertas de musgo no tenían nada que ver con la tumba en la que estaba enterrada su madre. Aquel cementerio era mucho más antiguo, y estaba mucho más lejos de casa.

—Pero trajiste a tu padre aquí.

—Insistió en ello. Sabía que se estaba muriendo y nos hizo prometer que lo traeríamos al lugar donde había nacido.

—Preferirías haberlo enterrado en San Francisco —dijo Rashid.

—Mi madre está enterrada allí. Y también era su esposa —Bridget no pudo evitar que el dolor se reflejara en su voz.

Rashid miró la tumba y leyó la inscripción de la tumba

—¿Isabella fue su primera mujer?

—Sí, era la madre de Antonio. Molly O'Brien era la mía. Mi padre la contrató para cuidar a su hijo cuando murió Isabella. Después se casaron y me tuvieron a mí —

Bridget había oído esa historia durante toda su vida. Parecía romántica, pero su padre nunca había amado a su madre, y ella lo había sabido. Debió de haberle resultado muy duro vivir con un hombre que seguía amando a una mujer muerta.

—¿Trabajas en San Francisco? —preguntó Rashid, observándola con unos ojos oscuros que parecían ver más allá.

Ella desvió la mirada, perturbada por las emociones que le provocaban los ojos de Rashid.

—Soy bibliotecaria en el distrito de Sunset. Tengo un pequeño piso cerca.

—Entonces, no vivías con tu padre.

Ella negó con la cabeza.

—Tal vez debería haberlo hecho. Habría sabido que estaba enfermo antes de que él finalmente lo admitiera. Tal vez podría haber hecho algo.

—¿Qué crees que podrías haber hecho?

—No lo sé. Llevarlo antes al médico, o algo así —lo miró de nuevo a los oscuros ojos, y sintió que el mundo se movía ligeramente. Los anchos hombros de Rashid, su cabello oscuro y sus ojos combinaban a la perfección con Francesca. Hacían una pareja fabulosa. ¿Habrían hecho algo más aparte de pasar unas vacaciones juntos?

Bridget sintió una punzada de envidia. Le habría encantado que un hombre sexy y maravilloso la llevara a algún lugar apartado y le hiciera el amor apasionadamente día y noche. Siempre había pensado que le encantaría ver Los Mares del Sur, pero un cenador junto al

Mediterráneo podía ser igual de romántico.

—¿Alguien sugirió que si lo hubieras cuidado más le habrías salvado la vida? —preguntó Rashid.

Bridget tardó un momento en contestar, hasta que su fantasía se desvaneció por completo.

—No, pero me preocupa que tal vez pude haber hecho algo más.

—¿Qué piensa tu hermano?

—Que no se podía haber hecho nada más.

—Tu padre era muy mayor para tener una hija de tu edad.

—Tenía más de cuarenta años cuando nació Antonio, y alguno más cuando yo nací.

Emigró a California cuando era joven, y tuvo que hacerse un lugar en el mundo antes de formar una familia. Fundó uno de los mejores restaurantes de Little Italy, cerca de Columbus Street, y otro cerca de Wharf. Cuando tuvo dinero suficiente, volvió a casa para buscar novia. Isabella era quince años más joven, pero se querían.

—O, al menos, eso dice la historia. Parece que la has escuchado muchas veces.

Ella asintió.

—Hablaba a menudo de su hermosa Isabella, sobre todo cuando mi madre murió.

Supongo que él pensaba que no me importaba, pero desearía que hubiera querido a mi madre tanto como a Isabella.

Francesca levantó la mirada y la vio con Rashid. Los saludó con la mano y se encaminó hacia ellos, pero otro grupo de gente la detuvo.

—Estoy seguro de que el matrimonio fue satisfactorio para los dos. No todo el mundo se casa por amor, como pensáis los occidentales —dijo Rashid.

—¿No crees en el matrimonio por amor? —Bridget sabía que leía demasiadas novelas románticas, pero para ella, el amor era lo mejor de la vida.

—Hay muchas razones para casarse. El amor es efímero. Se pueden crear enlaces muy fuertes a partir de otras cosas.

—¿Como qué? —no podía creer que estuviera discutiendo sobre amor y matrimonio en un cementerio con aquel jeque. Acababa de conocerlo y, probablemente, no volvería a verlo.., a menos que Francesca y él fueran en serio. ¿Conocería Francesca aquella visión tan cínica del amor?

—Los matrimonios concertados han sido una norma en mi familia durante generaciones. Las razones dinásticas crean fuertes enlaces. Y las familias que se unen por razones financieras aseguran la continuidad de muchas líneas de sangre.

Bridget miró a Francesca. Tal vez su relación con Rashid no fuera diferente de las demás. No podía imaginarse a su prima sentando la

cabeza si no era por un amor apasionado y vibrante.

—Entonces, ¿no piensas casarte pronto?

—He estado casado.

—¿De verdad? ¿Qué pasó?

—Ella murió.

—Oh —Bridget no sabía qué decir, Rashid no parecía muy afectado, aunque también era cierto que no lo conocía en absoluto—. Lo siento —dijo finalmente.

—Yo también lo sentí. Fátima era una mujer hermosa, y era una delicia estar con ella.

Todavía la echo de menos.

A Bridget no le sorprendió. Rashid era extremadamente atractivo y, obviamente, le gustaba estar con mujeres hermosas.

—Volveré con la tía Donatella. Francesca dijo que teníais que ir al aeropuerto —dijo Bridget después de un momento. Necesitaba alejarse de Rashid para mantener el equilibrio. Era como una estrella de cine, alguien con quien soñar, pero inalcanzable.

Aunque seguramente, la debilidad que sentía se debía a las emociones causadas por el funeral. Al día siguiente se reiría de haberse sentido atraída por el amigo de su prima.

Tenía que hacer la maleta, porque su vuelo salía esa misma noche. No necesitaba saber nada más de Rashid. Si su amistad con Francesca se convertía en algo más, se enteraría en el momento adecuado. Y si no...

—Eres bienvenida para quedarte unos días con tu prima. Sé que a las dos os entristece la pérdida de tu padre, y si pasaras un par de semanas en otro lugar, luego podría resultarte más fácil volver a tu vida sin tu padre —dijo Rashid.

A Bridget le sorprendió su intuición. Había estado temiendo volver a San Francisco, al piso que tenía a unas pocas manzanas de la casa donde había vivido su padre.

Tendría que aprender a desenvolverse sin la presencia reconfortante de su padre.

¿Habría sentido Rashid el mismo tipo de pérdida cuando murió su mujer?

Bridget miró a su prima. Le encantaría pasar un par de semanas con Francesca. No podía recordar cuándo había sido la última vez que pasaron más de tres días juntas.

Francesca iba poco a San Francisco. Su trabajo estaba en Italia y en otros países europeos, mientras que Bridget trabajaba en California. La única vez que habían intentado veranear juntas en Europa, a Francesca le habían ofrecido una fabulosa oportunidad que le había permitido mantenerse en lo más alto de la industria de la moda. Bridget había pasado las vacaciones sola.

—No quisiera molestar… —dijo, deseando aceptar.

—Ahora mismo hay otros cuatro invitados en la casa, sin contar con mi abuela y mi hijo, que viven conmigo. Uno más no sería ninguna molestia. Ven y pasa algún tiempo con tu prima.

—Eres muy generoso con una desconocida —dijo ella, aún dudando.

—Tal vez lo haga por Francesca. ¿No crees que se preocuparía por ti, sabiendo que estás sola en San Francisco? ¿Cómo va a disfrutar de su visita si está inquieta por ti?

—Gracias. No me gustaría que mi prima se preocupara —no estaba segura, pero le pareció ver un brillo divertido en sus ojos. Pero él desvió la mirada rápidamente.

Bridget se sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. Podría retrasar un poco el encuentro con la realidad. Tal vez todo fuera más fácil después de una semana o dos. Y podía tomarse el tiempo en el trabajo.

—Iremos contigo mientras haces la maleta —dijo él.

—¿No perderéis el vuelo? Puedo arreglarlo para ir más tarde…

—Yo piloto el avión. Salimos cuando yo quiera.

Chasqueó los dedos y el hombre que estaba parado junto a la limusina se apresuró a atenderlo. Rashid habló con él rápidamente en su idioma y, cuando terminaron, el hombre hizo una ligera reverencia y se alejó.

Bridget estaba atónita. Nunca había conocido a nadie que viajara en su propio avión privado, ni que pilotara él mismo. Ni a nadie a quien le bastara chasquear los dedos para llamar a los demás. Tenía la sensación de que pasar algún tiempo con el jeque sería totalmente diferente a todas sus experiencias anteriores. Tendría que asegurarse de tomar nota de cada sorpresa para después poder contárselo a sus amigos.

Francesca se despidió de la multitud que la rodeaba y caminó hacia ellos. Bridget la observó, deseando tener la misma soltura para desenvolverse en cualquier circunstancia y ser igual de sexy y fascinante. Pero era tímida e insegura en las situaciones desconocidas, aunque los años que había hecho de anfitriona para su padre le habían enseñado a superar algo más esa inseguridad. Aun así, nunca sería tan guapa como su prima. Bridget había heredado el aspecto irlandés de su madre, el pelo castaño y la piel llena de pecas. Sus ojos azules eran aburridos, y no exóticos, como los de Francesca.

—Siento haberos hecho esperar, queridos —dijo su prima cuando se unió a ellos—.

Deberes familiares, ya sabéis. Ya podemos irnos.

—He invitado a tu prima para que venga con nosotros.

—¿Qué? —Francesca miró a Bridget, y luego de nuevo a Rashid—.

Estoy sorprendida.

—Pensé que le vendría bien para enfrentarse al cambio. ¿Te parece mal que la haya invitado?

—En absoluto. Gracias, Rashid, es maravilloso. Podremos hablar durante toda la noche y contarnos nuestras cosas. Nunca me atrevería a invitarla a tu casa, pero me parece fantástico que lo hayas hecho tú —le dio un rápido beso en la mejilla.

—Iremos a casa de tu madre, para que tu prima pueda hacer la maleta. Después nos marcharemos.

Francesca miró su reloj.

—Pero el plan de vuelo…

—Ya lo he cambiado.

—Bueno, siempre puedo quedarme aquí —intervino Bridget, dudando una vez más de lo que estaba haciendo.

—Sería un honor que vinieras a visitarme —dijo Rashid con gravedad.

Bridget parpadeó. Visto de esa manera, ¿cómo podía negarse?

El conductor de la limusina blanca los llevó rápidamente a casa de la tía Donatella, donde Bridget hizo el equipaje. Su tía regresó antes de que terminara, y tuvieron tiempo para despedirse.

—Vuelve cuando quieras —le dijo.

Pero Bridget no estaba segura de que volviera otra vez. Era muy diferente sin su padre. Nunca había estado muy apegada a la rama italiana de la familia, excepto a Francesca. Los viajes que había hecho a lo largo de los años habían sido básicamente para acompañar a su padre, que quería visitar a sus hermanos. Pero cuando se fue de casa para ir a la Universidad a los dieciocho años, había dejado de viajar anualmente a Italia.

Podría haberse esforzado por mantener el contacto. Su madre había sido huérfana, así que no tenía familia por esa parte. La tía Donatella había sido amable, pero nunca se había relacionado mucho con ella. Bridget suspiró. Había cosas que no se podían cambiar.

Tenía un asiento en la parte trasera del pequeño jet, desde donde había una vista fabulosa de las colinas de la Toscana y de la costa italiana.

Miró a los otros pasajeros del avión. Rashid y Francesca estaban en la cabina. Su prima se reía de algo que había dicho el hombre, y le tocaba el brazo con familiaridad. Los dos hombres de caras serias que se hallaban sentados frente a ella permanecían en silencio. Guardaespaldas, pensó. O algún tipo de criados.

Su mirada se posó de nuevo en Rashid. Le encantaría tener la oportunidad de sentarse en la parte delantera del avión y ver cómo lo pilotaba. ¿Iría su prima en serio con aquel hombre? Francesca nunca había hablado de casarse y formar una familia.

Tal vez hubiera cambiado al cumplir los treinta. La vida laboral de una modelo era limitada, porque siempre había chicas más jóvenes. Se preguntó si Francesca se preocupaba por su futuro. Tal vez estuviera planeando casarse y dejar su carrera en lo más alto.

A ella misma le gustaría encontrar un hombre a quien amar y con quien casarse. Pero no pensaba saltar a los brazos de nadie sólo porque su padre hubiera muerto y ella se sintiera más vulnerable. Sin embargo, ya tenía veintiséis años…

Bridget cerró los ojos. Estaba cansada, triste y se sentía perdida. Tal vez encontrara nuevos ánimos en el país de Rashid, pensó mientras empezaba a dormirse. Conocer al amigo de su prima podría ser interesante… y peligroso, si a la mañana siguiente seguía sintiendo esa atracción.

Capítulo 2

SE DESPERTÓ cuando el avión aterrizó. No había dormido demasiado, y no se sentía descansada. Al mirar el reloj vio que eran las seis y media; no tardarían mucho en cenar, y después tal vez pudiera escaparse a la cama.

Tras recoger el equipaje, Bridget se encontró en un coche con uno de los guardaespaldas. Rashid conducía un coche deportivo biplaza, y Francesca iba a su lado.

Tras un corto viaje por la autopista, se dirigieron a un camino privado, protegido por grandes verjas metálicas. Rashid dijo algo en un interfono y las verjas se abrieron.

Bridget se inclinó hacia delante para ver mejor la casa mientras se acercaban.

El camino discurría junto a fuentes, estanques y preciosos árboles. Podía ver un trozo de edificio de vez en cuando, a través de la espesa vegetación. De pronto tomaron la última curva y la casa apareció frente a ellos.

Los hibiscos y las adelfas adornaban aquella parte del camino, proporcionando un marco perfecto al mirador que rodeaba la parte baja del edificio. La fachada blanca reflejaba el sol de la tarde, y Bridget pensó que el edificio parecía demasiado femenino para la fuerte masculinidad de Rashid. Para él se habría imaginado algo de cristal y acero, o una casa altísima, que reinara sobre el resto del vecindario.

El hombre que compartía el asiento trasero con Bridget abrió la puerta y la ayudó a bajar. Francesca ya se dirigía a la puerta principal, pero Rashid permanecía junto al coche deportivo, esperando a Bridget. La observó mientras ella echaba un vistazo alrededor; era evidente que estaba gratamente sorprendida. Observó cada parterre de flores, dirigió la mirada hacia los árboles y admiró los caminos que conducían a la fuente principal.

—Esto es precioso —dijo cuando llegó a su lado.

—Me alegra que te guste. Le dije a Francesca que yo te ayudaría a instalarte. Pareces cansada. ¿Prefieres saltarte la cena e irte directamente a la cama?

—Oh, no, gracias. He echado una siestecita en el avión —no podía aparecer e, inmediatamente después, irse a su cuarto.

—Te presentaré rápidamente a la gente y después te enseñaré tu habitación, para que puedas refrescarte antes de cenar. No nos cambiamos de ropa a menos que sea una cena formal.

Cuando entraron se encontraron con un par de personas. Rashid le presentó a Jack Dalton. Jack era un deportista nato y jugaba al polo

desde hacía muchos años.

Enseguida se puso a hablar con ella de polo, y Rashid se dio cuenta de que ella no sabía nada de ese deporte, limitándose a asentir y esforzándose por parecer interesada. La rescató de su amigo y le presentó a Marie Joulais.

Marie la saludó cálidamente cuando las presentaron y, señalando a Jack, se rió. —

Mantente alejada de él esta noche si no quieres que te vuelva a hablar de lo mismo. A Rashid y a él les encanta el polo. Pero me prometió que nos daríamos un baño rápido antes de cenar. Creo que tenemos tiempo.

—Entonces, os veremos a las ocho —dijo Rashid, agradecido de que Marie se ocupara de Jack. Le gustaba la compañía de su amigo, pero sabía que podía aburrir a cualquiera. Puso una mano bajo el codo de Bridget y la guió hacia las escaleras, que casi parecían suspendidas en el aire—. Ven, te enseñaré tu habitación.

Una mujer mayor, vestida de negro, estaba junto a las escaleras. Rashid le dijo algo y ella inclinó la cabeza y se fue.

—Normalmente mi ama de llaves, Marsella, te habría enseñado tu cuarto, pero hoy yo tendré ese honor.

Marsella era excelente en su trabajo, pero por alguna razón, Rashid quería acompañar él mismo a Bridget. Parecía perdida y triste, y eso le despertaba cierto instinto de protección.

La llevó a una habitación decorada en amarillo pálido, con cortinas que se agitaban levemente por la brisa. Había una rica alfombra en el suelo que era una delicia para los pies cansados, y la cama era grande y alta, con tres escalones en uno de los lados.

Fátima había decorado la casa. Había demostrado un gusto excelente y Rashid no había tenido ninguna necesidad de cambiar nada tras su muerte.

—Es preciosa —dijo Bridget observando la habitación.

—Nos veremos en el solárium a las ocho para beber algo. Cenaremos a las ocho y media. Ha sido un día muy largo y muy estresante; necesitas comer algo —hizo una leve inclinación de cabeza y la dejó sola en el cuarto.

Sus habitaciones estaban en dirección contraria. Mientras se dirigía a ellas para refrescarse, se preguntó si a Bridget le haría bien aquella visita. Esperaba que se sintiera cómoda en compañía de Francesca.

De nuevo se descubrió comparando a las dos mujeres. Francesca era hermosa y refinada, y podía conversar fácilmente con hombres de estado y con financieros.

Bridget parecía tímida y casi perdida. Intentaría pasar algún tiempo con ella en los días siguientes para ver si podía borrar la tristeza de sus ojos.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Rashid, Bridget empezó a deshacer la maleta. Sólo había planeado quedarse unos días con su tía, así que no había llevado mucha ropa, sólo unos cuantos vestidos y pantalones. Desde luego, nada adecuado para pasar unas vacaciones con un jeque. Tal vez debería volver a casa... O preguntar dónde estaban los grandes almacenes más cercanos.

Sonrió para sí. Tal vez a Francesca le apeteciera ir de compras con ella y sugerirle qué comprar. Con el buen gusto y el estilo de su prima, Bridget saldría airosa del paso.

Se dio una ducha rápida y se puso un vestido de color azul marino. Se peinó el cabello hacia atrás, recogiéndoselo con un lazo a juego. Sus ojos aún estaban algo hinchados por haber llorado. No le gustaba la tristeza que se reflejaba en ellos, aunque tampoco tenía que impresionar a nadie, sólo recuperarse de la muerte de su padre.

Salió al largo pasillo, preguntándose dónde estaría el solárium. Si se hubiera dado más prisa arreglándose, podría haberse encontrado con algún otro invitado e ir con ellos. O encontrar a Francesca. Pero ya eran más de las ocho. Llegaba tarde y estaba perdida.

Encontró las escaleras y se sorprendió al ver a un niño sentado en el escalón superior, jugando con un cochecito.

—Hola —le dijo, esperando que pudiera entenderla. Ella, desde luego, no hablaba árabe.

—Hola —respondió el niño, y la miró. Luego dijo algo que ella no entendió.

—Perdona, ¿hablas inglés?

—Sí. Y también francés. ¿ Parlez, vous français?

Parecía muy pequeño para hablar tres idiomas. Bridget estaba impresionada.

—No, sólo hablo inglés y un poco de italiano —se sentó junto a él en el escalón—.

Soy Bridget Rossi. He venido de visita. ¿Quién eres tú?

—Soy Mo. Mohammed al Halzid. Vivo aquí.

—Entonces, creo que ha sido tu padre quien me ha invitado.

—¿Está en casa?

A Bridget se le encogió el corazón al ver la esperanza que se reflejó en los ojos del niño. Sintió deseos de abrazarlo fuertemente y decirle que sí, que fuera a buscarlo.

Pero no sabía dónde estaba Rashid en ese momento; seguramente, con los demás invitados en el solárium. Tal vez Mo conociera el camino...

—Sí, está aquí. Voy a reunirme con él y con los demás invitados en el solárium.

¿Sabes dónde está?

Mo sacudió la cabeza.

—No está permitido que los niños pequeños molesten a los invitados —suspiró y miró su juguete.

—Tal vez podamos encontrarlo sin molestar a nadie —sugirió Bridget, sintiendo simpatía por el niño. Parecía sentirse solo, y ella sabía lo que era eso. Durante un momento, los ojos de Mo se iluminaron, pero después negó con la cabeza.

—No creo que deba hacerlo.

—Entonces, puedo decirle a tu padre que esperas verlo antes de cenar. ¿Eso funcionaría? —Mo pareció pensar en la sugerencia antes de asentir gravemente—.

¿Cuántos años tienes? —preguntó, totalmente cautivada. Era un niño adorable de mirada solemne y largas pestañas. Su cabello oscuro era corto y brillaba bajo la luz.

Rashid era un hombre afortunado.

—Cinco.

—¿Cinco años y ya sabes hablar tres idiomas? Es impresionante.

El asintió con orgullo.

—Eso está muy bien —en aquel momento Bridget oyó voces en el piso inferior.

Rashid y uno de sus hombres entraron en el vestíbulo y se dirigieron al salón. Se detuvo y miró hacia arriba, sorprendido de verlos en las escaleras. Le dijo algo al otro hombre y después comenzó a subir.

—¿Qué tenemos aquí?

Mo le dio una rápida explicación en árabe y se lanzó a sus brazos. Durante una fracción de segundo, Bridget deseó poder hacer lo mismo, y el pensamiento la sorprendió. Se levantó lentamente y sonrió. Rashid tomó al niño en brazos y Mo le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Quería verte antes de la cena —dijo ella—. Yo no sabía cómo llegar al solárium, así que le pregunté, pero me dijo que no le estaba permitido molestar a los invitados, y estábamos hablando de la situación.

Los dos la miraron y Bridget vio el parecido al instante. Aunque no hubiera sabido que Mo era hijo de Rashid, al verlos juntos no había duda.

—Deberías estar con Alaya —le dijo Rashid a Mo en inglés.

—Pero no me estaba molestando —intervino Bridget—. Sólo quería verte antes de irse a la cama. Me alegro de haberte conocido, Mo. Tal vez nos veamos mañana.

Rashid entornó los ojos.

—Normalmente no se relaciona con los invitados.

—Oh, lo siento. No sabía que hubiera limitaciones.

—Y no las hay. Pero, por lo general, los adultos que vienen a

visitarme no lo hacen para pasar el tiempo con un niño pequeño.

—Me encantan los niños. Siempre deseé tener montones de hermanos y hermanas.

Antonio es algunos años mayor que yo, y tenemos pocas cosas en común. Muchas veces me sentía como si fuera hija única.

—Yo soy hijo único —dijo Mo, aún en brazos de su padre.

—¿Y te gusta? —Bridget le sonrió.

—No, quiero un hermano. Papá tiene dos hermanos, pero yo no tengo ninguno.

—Bueno, es hora de irse a la cama —Rashid y Mo comenzaron a andar por el pasillo, en dirección contraria a la habitación de Bridget. Dudó un momento cuando su hijo le susurró algo al oído y se volvió —. ¿Te gustaría ver la habitación de Mo?

—Me encantaría —era cierto y, además, eso le concedería unos minutos extra antes de enfrentarse con una habitación llena de invitados. Esperaba que todos hablaran inglés. Por lo que sabía, Francesca sólo hablaba inglés e italiano, así que si podía desenvolverse, ella también lo haría. Por lo menos en lo que se refería a los idiomas; en cuanto al resto, no estaba segura. No solía relacionarse con jeques.

La habitación de Mo era grande, como todas las de la casa. Una joven que parecía nerviosa regañó a Mo y se disculpó rápidamente ante Rashid. A Bridget le pareció que no era la primera vez que el niño escapaba a su vigilancia.

Rashid le dijo a la joven algo en árabe, claramente irritado, y ella se dio la vuelta y se marchó.

Dejó a Mo en el suelo, junto a él.

—La próxima vez que te vayas sin decírselo, Alaya se meterá en problemas por tu culpa. No quieres que ocurra eso, ¿verdad? —dijo Rashid.

Mo negó con la cabeza.

—Pero quería verte.

—Enséñale a la señorita Rossi tu habitación y después prepárate para meterte en la cama.

Mo se acercó a ella y le tendió la mano. Bridget la tomó, encantada, y el niño recorrió la habitación, señalándole muñecos, libros y juegos.

—¿Te gustan los juegos? —le preguntó Mo.

—Sí. Tal vez podamos jugar a uno mañana. O puedo leerte un libro. He visto que tienes varios en inglés —dijo, señalándolos.

El asintió, entusiasmado.

—Me gustan los libros en inglés. ¿Entonces, mañana? ¿Me lo prometes?

—Mo —dijo Rashid en tono de advertencia. No dejaría que su hijo

molestara a ningún invitado.

—Si a tu padre le parece bien, me encantaría leerte algo. Pero primero, él tiene que dar su consentimiento —se volvió hacia Rashid —. Sería un placer.

—Estás aquí para descansar y recuperarte de tu pérdida, no para cuidar de mi hijo —

dijo fríamente. A decir verdad, ninguno de sus invitados quería ver nunca a su hijo.

Rashid estaba orgulloso de Mo, pero sabía que el lugar de un niño no estaba con los adultos.

El niño pronto tendría edad para ingresar en un colegio interno. Rashid recordaba haber dejado su casa a los siete años y haber pasado muchos años en Inglaterra y en Francia, estudiando. Quería quedarse junto a su hijo algo más de tiempo. Mo parecía demasiado pequeño para enviarlo lejos en sólo dos años.

—Por mí está bien —contestó ella—. ¿No debería permitírseme hacer lo que me haga feliz para recuperarme de la muerte de mi padre?

—¿Leerle libros a un niño que acabas de conocer te haría feliz? —en su voz había un toque de escepticismo. ¿Acaso estaba intentando impresionarlo?

—Me encanta ayudar a la bibliotecaria con los niños cuando lo necesita. A menos que no quieras que le lea...

Rashid se quedó mirándola un momento.

—Seria inusual, pero aceptable —¿a qué estaría jugando aquella mujer? Durante unos instantes se preguntó si estaría intentando demostrarle la maravillosa madre que sería para su hijo. Pero la verdad era que mostraba mucho más interés en Mo que en él.

Su padre diría que estaba obsesionado, pensando que las mujeres siempre querían adularlo. Pero lo hacían, y Rashid sabía que era por su posición y su dinero más que por cualquier otra cosa. Deseó que Bridget no fuera una de esas mujeres.

Ella sonrió a Mo.

—Vendré por la mañana, ¿de acuerdo? Te leeré algunos cuentos y luego tal vez podamos jugar a algo.

—Sí. Ven pronto.

—Después de desayunar —le dijo suavemente.

Mo asintió y la rodeó con sus brazos.

—Gracias —le dijo.

Rashid estaba sorprendido. Normalmente, su hijo no demostraba su cariño, Bridget le devolvió el abrazo y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Hasta mañana, entonces. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Mo.

Rashid acarició la cabeza de su hijo con suavidad.

—Vete a dormir cuando Alaya te lo diga. Yo también te veré mañana —abrió la puerta para que Bridget saliera e hizo entrar a la joven en la habitación—. Te enseñaré cómo se va al solárium —dijo después de darle las buenas noches a Mo.

—Te lo agradecería. ¿No sueles darles un plano a tus invitados? Este lugar es enorme.

—Lo siento. Pensé que Francesca iría contigo.

—Tal vez pensara hacerlo. Pero me di una ducha y tardé mucho en vestirme. Por eso llegué tarde.

De repente, Rashid se la imaginó en la ducha, con el agua acariciándole el cuerpo y el cabello mojado. Sus pecas contrastarían con su piel clara, ¿Tendría pecas en algún otro lugar, o sólo en la nariz?

—No te dará tiempo a tomar el cóctel —dijo, apartando esos pensamientos.

—No importa. Espero no haber hecho esperar a los demás invitados.

—Seguro que han empezado sin nosotros.

El solárium estaba en un extremo de la casa, pasando el salón. Estaba lleno de gente cuando Bridget y Rashid llegaron. Ella buscó rápidamente a Francesca con la mirada, y la encontró con un tipo alto y desgarbado que parecía totalmente confundido.

—Aquí estáis, queridos —dijo Francesca mientras avanzaba hacia ellos, ignorando al joven.

—No conocía el camino —contestó Bridget—. Afortunadamente, me encontré con Rashid en las escaleras.

—¿Y por qué llegas tan tarde? —le preguntó Francesca a Rashid—. Ya casi es la hora de cenar.

—Negocios.

—¿Y qué más? Rashid, estás de vacaciones. Deja que alguien se ocupe de todo —dijo, sonriendo—. Tendremos que hacer algo con tu tendencia de anteponer el deber a todo.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Ignorarlo? —preguntó él.

—Hay un tiempo y un lugar para cada cosa.

Bridget sonrió, recordando cómo su prima había desaparecido para trabajar mientras veraneaban juntas.

Justo entonces sonó una campanilla.

—Charles, ¿quieres acompañar a Francesca? —le dijo Rashid al joven con el que Francesca había estado hablando—. Me gustaría presentar a Bridget a mi abuela antes de cenar. Estaremos con vosotros enseguida —tomó a Bridget por el codo—.

Vamos.

La condujo hacia una silla que estaba junto a un extremo del

solárium. En ella se encontraba sentada una anciana vestida de negro que, aunque estaba sola, parecía imponente. Observaba las flores, iluminadas por las luces del jardín.

—Abuela, te presento a mi invitada, Bridget Rossi. Bridget, ella es la madre de mi madre, Salina al Besoud.

La mujer sonrió a su nieto y después miró fijamente a Bridget.

—¿Rossi? ¿Eres pariente de Francesca?

—Es mi prima.

—Hmmm.

Bridget parpadeó, sorprendida. Normalmente la gente le decía que era muy afortunada al tener a una prima tan guapa. En ese momento, no supo cómo responder.

—Encantada de conocerla —dijo educadamente.

—Cuánto tiempo te vas a quedar? —la anciana se levantó mientras preguntaba, y tomó el brazo de Rashid para ayudarse a hacerlo.

—El tiempo que ella quiera. Bridget acaba de enterrar a su padre, y pensé que estar aquí con su prima le facilitaría la vuelta a San Francisco —contestó él antes de que Bridget pudiera decir nada.

—Ah, eres de Estados Unidos. Háblame de tu hogar. ¿Es cierto que en San Francisco siempre hace sol? —preguntó la señora Besoud.

Cuando llegaron al comedor, Bridget se sentó junto a Salina al Besoud, con Francesca a su derecha. Rashid hizo las presentaciones. Bridget saludó a Jack y a Marie como si fueran viejos amigos. Charles Porter la saludó brevemente. Elizabeth Wainswright, que se sentaba frente a Francesca, parecía muy infeliz, y apenas la saludó con la cabeza. Todos hablaban inglés, por lo que Bridget se sintió agradecida.

—Jack, Charles y yo fuimos a la Universidad juntos en Inglaterra. Nos seguimos reuniendo siempre que podemos —explicó Rashid.

Sin embargo, quedó claro mientras cenaban que, aunque todos hablaban el mismo idioma, Bridget no tenía nada en común con el resto de invitados. Escuchaba a Francesca mientras contaba anécdotas sobre el mundo de la alta costura. Elizabeth mencionó sus planes de visitar París después de abandonar Aboul Sari.

Jack empezó a hablar de partidos de polo, y retó a los demás hombres a jugar con él, para que también pudieran ver a Rashid en acción.

—Estás muy callada —le dijo a Bridget la abuela de Rashid.

Bridget sonrió.

—No tengo nada que decir.

La anciana la miró durante unos instantes y después observó a los invitados.

—Los demás tampoco. Creo que hablan solamente para escucharse a ellos mismos.

Bridget ahogó una risita. Podría pensarse eso de Jack. Y Charles

casi no había hablado, mirando a Francesca con ojos de gacela enamorada.

Bridget sonrió cuando los invitados accedieron a jugar un partido de polo antes de marcharse. Le encantaría ver el partido, y se preguntó si podría conseguir en algún sitio un libro que hablara de aquel deporte.

—¿Te gusta el polo? —le preguntó la abuela de Rashid.

—La verdad es que nunca he visto un partido, pero suena divertido.

—¿A qué te dedicas?

—Soy bibliotecaria en San Francisco.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Durante los siguientes minutos, Bridget habló con la señora al Besoud sobre la muerte de su padre y su entierro. Le contó que Rashid había acudido al funeral y que había terminado invitándola a su casa. Cuando le contó que iba a leerle unos cuentos a Mo al día siguiente, la mujer pareció sorprendida.

—Tal vez también puedas leerme a mí un libro —dijo la mujer—. Hablo inglés. pero leerlo es mucho más difícil. Una amiga me ha enviado un libro, y me gustaría escribirle para decirle que me ha gustado.

—Me encantaría —contestó Bridget.

—Ven a mi apartamento mañana después de comer. A menos que necesites acostarte un poco.

—No, no lo necesitaré —Bridget sonrió al pensar en echarse una siestecita cada día.

Normalmente estaba demasiado ocupada con el trabajo y haciéndose cargo de su padre. Pero ya no tendría que hacerlo.

La abuela de Rashid se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas en la mano.

—El tiempo lo cura todo.

Bridget parpadeó, intentando que las lágrimas no acudieran a sus ojos.

—Lo sé. Mi madre murió hace pocos años. Aún la echo de menos, pero ahora es más fácil. Pero siempre he tenido a mi padre, y no puedo soportar pensar que ya no voy a oír su risa, ni a sentir su abrazo.

—Yo también echo de menos a mi padre, y murió hace treinta años —dijo Salina al Besoud suavemente—. Pero ahora tengo recuerdos felices que me reconfortan. Piensa en los buenos momentos.

Cuando la cena terminó, la fiesta se retomó en el solárium. Había música suave y se había preparado una mesa para jugar a las cartas. Bridget se detuvo en la entrada y buscó a Rashid. Estaba demasiado cansada para quedarse y esperaba que no pensara que estaba siendo

maleducada al retirarse temprano. Vio a su prima y atravesó la habitación.

—Me voy a ir a la cama —le dijo suavemente—. ¿Crees que Rashid pensará que soy grosera por irme tan pronto?

—En absoluto. Descansa. Mañana nos pondremos al día.

Rashid se acercó a ellas.

—¿Te vas? —preguntó. Ella asintió, sintiéndose torpe. Nadie más parecía dispuesto a marcharse—. Entonces, que duermas bien. Y gracias por ser tan amable con mi hijo.

—¿Amable? —preguntó Francesca—. ¿Cuándo has conocido a su hijo?

—Esta tarde. Mañana le leeré un libro —dijo Bridget.

—Tenemos pensado pasar la mayor parte del día en la piscina. Ven a nadar cuando puedas —dijo Francesca, dándole un abrazo a su prima—. Un poco de sol te vendrá bien.

Bridget ya había empezado a subir las escaleras cuando Rashid la llamó.

—¿Sí? —preguntó, dándose la vuelta. El la había seguido desde el solárium.

—Mi abuela me ha dicho que también vas a leer para ella. No te he invitado para que entretengas a mi familia —parecía irritado.

—No pasa nada. Me encantan los niños y me gustaría pasar algún tiempo con Mo. Y

tu abuela tiene un libro que nos gustaría leer a las dos. Además, me servirá para no pensar en otras cosas.

—¿No preferirías pasar el día en la piscina con Francesca y los otros?

—No todo el día. Parecería una langosta. Francesca adquiere un bronceado precioso, pero yo me quemo y me pelo. Y no he traído bañador, no pensé que lo necesitara.

—Tenemos bañadores en el vestuario que hay junto a la piscina, y también crema solar y sombrillas —dijo él.

Rashid estaba un par de escalones por debajo de ella, y sus ojos se encontraban al mismo nivel. Bridget se sentía fascinada, y el corazón empezó a latirle con fuerza.

—Entonces, me aseguraré de usar la crema y una sombrilla —contestó con suavidad.

¿Qué haría él si se inclinara y lo besara? ¿Qué haría ella si perdiera la cabeza y lo hiciera?

Se dio la vuelta y subió las escaleras corriendo, antes de que pudiera hacer una estupidez con un hombre al que había conocido esa misma mañana.

Rashid la vio subir las escaleras y dirigirse rápidamente hacia su habitación. Tuvo que agarrarse a la barandilla para evitar seguirla.

Para asegurarse de que tuviera todo lo que necesitaba. Para comprobar que no había imaginado el fuego que amenazaba con arder entre ellos cuando estaba a su lado.

Capítulo 3

RASHID entró en la habitación de Mo a la mañana siguiente, y se sorprendió al encontrarla vacía. Llamó a Alaya.

—¿Señor? —ella apareció por la puerta que comunicaba con el cuarto de al lado.

—¿Dónde está Mo?

—La señorita se lo ha llevado a los jardines. ¿Debería haberles dicho que no? —

preguntó, preocupada—. Les dije que volvieran a la hora de comer. ¿Quiere que vaya a buscarlos?

—Los buscaré yo mismo.

No podían haber ido muy lejos. Mo era un niño pequeño y Bridget no conocía los jardines. Sin embargo, diez minutos después, aún no había conseguido encontrarlos.

Incluso se acercó a la piscina, por si estuvieran allí. Marie y Francesca estaban tumbadas tomando el sol, pero no había ni rastro de Bridget y Mo.

Estaba a punto de rendirse y pedirles ayuda a los jardineros cuando oyó la risa de Mo. Siguió el sonido y... ¡los encontró subidos a un árbol! Con los brazos en jarras, levantó la mirada hacia las ramas del viejo cedro. Estaban sentados en una rama amplia y robusta, cerca del tronco, y se reían de un dibujo que había en el libro que ella sostenía en su regazo.

—¿Qué estáis haciendo ahí arriba?

Mo miró hacia abajo.

—Hola, papá. Bridget y yo estábamos explorando y encontramos este escondrijo.

—No te preocupes, nunca dejaría que se cayera —dijo Bridget—. Además, no estamos tan altos.

—¿Y no podíais leer el libro sentados en un banco?

—¿Es que no tienes sentido de la aventura? ¿No habrías preferido estar en un árbol en vez de en un banco cuando tenías cinco años?

Rashid la miró. A los cinco años no se dedicaba a subirse a los árboles. Tenía un tutor y estaba encerrado en su habitación, aprendiendo las letras y los números.

—Puede que tengas razón. Y ahora, ¿podéis bajar? Casi es la hora de comer.

Rashid agarró los libros que ella le pasó y los puso a un lado. Después tomó a Mo en brazos y lo dejó junto a los libros.

—Ahora los recoges y los llevas a casa —le dijo a su hijo. Después extendió los brazos para ayudar a Bridget a bajar.

Ella aterrizó apoyando las manos en sus brazos, y él la agarró de la

cintura. Durante un momento, se miraron a los ojos. Rashid deseaba acercarla más a él, sentir las suaves curvas de su cuerpo contra el suyo y saborear la dulzura de su boca. La había conocido el día anterior, pero sentía una fuerte atracción hacia ella.

—¿Podemos volver a leer mañana, Bridget? —preguntó Mo, rompiendo la magia.

Rashid dio un paso atrás y dejó caer los brazos a los lados.

—Puede que Bridget tenga otras cosas que hacer mañana —le dijo a Mo, evitando la mirada de Bridget.

—A menos que tu padre tenga otros planes para sus invitados, no veo por qué no. Te lo diré antes de que te vayas a dormir, ¿de acuerdo? —preguntó, dedicándole una sonrisa deslumbrante. Rashid deseó que aquella sonrisa hubiera ido dirigida a él.

—De acuerdo —contestó Mo alegremente—. Ha sido muy divertido. ¡Me gustaría hacerlo todos los días!

—A mí también —respondió ella.

Rashid creyó haber imaginado cierta nostalgia en su voz. A las mujeres les gustaba la emoción y la aventura, no pasar el tiempo con niños pequeños. ¿A qué estaría jugando Bridget?

—Ve con Alaya, Mo. Tendrá la comida preparada enseguida.

—Vale. Adiós, Bridget —le dio un breve abrazo y se dirigió alegre hacia la casa, con la media docena de libros que habían estado leyendo.

—Es un chico encantador —dijo ella, alisándose la falda—. Pero, si voy a seguir subiéndome a los árboles, voy a necesitar otra ropa —miró a Rashid—. De hecho, voy a necesitar más ropa para mi estancia aquí. ¿Crees que podría acercarme a la ciudad y comprar algo?

—Pondré un coche a tu disposición.

—Gracias. Tal vez Francesca quiera venir conmigo.

—Podemos organizarlo para mañana. Tengo que ir a mis oficinas de la ciudad, así que podría llevaros y recogeros más tarde. O puedo ofreceros un coche para las dos.

Bridget le sonrió y Rashid deseó haberle podido ofrecer algo más. ¿Cómo sería su sonrisa si le regalara una pulsera de diamantes?, se preguntó.

—Gracias, eso sería perfecto. Se lo comentaré a Francesca. Estoy deseando conocer la ciudad. Ayer la atravesamos tan rápido que no me dio tiempo a ver nada —miró su reloj—. Voy a asearme un poco antes de comer.

—No te preocupes, tienes tiempo. Mo come a las doce, pero nosotros lo haremos a la una —Rashid comenzó a caminar hacia la casa, con Bridget a su lado.

—Tienes unos jardines maravillosos —dijo ella, deteniéndose para oler una flor—.

Mo y yo hemos dado un paseo, explorando, y hemos intentado reconocer todas las flores. Reconocimos las rosas y los hibiscos, pero tienes muchas variedades que no conozco. También hemos descubierto otro escondite detrás de uno de los arbustos.

Tal vez nos metamos allí mañana para leer.

Rashid no podía imaginarse a ninguna de las mujeres que conocía arrastrándose para meterse en un escondite detrás de un arbusto. Pero Bridget hacía que pareciera divertido. No le extrañaba que Mo hubiera estado tan feliz.

—¿Eras muy aventurera de pequeña?

—No especialmente, pero me gustaba jugar con Antonio. Era una chica corriente, y nunca me interesó mucho el maquillaje y la moda, al contrario que a Francesca. Así que me dedicaba a otras cosas.

—Yo no te describiría como una mujer corriente —tal vez su padre hubiera comparado a las dos primas, haciendo que Bridget se sintiera inferior? Rashid sabía que su propio padre había empleado esa técnica con sus hijos, comparándolos y animándolos a competir para que destacaran en campos que no controlaban, con la esperanza de formar a unos hombres fuertes. Como consecuencia, Rashid no se sentía cercano a ninguno de sus hermanos. Si tenía más hijos, no usaría esa táctica con Mo ni con sus hermanos.

—Desde luego, no me puedo comparar a Francesca. Ella es varios centímetros más alta, y probablemente yo pese diez kilos más que ella.

Rashid se detuvo y la puso frente a él, con las manos en sus hombros. No le gustaban las mujeres que eran todo piel y huesos. Nunca había podido entender que la gente se preocupara por comer demasiado. Ella era perfecta tal como era. Bridget Rossi era una mujer vibrante, y sospechaba que había mucho más en ella de lo que se veía.

Su pulso se aceleró mientras la contemplaba. Su cabello brillaba al sol, adquiriendo un tono entre el rojizo y el castaño, con reflejos dorados. Sus ojos lo miraban con franqueza, sin ocultar nada. Las pecas que cubrían su nariz le parecían encantadoras, y sintió deseos de besarlas todas, una a una.

«Ya basta», se dijo. Estaban en un camino del jardín, y algún invitado podía aparecer en cualquier momento. Además, él no tenía intención de comenzar ninguna relación en aquel momento. Sin embargo, se sentía intrigado por la estadounidense.

—¿Crees que a los hombres nos gusta abrazar a una mujer que parece anoréxica? Tú eres perfecta.

Ella lo miró atónita y, despacio, los dedos de Rashid comenzaron a acariciarle los hombros por encima de la camiseta de algodón. Deseaba apretarla contra él y, a cada momento que pasaba, sentía más necesidad de besarla. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, sin pestañear, y Rashid se preguntó si él era el único que deseaba ese

beso.

Ella era su invitada y no quería forzarla a nada, pero...

—Gracias. Nunca me habían dicho que era perfecta —dijo ella, dando un paso hacia atrás y rompiendo el contacto. Se dio la vuelta y corrió hacia la casa.

Rashid comenzó a seguirla, apretando el paso para alcanzarla, y se encontraron con Marie y Francesca, que abandonaban la piscina.

—El agua estaba fabulosa —dijo Marie al verlos.

Francesca los observó con curiosidad.

—Creí que ibas a leerle un libro al hijo de Rashid —dijo cuando Bridget llegó a su lado.

—Y lo he hecho. Lo hemos pasado de maravilla. Es un niño encantador y divertido.

¿Lo has pasado bien en la piscina?

—Sí, pero no quiero broncearme demasiado. No es bueno para las fotos.

Rashid las escuchaba, mirando a Francesca. Sin duda, era una mujer hermosa, pero su mirada se iba una y otra vez a Bridget. Tenía una calidez y una franqueza que lo atraían.

—Creí que vendríais con nosotros a la piscina —le dijo Francesca a Rashid.

—Tenía trabajo que hacer, y después fui a buscar a Mo —contestó él.

—Tal vez podamos nadar juntos esta tarde.

—Suena bien —no planeaba pasar toda la tarde en la piscina, pero nadar un poco lo refrescaría. Y tenía que pasar tiempo con sus invitados.., con todos ellos, por mucho que quisiera estar sólo con uno —. Bridget quiere hacer algunas compras. ¿Te gustaría acompañarla mañana? —preguntó Rashid cuando se acercaban a las cristaleras que conducían al solárium.

Francesca no dudó ni un segundo.

—Me encantaría. ¿En aquella boutique que me enseñaste la semana pasada?

—Si es lo que quieres... —era una pequeña y exclusiva tienda cerca del centro. La propietaria había estado encantada de tener como dienta a una modelo tan conocida.

—Sí —Francesca pareció repentinamente feliz, y Rashid sabía que no se debía sólo al hecho de poder pasar tiempo con su prima, sino a la oportunidad de comprarse ropa.

Nunca había conocido a nadie tan interesado en la ropa como Francesca—. Te encantará la boutique, la ropa es fantástica —afirmó, dirigiéndose a su prima—.

Supongo que no vendrás con nosotras... —le dijo a Rashid.

El negó con la cabeza.

—La última vez que fui contigo, tuve que aguantar las risitas y las miradas de las dependientas. Bridget y tú os lo pasaréis mejor sin mí.

Francesca enlazó su brazo con el de Bridget y empezó a andar hacia la casa.

—Vamos a comprar toda la tienda!

Rashid echó a andar junto a Marie, con la mirada puesta en las primas, que caminaban delante de ellos. Debía repartir su tiempo entre todos los invitados, pero por un momento deseó poder ver a Bridget mientras se probaba vestidos en la boutique.

Rashid se había ido pronto y había enviado el coche de vuelta para Francesca y Bridget. Esta esperaba a su prima, que apareció al mediodía, a la hora acordada, con un vestido blanco de lino que acentuaba su reciente bronceado. Bridget se sintió feliz al saber que iban a pasar algún tiempo juntas.

Deseaba descubrir, de manera casual, si había algo más que amistad entre su anfitrión y Francesca. Los había observado el día anterior, cuando todos estaban juntos, y no había detectado ningún vínculo especial entre ellos. Pero, ¿y si estuviera empezando a interesarse por un hombre por el que Francesca ya estaba interesada?

—¿Conoces a Rashid desde hace mucho tiempo? —le preguntó a su prima cuando ya estaban en el coche.

—Desde hace un par de años. Acudió a una de las galas benéficas en las que desfilé y allí nos conocimos. Es un hombre divertido, ¿verdad?

—Sí —divertido, excitante, misterioso y tan sexy que Bridget estaba empezando a tener sueños eróticos con él.

—Es una pena lo de su mujer —dijo Francesca.

—Me dijo que murió. Y que era muy hermosa.

—No lo sé, nunca la conocí, pero no puedo imaginarme a Rashid con una mujer que no sea tan atractiva como él.

Bridget asintió con la cabeza, sintiendo que se le caía el alma a ¡os pies. Estaba claro que Rashid buscaría a alguien como Francesca.

—¿Y vosotros dos estáis…? —Bridget se interrumpió, esperando que su prima supiera lo que le estaba preguntando.

—En absoluto —contestó riendo—. Somos amigos. Tengo muchos amigos, pero ninguno especial. Tal vez algún día. Pero tenemos que disfrutar de nuestro día juntas porque verás, me ha llamado mi agente y… tengo una oportunidad fantástica.

—Otra vez no —dijo Bridget—. La última vez que intentamos pasar unas vacaciones juntas, te marchaste.

—Lo sé. Pero en este trabajo desfilaré con originales de Versace. No puedo rechazarlo.

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana, si puedo encontrar un vuelo. Pasado mañana como muy

tarde. Y no tendré tiempo para descansar antes de las pruebas y los ensayos.

—Entonces, yo también tendré que irme —dijo Bridget lentamente.

—Tonterías. Rashid te invitó para un par de semanas.

—Pero no lo conozco, no puedo quedarme. Estar aquí contigo era distinto, pero no puedo quedarme sola.

—Claro que sí —dijo Francesca—. Rashid insistirá, ya lo verás.

—Lo dudo. Y, silo hace, será por ser amable.

—Cada vez que os veo juntos, parecéis estar teniendo una conversación privada —

dijo Francesca—. Estoy segura de que si te invita no será por ser amable —Francesca empezó a enumerar, señalándose los dedos de la mano izquierda con el índice de la mano derecha—. Primero, la noche que llegamos estabais hablando cuando entraste en el solárium. Segundo, os vi caminando juntos por el jardín. Dijiste que habías estado leyéndole unos libros a su hijo, pero yo no vi a ningún niño pequeño. Tercero, anoche parecíais muy cómodos con su abuela, hasta que los demás lo llamamos para que viniera a jugar a las cartas.

—Son imaginaciones tuyas. Hemos pasado muy poco tiempo juntos —y, en realidad, no habían tenido conversaciones privadas. Tal vez en un par de ocasiones, pero no había significado nada. Al menos, no para Rashid.

Bridget miró por la ventanilla. La emoción de ir de compras con su prima se había desvanecido. Francesca y ella tenían muy poco tiempo para pasar juntas y deberían estar sentadas en algún sitio íntimo, hablando de sus cosas. Pero Francesca ya estaba hablando otra vez de la boutique a la que se dirigían.

—Espero que me ayudes a elegir algunos vestidos que me queden bien —dijo Bridget, resignándose a lo inevitable.

—Déjalo todo en mis manos. Necesitarás un vestido especial para la recepción de la semana que viene —dijo Francesca, apretándole cariñosamente la mano.

—¿Qué recepción?

—Rashid nos ha invitado a asistir a algún asunto de estado. Su padre es el anfitrión.

Es en honor de un embajador que viene de visita. Supongo que asistirán jefes de estado, dirigentes de varios países y, desde luego, la elite de Aboul Sari. Ya que yo no estaré, tú tendrás que representar a la familia. Ya verás, te encantará.

Bridget miró a su prima y, durante un momento, recordó la última recepción a la que había asistido, con Richard Stewart, el hombre con el que entonces salía. Estaban pensando en hacerle socio de una prestigiosa firma de abogados y los habían invitado a un evento formal en casa del socio de mayor edad.

Richard se había puesto furioso. Ella no había intentado arruinar sus posibilidades, como Richard decía. Alguien la había golpeado en el brazo y la copa de vino tinto había salido volando de su mano.

Había intentado explicárselo, pero él no la escuchó. Y la anfitriona no había estado muy amable, haciéndola sentir torpe y tonta. El vestido blanco, el sofá blanco y la alfombra blanca, todo se manchó de vino tinto.

Bridget se había jurado no volver a asistir a ningún evento formal, pero su prima parecía encantada.

—Te lo pasarás genial. ¡ Aprovéchalo! Tendrás que regresar a San Francisco pronto.

¿Cuándo podrás volver aquí de vacaciones?

Aquello también era parte del problema. Esas vacaciones estaban siendo como un sueño. No había olvidado a su padre, pero estaba viendo las cosas con perspectiva.

Aquella mañana había ido a buscar a Mo y le había prometido que volverían a leer juntos cuando regresara de comprar. Tendría que preguntarle a Rashid si el pequeño sabía nadar. Podrían jugar juntos en la piscina.

Cuando llegaron a la boutique, el chófer se detuvo frente a la puerta y las acompañó hasta la entrada.

—Bienvenidas —dijo una mujer menuda, abriéndoles la puerta—. Es un honor tenerla en mi tienda —añadió, sonriendo a Francesca.

—Hoy ha venido conmigo mi prima —dijo Francesca, caminando entre los elegantes sillones que había en el centro de la tienda. Había algunos vestidos colgados de perchas, pero la tienda no se parecía en nada a las que Bridget solía ir.

Bridget siguió a su prima y se sentó en uno de los sillones, sintiéndose incómoda.

¿Sólo había media docena de vestidos a la venta? Y ninguno parecía apropiado para ella.

—Estamos buscando algo de ropa para mi prima. Ha llegado inesperadamente y no ha traído suficientes vestidos para pasar una temporada con el jeque al Halzid —dijo Francesca mientras otra mujer entraba en la boutique, llevando una bandeja de plata con dulces, galletas y té.

—¿Ropa informal? —preguntó la propietaria.

—Eso y un par de vestidos para cenar. Y algo para una recepción formal —Francesca miró a Bridget y le hizo un guiño—. Y tal vez algo para jugar con niños.

Bridget sonrió a su prima.

—Pero que no sea demasiado caro —intervino Bridget.

—No te preocupes por eso, yo me haré cargo de la cuenta —dijo Francesca—. Me siento muy feliz de estar Contigo.

Empezaron a desfilar ante ella vestidos, pantalones y bañadores. Algunos le encantaron y otros la escandalizaron, pero le gustó la atención de la propietaria, dispuesta a encontrar lo más adecuado para ella.

Francesca le eligió la mayoría de la ropa, comentando los colores que le iban bien.

Después eligió un par de vestidos para probárselos ella. Bridget estaba abrumada por la generosidad de su prima. Quería saber lo que costaba todo, pero no había etiquetas por ninguna parte. De todas formas, daba igual, porque no entendía la moneda del país.

Una mujer mayor llamó a la puerta y una de las dependientas salió rápidamente a hablar con ella. Hablaron en árabe, así que Bridget no entendió nada, pero vio que la mujer se marchó enfadada.

—¿Era otra dienta? —le preguntó a Francesca.

—Probablemente volverá. Pruébate esto, a ver si te está bien.

—Pero. ¿por qué no ha entrado para echar un vistazo? —insistió Bridget.

—Porque estamos aquí, por supuesto. Rashid lo arregló todo para que nos atendieran en exclusiva. La boutique está cerrada a los demás mientras estemos nosotras.

Bridget estaba atónita.

—¿Pueden hacer eso?

—Ya lo están haciendo. Harán lo que él les pida. Venga, pruébate este vestido aguamarina. El color te sienta muy bien.

Bridget siguió a la joven dependienta hasta el probador. Era tan grande como su habitación y estaba lleno de espejos. En un lugar así, Bridget se sentía como si se estuviera probando modelos originales, no simplemente ropa. Los tejidos eran suaves y tenían un tacto sensual. El color aguamarina hizo maravillas. Con él, su piel parecía aún más blanca y, sus ojos, más azules. Le gustaba cómo le quedaba.

Una hora después se estaba probando el último vestido que le había llevado la dependienta. Era de un precioso color crema, y el corpiño se le ajustaba perfectamente al cuerpo. La falda larga se arremolinaba alrededor de sus piernas, y a Bridget le encantó caminar con él, sintiéndose como una princesa.

No podía imaginarse nada mejor para la recepción. Si la generosidad de Francesca no se extendía a aquel vestido, se lo compraría ella misma, sin importarle lo que costara.

—¡Francesca, espera a ver esto! —salió del probador, pero Francesca no estaba.

Estaba Rashid.

Se hallaba sentado en uno de los sillones, y se levantó al verla aparecer, mirándola de la cabeza a los pies.

—Exquisito —dijo suavemente.

—Oh —Bridget no sabía qué decir. Durante un segundo se sintió encantada de que él la hubiera visto con ese vestido. Era lo más bonito que se había puesto nunca y, aunque no se lo volviera a poner, Rashid lo había visto y pensaba que era exquisito.

La dependienta se acercó a ella y le ajustó el vestido. Le dijo algo a Rashid en árabe y él asintió.

—Añadirá este vestido a los que ya has elegido —le dijo Rashid—. ¿Estás preparada para volver a la casa?

—Sí. Me cambiaré enseguida.

—No tengas prisa. Francesca se está probando algo.

Pero Bridget ya había tenido bastante. La ropa que había acumulado era más que suficiente para su estancia. Estaba encantada con todo, y sabía que tenía que darle las gracias a su prima por ayudarla a elegir colores y estilos que ella nunca habría seleccionado.

Se puso una de las faldas y una de las blusas que acababa de comprar y se reunió con Rashid.

—Quería darte las gracias por hacer que este día fuera tan maravilloso —le dijo—.

Nunca había tenido una tienda abierta sólo para mí. ¡Ha sido maravilloso! Y las dependientas sabían mi talla simplemente mirándome.

—¿Tienes bastante ropa?

—Más que suficiente. También he encontrado un bañador precioso. Por cierto, quería preguntarte si Mo sabe nadar y si lo dejarías bañarse conmigo. Podríamos usar la piscina cuando no estén los demás invitados, para no molestarlos.

El levantó una ceja.

—Pensaba que tú también eras mi invitada.

—Sí, pero Mo me dijo que tenía órdenes estrictas de no molestar a nadie. Sé que hay mucha gente a quien no le gustan los niños tanto como a mí, pero yo creo que Mo es adorable.

—¿Y si te sugiero que pases más tiempo con Francesca?

—Me gusta mucho estar con ella, pero acaba de decirme que tiene que irse —Bridget tomó aire. Casi se había olvidado del tema—. Tal vez yo también debería irme.

—No. Quédate y disfruta un poco antes de volver a tu casa. Los deberes y las tristes tareas pueden esperar.

—A menos que Antonio ya haya empezado con el testamento. El es el albacea. Tal vez consiga arreglarlo todo antes de que yo vuelva —no era justo dejárselo todo a su hermano, pero Bridget se sentía incapaz de enfrentarse a ello. Miró su falda nueva—.

¿Crees que soy una frívola por salir de compras cuando hace tan poco tiempo que mi padre ha muerto?

—En absoluto. La vida continúa. ¿Habría querido tu padre que lo

abandonaras todo durante una temporada para llorar su muerte?

—Claro que no. Le encantaba la vida, y siempre me animaba a probar cosas nuevas.

Ojalá lo hubieras conocido. Era muy especial.

—Hablas muy bien de él. Y también Francesca.

—El la adoraba, pero Francesca venía poco de visita. ¿Estás seguro de que quieres que me quede?

—Muy seguro.

Bridget lo miró y se quedó fascinada por sus ojos oscuros. Sintió que la temperatura de su cuerpo se elevaba y que se le aceleraba el corazón. Por un instante la elegante boutique desapareció, y para ella sólo existió Rashid.

Sacudió la cabeza, como si estuviera rompiendo un hechizo. Apartó la mirada e inspiró profundamente.

—No quiero ser un estorbo pero, si insistes, dime qué te parece lo de nadar con Mo.

Estar con él me hace sentir mejor.

—¿Y no te molesta estar con mi abuela? —preguntó él.

—Con ella me divierto. Y es una mujer muy sabia.

—Te está muy agradecida por haberle explicado ciertos pasajes de su libro. Está deseando leer contigo otra vez.

—Yo también.

El se inclinó hacia delante, disminuyendo la distancia que los separaba.

—Bridget, ¿todo esto es suficiente para que olvides tu tristeza? Puedo proporcionarte un coche para que explores el país, puedo llevarte a la playa y compartir contigo algunos de los tesoros de mi tierra. Puedo acompañarte a fiestas y recepciones... No deberías pasar tus vacaciones haciendo lo mismo que haces en casa.

—Créeme, Rashid, en mi casa no hago nada de lo que estoy haciendo aquí. Pero no rechazaría una visita a los lugares históricos, ni a la playa. ¿A Mo le gusta la playa?

Rashid entornó los ojos ligeramente.

—No puedo creerlo, pero no sé si le gusta o no. Antes de que Bridget pudiera reaccionar a aquella afirmación, Francesca salió del probador como un torbellino, llevando un vestido de color rojo pasión que se ajustaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel.

—Rashid, no sabía que estabas aquí. Dime, ¿qué te parece? —paseó ante él como si estuviera desfilando en una pasarela de Milán.

—Te queda muy bien con el bronceado y tu figura —respondió, levantándose.

Francesca se acercó más a él, y le pasó un dedo por la mejilla.

—Quiero que pienses que estoy guapa con él. Una modelo tiene que estar guapa, o pierde su trabajo.

—Tú siempre estás guapa, Francesca —contestó él.

Francesca sonrió y miró a Bridget.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, gracias. Tengo de sobra para mi estancia aquí.

—Voy a cambiarme y nos vamos —dijo Francesca—. Podemos volver los tres juntos y, después de comer, podemos ir a la piscina. Ya veréis el bañador que me he comprado.

Rashid se volvió a sentar, sin apartar la mirada de Bridget.

—Le encantan las cosas bonitas.

Bridget asintió, deseando poder tener más tiempo para estar con su prima. Tenía que hacerle muchas preguntas… todas sobre Rashid.

—Está guapa con cualquier cosa.

—Es su trabajo —respondió él—. No sería buena modelo si no fuera así. Mañana tengo algunos compromisos, pero pasado mañana me gustaría enseñarte algunas zonas del país —añadió, sin dejar de mirarla.

—Me encantaría ver todo lo que podamos. No he estado en tantos lugares como Francesca, así que para mí todo es nuevo y maravilloso —lo que había visto de la ciudad le había parecido totalmente diferente a San Francisco, y estaba deseando conocer más… especialmente con Rashid.

—Vives en una de las ciudades más bonitas del mundo. Cuéntame algo de tu vida en San Francisco —le pidió él.

Ella le habló brevemente de su infancia como hija de un restaurador, de cómo ayudaba en el restaurante mientras estaba en el instituto y en la Universidad, para ganarse un dinero extra. Le habló de su piso, desde el que tenía vistas a la bahía, y de lo que más le gustaba de su trabajo como bibliotecaria. También le contó que había hecho de anfitriona para las fiestas de su padre, aunque cada vez menos, y que el negocio de los restaurantes había terminado en manos de Antonio.

—A veces hablas de tus amigos —comentó Rashid—, pero nunca de algún amigo en particular. ¿No tienes uno?

Bridget negó con la cabeza, pensando en Richard. Después de él, no había conocido a nadie con quien quisiera mantener una relación. De todas formas, ¿quién era ella para captar la atención de un hombre?

En ese momento, Francesca salió del probador.

—¿Estáis listos?

—Te estábamos esperando —dijo Bridget.

—Y yo estaba a punto de decirle a tu prima que los hombres de San Francisco deben de estar locos para dejar que alguien tan encantadora como ella siga soltera —dijo Rashid.

Capítulo 4

YA en el coche, Rashid se preguntó si Bridget querría irse con su prima, y si sólo se quedaba para ser amable. En los tres días que llevaban de vacaciones, no habían hecho mucho. Tal vez él debiera enseñarle más maravillas de su país. Y, mientras, aprender algo más de ella.

Habían dejado las compras en la tienda, con la promesa de que se las enviarían a la casa a lo largo del día. Rashid repasó mentalmente las actividades que había planeado para sus invitados aquella tarde, unas horas en la piscina y después un rato con Jack y Charles, jugando al billar mientras las mujeres se preparaban para la cena.

Charles y Jack eran dos de sus mejores amigos, pero de repente Rashid sintió que, con la única persona con quien le apetecía pasar el tiempo era con Bridget. Fátima había adorado a su hijo. Si hubiera seguido viva, habrían tenido más hijos. Parecía muy feliz con Mo. Y a Bridget también le gustaba estar con su hijo. Para los estadounidenses, el amor y el matrimonio eran diferentes. ¿Cómo sería casarse con alguien a quien se amara de verdad?, se preguntó Rashid.

Sus padres siempre se habían respetado y se habían preocupado mucho por él y sus hermanos. La vida de su abuela no había sido tan feliz, pero él nunca la había oído quejarse. Y Fátima y él siempre habían sido compatibles. Ella se había ocupado de la casa, había sido una buena anfitriona y le había dado a Mo. Rashid había aprendido a quererla con el paso del tiempo, y la echaba de menos, pero no con un dolor insoportable. ¿Podría arriesgarse a sentir algo por otra mujer? Tenía un hijo, y estaba satisfecho con la vida que llevaba. Pero Bridget Rossi lo intrigaba.

Se inclinó hacia delante para verla. Estaba mirando por la ventanilla, observando la ciudad. Rashid sabía que, si les decía a los demás invitados que se fueran, ella también se marcharía. Tenía que darle otro incentivo para quedarse.

—Espero que tengas pensado asistir a la recepción que mi padre va a celebrar para el embajador de Egipto. El último vestido que te probaste sería perfecto —le dijo.

—¿Qué vestido? —preguntó Francesca.

—Creo que no lo viste —contestó Bridget—. Es de color crema, bastante elegante.

Pero no estoy segura de asistir a la recepción. No me gusta ese tipo de eventos —

sobre todo después del desastre con Richard—. Pero gracias por invitarme.

—Todo el mundo en la casa irá, así que no todos serán

desconocidos. Y mucha gente hablará inglés. Intenta ir —dijo Rashid.

—Ya veremos.

Francesca se rió y dijo:

—Eso significaba «no» cuando lo decía tu madre.

Bridget asintió, recordando a su madre. Después sus pensamientos se volcaron en la relación que habían tenido sus padres. Su madre había amado a su padre, pero no había sido recíproco. ¿Qué podía haber peor que amar a alguien, formar una familia con esa persona y ser sólo una segundona en su vida?

No debería estar pensando en su familia con Rashid sentado a su lado. El pasado no se podía cambiar y, además, tenía que pensar en la recepción. ¿Qué demonios haría en un lugar como aquél? Estaría callada y parecería tímida y perdida, por no hablar de la preocupación que tendría constantemente por no tirarle algo encima al embajador. Tenía que encontrar una manera de declinar la invitación.

La comida fue más informal que otras veces y se sirvió en el patio que había junto a la piscina. Marie y Elizabeth habían estado nadando durante la mañana, y se habían puesto unos vestidos sobre los bañadores para comer.

—Esta tarde nadarás con nosotras, ¿verdad, Rashid? —le preguntó Marie.

—Creo que estaremos todos juntos —contestó, mirando al grupo.

—¿Qué te parece si le echamos un vistazo a los establos, amigo? —dijo Jack—.

Preferiría ir allí antes que nadar. Tenemos que ver si tienes suficientes caballos para el partido.

El partido de polo se había fijado para el sábado, y Jack quería tener la oportunidad de practicar un poco con un par de monturas.

—Podemos hacer las dos cosas. Primero vamos a los establos y luego nos reunimos con las chicas para nadar. ¿Alguien más quiere venir con nosotros?

Francesca negó con la cabeza y Marie también rechazó la invitación, pero Elizabeth la aceptó. Bridget deseó poder aceptarla también, pero sabía que no podía hablar nada de polo. Además, prefería pasar algo de tiempo con Francesca, antes de que se fuera a la mañana siguiente.

Durante el almuerzo, Charles y Jack estuvieron contando anécdotas de sus partidos de polo, divirtiendo a los demás. Cuando todos terminaron de comer, los hombres y Elizabeth se dirigieron a los establos mientras Marie, Francesca y Bridget se acomodaban junto a la piscina. Bridget eligió una tumbona a la sombra, deseando que hubiera llegado su bañador para poder nadar.

Francesca se sentó junto a ella.

—Dime, ¿qué piensas hacer cuando regreses a casa? ¿Ayudarás a

Antonio con los restaurantes?

—Seguiré con mi trabajo. Nunca me han entusiasmado los negocios, y Antonio probablemente lo hará bien. Siempre le ha gustado.

—¿No es fantástico este lugar? —preguntó Francesca, mirando a su alrededor—. Me encanta estar aquí. Es la segunda vez que vengo, y ya se ha convertido en mi lugar favorito de vacaciones. Disfruto mucho de todo este lujo. Es tan distinto de mi vida real...

—¿Y cómo es eso? —preguntó Bridget.

—Sé que piensas que ser modelo es muy glamuroso, pero en realidad es muy duro. Y

me gustaría poder comer como tú. Cuando lo deje, pienso engordar como la tía Louisa —dijo, mencionando a su familiar más obeso.

—Lo dudo —contestó Bridget—. Tu madre no es gorda; ¿por qué ibas a serlo tú?

—Pienso comer todo lo que me he estado negando todos estos años para mantenerme delgada. Por cierto, tengo que hacer la maleta. Vuelvo enseguida.

Bridget se quedó en la tumbona, disfrutando de la brisa y del entorno. El agua brillaba a la luz del sol, y los hibiscos y las gardenias aportaban color y fragancia al ambiente.

El tiempo pasó y Bridget comenzó a sentirse cansada. De repente, una sombra cruzó su rostro y abrió los ojos. Rashid estaba de pie junto a la tumbona, tapándole el sol.

—Ha llegado tu ropa —dijo suavemente—. Pensé que te gustaría verla de nuevo —le ofreció una mano para ayudarla a levantarse.

—¿Habéis terminado en el establo? —preguntó Bridget.

—Sí. Deberías haber venido.

—Otro día, cuando no haya aficionados de polo alrededor.

—No hablamos de polo todo el tiempo —ella le sonrió, y después dudó al ver que sus ojos se oscurecían—. Enséñame lo que has comprado —le pidió, tomándola del brazo.

Cuando unos momentos después llegaron a la habitación de Bridget, Marsella estaba guardando toda la ropa. Sonrió y dijo algo en árabe, antes de irse.

La puerta del armario estaba abierta, con algunos vestidos dentro, ya colgados.

Tímidamente, Bridget tomó cada uno y los mantuvo contra ella, para ver la reacción de Rashid. Recordaba haber hecho lo mismo con su padre, cuando era una adolescente, pero con Rashid era muy diferente. Y ya no era ninguna adolescente.

Rashid era un público muy agradecido, y le pidió que se probara un par de cosas y que desfilara para él. Ella se metió en el baño y se puso el vestido de color aguamarina que tanto le había gustado y, al

salir, intentó imitar a Francesca. Para su sorpresa, cuando se desvaneció la timidez inicial, Bridget disfrutó cada segundo.

Finalmente se puso el bañador y, encima, una amplia camisa. Cuando salió del baño, notó la mirada de Rashid, que le contemplaba las piernas, y se ruborizó.

—Estoy preparada para ir a nadar.

—Me reuniré contigo en unos momentos —dijo Rashid—. Creo que tendremos la piscina para nosotros solos.

—Entonces, ¿podemos llevarnos a Mo?

Mo estuvo encantado cuando Bridget le propuso que nadaran juntos. La piscina estaba desierta, como había dicho Rashid. Bridget se quitó la camisa y avanzó hacia el borde de la piscina.

—¿Sabes nadar? —le preguntó a Mo mientras bajaba por las escalerillas.

—¡ Sí! —Mo se lanzó al agua, salpicándolo todo.

Bridget se rió y contempló al niño, que estaba disfrutando. Se relajó y se metió en el agua fresca. Decidió adoptar la actitud de Francesca y disfrutar de todo aquel lujo mientras pudiera.

Jugaron durante media hora antes de que Rashid se uniera a ellos, haciendo concursos para ver quién salpicaba más. Mo se reía tanto que Bridget temió que se fuera a ahogar. ¿Acaso su padre no jugaba nunca con él así?

En ese momento, Rashid se acercó al borde de la piscina.

—¿Habéis terminado, o todavía tengo tiempo de unirme a vosotros?

Bridget lo miró y vio que aún no se había cambiado de ropa.

—Lo estamos pasando estupendamente. Le he enseñado a Mo algunos juegos. Únete a nosotros.

—Estás un poco colorada —dijo, tocándole ligeramente el hombro —. No quiero que te quemes. Mo, ven a la orilla, te ayudaré a salir.

Mo hizo lo que su padre le pedía y después se giró para hablar con Bridget.

—¿Podemos leer un cuento? —preguntó—. No quiero entrar en casa.

—Tenemos que cambiarnos —dijo Bridget, mirando la mano que Rashid le ofrecía para ayudarla a salir del agua. ¿La sacaría tan fácilmente como había hecho con Mo?

Tomó la mano y un instante después estaba en el borde de la piscina. Rashid estaba sólo a unos centímetros de ella, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Puedes leerme un cuento? —volvió a preguntar Mo.

—Mientras lo hagamos en la sombra... —dijo ella, agarrando las toallas y la camisa.

Era demasiado consciente del bañador, que se le pegaba al cuerpo

revelando más de lo que ella quería. Se envolvió rápidamente en una toalla.

—El árbol está a la sombra —dijo Mo.

—¿Y qué os parece el escondite de detrás del arbusto? —preguntó Rashid.

Mo miró a su padre con los ojos abiertos como platos.

—¿Conoces ese lugar?

—Seguro que cabemos los tres sin problemas. A mí también me gustaría oír leer a Bridget. La abuela y tú habéis tenido vuestro turno, y ahora me toca a mí, ¿no crees?

Bridget lo miró. ¿Rashid quería pasar tiempo con Mo y ella? El corazón empezó a latirle aceleradamente.

—Puedes quedarte, pero vamos a estar un poco apretados —le dijo.

—Me reuniré con vosotros en quince minutos —respondió Rashid, alborotándole el pelo a su hijo. Bridget se sentía como una niña. Rashid tenía otros cinco invitados, pero planeaba quedarse algún tiempo a solas con ella. Y con Mo.

Veinte minutos después, los tres se dirigían al escondite del arbusto. Mo fue el primero en sentarse, dejando a Bridget al lado de Rashid. Sus hombros se rozaron y la rodilla de Rashid tocó la suya. Las hojas filtraban la luz del sol, y una ligera brisa mantenía el ambiente fresco.

Bridget agarró el primer cuento, esperando que su voz sonara normal cuando leyera.

Rashid se sentó tan cerca que cuando ella giró la cabeza, pudo ver las finas líneas que le rodeaban los ojos. Iba vestido informalmente, y le pareció extremadamente atractivo. Bridget se obligó a centrar la atención en el libro. Al fin y al cabo, él era sólo su anfitrión.

Comenzó a leer una conocida historia que le recordó a su niñez. Mo la miraba con avidez, como si absorbiera sus palabras con los ojos y con los oídos.

—Si te sientas en el regazo de papá, podrás ver las palabras mientras leo —sugirió Bridget después de unas cuantas páginas.

Mo se sentó felizmente sobre su padre, inclinándose hacia atrás para poder ver el cuento.

—Continúa —le pidió Rashid.

Bridget leyó rápidamente el cuento, y también el segundo que había llevado Mo.

—Fin —dijo, cerrando el libro y sonriendo a Mo. El niño estaba profundamente dormido—. Vaya, supongo que tanto nadar lo ha dejado exhausto. Tal vez deberíamos llevarlo a la casa.

—Se despertaría al sacarlo de aquí —contestó Rashid, abrazando a su hijo—. Nunca había hecho algo así —dijo, paseando la mirada por

el escondite.

—Tienes un lugar perfecto para los niños. Mo puede correr, trepar, esconderse y crear unos recuerdos maravillosos de una infancia feliz. Deberías tener un montón de hijos.

—Para eso necesito casarme.

—Puedes casarte de nuevo. Pídele a tu familia que lo arreglen.

El la miró.

—Soy perfectamente capaz de elegir a mi propia esposa —contestó.

—Pensé que estabas a favor de los matrimonios concertados.

—En absoluto. Pueden funcionar, pero también puede que no. Y cuando un hombre llega a cierta edad, se espera de él que busque lo que quiere en una mujer.

—Una mujer acorde a su posición —dijo Bridget, como recordándose que ella nunca sería esa mujer. Tampoco era que quisiera serlo, porque pensarlo era peligroso para su paz mental. Sólo estaba de vacaciones, disfrutando de unos días antes de volver a su vida normal.

Además, se había jurado que nunca sería como su madre, un segundo plato. Si alguna vez se enamoraba, sería con un hombre que la adorara por encima de todo.

—¿No crees que un matrimonio apropiado tiene más posibilidades de durar que uno que no lo es, o que uno en el que el deseo es lo principal? ¿Qué ocurre cuando ese deseo se apaga y desaparece la novedad? —preguntó él.

—Yo creo en el amor duradero. El amor no se desvanece.

—¿Y la compatibilidad no cuenta?

—Claro que sí, hasta cierto punto —dijo Bridget—. Creo que la gente no se enamora de alguien que no comparte sus mismos valores, o los mismos objetivos. Pero cuando empiezo a salir con un hombre, intento imaginármelo quince años después, rodeado de adolescentes, o treinta años después, con menos pelo y más barriga. Aun así,

¿querré estar con él, compartir mi vida y mis esperanzas? Si es así, sabré que es el hombre apropiado.

—No.

—¿No? ¿No, qué? ¿No sabré que es el hombre apropiado?

—No me puedo creer que conozcas a un hombre e, inmediatamente después, te lo imagines con quince años más —dijo Rashid.

Ella se rió suavemente, alargando una mano para acariciar un brazo de Mo.

—Tienes razón. Sólo lo hago si creo que me interesa de verdad. Pero en realidad, sólo ha habido un par de hombres a quienes les hice el test, y ninguno lo pasó —Bridget lo miró. ¿Podría imaginarse a

Rashid con quince años más? ¿Con treinta? Sospechaba que no perdería pelo ni ganaría barriga. No podía imaginárselo de otra forma a como lo veía en ese momento, masculino, sexy e inalcanzable.

—¿Qué valores te gustaría compartir con tu hombre ideal? —preguntó Rashid.

—La familia es importante. Y me gustaría casarme con un hombre que quisiera tener muchos hijos. Sólo tuve un hermanastro que era varios años mayor, y siempre he deseado tener hermanos y hermanas.

—¿Y qué hay de las fiestas, la ropa, las joyas...?

—Espero tener montones de fiestas. Barbacoas con los amigos, celebraciones familiares y vacaciones. La comida de hoy me ha gustado mucho. Todo el mundo se ha divertido comiendo en el patio. Ese es el tipo de fiesta que me gusta.

—¿Y las recepciones formales?

—Me asustan —Bridget lo miró—. Lo siento, estaba pensando en la recepción de la próxima semana. Yo no estoy hecha para ese tipo de cosas.

—Entonces, ¿no vas a ir?

Ella tomó aire.

—Si mi anfitrión insiste, iré.

—Insisto —dijo Rashid.

—¿Asistirá tu abuela?

—Por supuesto. Su hija es la anfitriona. Cuéntame más cosas sobre tu marido ideal —

le pidió.

—No lo sé, no tengo una lista de cosas.

—¿Qué hay del sexo?

—Bueno, sí. Espero que haya una fuerte atracción entre nosotros. ¿Cómo si no iba a tener todos esos niños? —preguntó, algo nerviosa por el tema. Sobre todo porque le costaba no pensar en el sexo cada vez que lo tenía cerca.

Mo se movió y se dio la vuelta, cayendo del regazo de su padre al suelo y despertándose. Miró a su alrededor.

—¿Se ha terminado el cuento?

—Así es, jovencito. Ahora tenemos que ir a casa —dijo Bridget, agradecida por la interrupción. La conversación se estaba poniendo demasiado íntima.

—Vamos, Mo. Alaya se estará preguntando dónde estás —dijo Rashid, ayudando a su hijo a levantarse.

El niño se rió y se arrastró por el suelo para salir del escondite. Bridget lo siguió y por último salió Rashid, llevando los cuentos. Mo echó a andar por el camino y Rashid alargó una mano para detener a Bridget.

—Gracias por ser tan amable con mi hijo.

—No tienes por qué dármelas. Es una delicia. Gracias a ti por invitarme a venir aquí, Rashid. Sé que todavía tengo que enfrentarme a lo que me espera en casa, pero estar aquí me ayuda —siguiendo un impulso, se puso de puntillas y le dio un leve beso en la mejilla.

El dejó caer los libros, le puso las manos en los hombros y, apretándola contra él, la besó en los labios.

Capítulo 5

RASHID miraba por la ventana del salón de su abuela, sin ver realmente el exterior.

Salina al Besoud estaba terminando de desayunar y le estaba hablando, pero él sólo podía pensar en el beso que le había dado a Bridget el día anterior.

Se había quedado sorprendida, pero él también. No sabía muy bien por qué la había besado de esa manera. ¿Para ver si era tan dulce como parecía? ¿Como agradecimiento por haberle leído unos cuentos a su hijo? No, más bien había sido un preludio de un contacto total de los cuerpos bajo las sábanas, piel contra piel.

Gimió levemente al imaginarse desnudo con Bridget. Su piel era suave como el terciopelo. ¿Cómo se sentiría si la acariciara por todo el cuerpo, si la besara durante toda la noche, saboreando su dulzura, sintiendo el calor que sus cuerpos generarían?

—¡Rashid!

Se dio la vuelta.

—¿Sí?

—¿Has oído una palabra de lo que te he dicho? —su abuela apartó el plato vacío y se llevó la taza a los labios. Tomó un sorbo de chocolate caliente mientras observaba a su nieto.

—Algo sobre organizar una comida en el jardín. El club de equitación puede proporcionarnos todo lo que necesitemos.

—¿Te pasa algo, querido?

Rashid negó con la cabeza.

—Sólo estaba pensando en mis invitados y en qué puedo hacer para entretenerlos.

—¿En todos tus invitados, o sólo en uno?

Rashid se preguntó si su abuela creería que estaba pensando en Francesca. ¿O tal vez sospechara que sus pensamientos no podían apartarse de Bridget? Era la primera mujer por quien se sentía interesado desde la muerte de Fátima.

—Tu madre va a venir esta tarde. Seguramente cotillearemos un poco sobre el embajador.

Rashid enarcó una ceja.

—Creo que no quiero saber eso.

Su abuela sonrió.

—Quería saber si me estabas prestando atención. Estoy preocupada por tus invitados. Normalmente no interfiero en tu vida, pero creo que esta vez debo decir algo. Me parece que Charles se está poniendo muy pesado con Francesca.

—Charles tiene treinta y cuatro años, abuela. No creo que deba

decirle cómo tiene que comportarse —aunque era cierto que, al contrario que Rashid y Jack, Charles siempre había huido de los compromisos.

—Durante la cena de la primera noche dijo que iba a presentarse a las próximas elecciones para el Parlamento, pero creo que, antes de hacerlo, debería aclarar cuáles son sus prioridades. Si una cara bonita lo puede dominar tan fácilmente, no sé qué haría en un cargo público —dijo Salina.

—Francesca es hermosa, y muchos hombres se sienten afortunados de pasar algo de tiempo con ella. No creo que eso afecte a su comportamiento en el Parlamento —

afirmó, aunque podía entender el comportamiento de Charles. A él también le gustaba mirar a Francesca. Pero no hablar con ella.

Frunció el ceño al pensar en ello. Normalmente, Francesca no solía hablar de otra cosa que no fuera moda. Durante un momento se preguntó si podría usar la táctica de Bridget e imaginarse a sí mismo con Francesca, quince años más tarde. O treinta.

Pero ni siquiera podía imaginarse asistiendo a la recepción con ella.

Sin embargo, con Bridget...

—¡Rashid!

—¿Sí?

—¿Qué te ocurre? Es la segunda vez que tengo que pedirte que me prestes atención.

Eres peor que Mo. Bridget no va a leer conmigo esta tarde. ¿Acaso tiene planes con Mo?

—Bueno, como Francesca se marcha, he pensado llevar a Bridget a hacer turismo.

Salina al Besoud se quedó en silencio por unos instantes, mirando a su nieto.

—¿Turismo?

—Le gustaría ver algo de nuestro país mientras está aquí. Nadie más ha mostrado ningún interés, así que he pensado que, mientras los demás hacen algo esta tarde, yo podría enseñarle algo de Aboul Sari. Tal vez incluso podría llevarla al mar, aunque sería mejor dejar ese plan para otro día y hacer una excursión cuando podamos llevar a Mo con nosotros. ¿Sabes si a Mo le gusta la playa?

—No tengo ni idea. ¿Acaso importa? —su abuela lo miró, algo confusa.

—¿No te parece extraño que no sepa nada de los gustos de mi hijo? —preguntó Rashid.

—No. Sólo tiene cinco años, aún no sabe lo que quiere.

—Estoy seguro de que tiene una opinión formada sobre muchas cosas.

—¿Ha preguntado Bridget si le gusta la playa?

Rashid asintió, preguntándose cuántas cosas más no sabría sobre su hijo. No veía mucho a Mo, ya que su trabajo lo mantenía alejado de la casa durante el día, y Mo se iba pronto a la cama.

A él le había encantado la playa cuando era niño, y estaba casi seguro de que a Mo también le gustaba. De repente recordó que la última vez que había ido a la playa había sido varios años atrás, cuando Fátima y él habían visitado a unos amigos en Cannes, poco antes de que ella muriera. Con un día de playa había tenido bastante, porque estar tumbado al sol no era su idea de pasárselo bien.

Pero con su hijo nadaría y construiría castillos. Y estaba seguro de que Bridget tendría muchas ideas para pasar un divertido día en la playa.

—Es una joven interesante —dijo su abuela, tomando un sorbo de chocolate—. Ha sido muy amable al pasar algún tiempo conmigo leyendo el libro y explicándome los americanismos.

—Disfruta haciéndolo, O eso dice.

—Su prima y ella son muy distintas —dijo Salina pensativamente.

—Mucho —asintió él—. No te preocupes por el sábado, todo va a salir bien. Ven a ver el partido y no pienses en nada más.

—Disfruta de tu salida con Bridget —dijo ella amablemente.

Rashid asintió con la cabeza y se marchó, pensando que simplemente estaba siendo amable con una invitada. Bridget había expresado su interés en ver algunos de los tesoros de su país. Si él fuera a San Francisco, estaba seguro de que ella se ofrecería a enseñarle la ciudad.

Sintió una oleada de emoción. Estaba deseando pasar el día con ella como hacía mucho tiempo que no deseaba nada.

Rashid se apoyó en el coche y miró el reloj una vez más. Aún faltaba un minuto para las diez, la hora en que había quedado con ella. Se preguntó si aparecería o si pondría alguna excusa. Después del beso, había huido del jardín, y durante el resto de la tarde lo había evitado. Pero Rashid la había visto mirar en su dirección cuando pensaba que él no la estaba observando, y cuando sus ojos se encontraban, ella rápidamente desviaba la mirada.

Había podido hablar con Bridget antes de que ella se retirara, y le había dicho que aquel día la llevaría a ver algunas cosas. Ella había parecido confusa e indecisa ante la proposición.

¿Acaso el beso había significado algo más para ella? Había sido algo espontáneo, no planeado. Rashid la había deseado y la había besado. Fin de la historia.

¿O no? ¿Qué pasaba con el deseo de besarla una y otra vez? ¿Y con las ganas de apartarse del resto de sus invitados y pasar tiempo a solas con ella?

La puerta se abrió y apareció Bridget. Llevaba varias prendas nuevas: un top sin mangas de color azul, una camisa blanca por encima del top y una falda de varios colores. Iba calzada con sandalias.

Sus ojos se iluminaron cuando lo vio.

—Oh, vamos a usar el descapotable.

Así que era el coche lo que le había gustado, pensó Rashid con desagrado.

—A menos que tengas miedo de quemarte —le dijo, abriéndole la puerta del acompañante.

—Me he dado un poco de crema protectora. ¡Me encantaría ir con la capota bajada!

—exclamó, bajando rápidamente las escaleras.

Rashid se sentó tras el volante y encendió el motor. Le echó una última mirada a la casa y tomó el camino de salida, sintiéndose como si se estuvieran escabullendo, si no fuera por el sedán negro que los seguía. Sus guardaespaldas velarían por ellos.

Sus otros invitados ya estaban atendidos y Francesca se había marchado. Sólo estaba ampliando sus deberes de anfitrión enseñándole parte del país a una de sus invitadas.

Entonces, ¿por qué se sentía tan libre?

Bridget se reclinó en el asiento y se puso las gafas de sol. Se había puesto un pañuelo en la cabeza para no despeinarse. Sentir el viento en la cara le producía una sensación fabulosa, y se dispuso a disfrutar de la libertad. Miró a Rashid, sorprendida de haber tenido el valor para acudir a aquella cita.

No había podido dejar de pensar en él desde el beso, que la había conmocionado y preocupado. Le habría encantado poder comentarlo con Francesca, pero su prima ya se había marchado, y no tenía confianza con nadie más del grupo. Tal vez Rashid sólo hubiera estado flirteando, intentando animarla, y ella hubiera visto mucho más de lo que realmente había.

Al morir su padre una semana atrás había pensado que nunca sería feliz de nuevo, pero ahora se daba cuenta de que estaba equivocada. Siempre echaría de menos a su padre, igual que a su madre, pero la vida continuaba, ofreciendo buenos momentos.

Como montar en un descapotable con el hombre más sexy que había conocido. Ojalá sus amigas pudieran verla.

—¿Dónde vamos? —se olvidaría del beso y disfrutaría del día. De todas formas, seguramente no volvería a repetirse.

—Primero haremos un recorrido por la ciudad. Muchos de los edificios más antiguos fueron diseñados por los franceses. También hay algunos jardines públicos que ya han florecido, y después, si quieres, podemos visitar un monumento que está en la frontera con el

desierto y que data de la Segunda Guerra Mundial, cuando los alemanes ocuparon nuestra tierra.

—Háblame de la historia de tu país —le pidió Bridget—. ¿Cuál es la industria principal? ¿Cuánta gente vive en él? ¿Por qué toda tu familia y tú habláis un inglés tan perfecto? ¿Es el segundo idioma de aquí?

—Desde que tenía siete años, estudié en un colegio de Inglaterra. Mi padre hizo lo mismo antes que yo, y su padre lo hizo en Francia.

—¿Te mandaron lejos de casa a la edad de siete años? —lo interrumpió—. No puedo creerlo. Entonces sólo tenías dos años más que Mo. No estarás pensando en mandarlo fuera, ¿verdad?

Bridget no podía imaginarse que un niño pequeño abandonara todo aquello para irse a un colegio interno. No si sus padres estaban con él para cuidarlo.

—Es la costumbre —contestó Rashid.

—Mo es sólo un niño. Necesita estar cerca de su familia, sobre todo después de haber perdido a su madre a una edad tan temprana. Seguro que aquí también tenéis buenos colegios.

—Claro que sí, pero en mi familia siempre ha existido la costumbre de que los niños se eduquen en el extranjero. Eso fortalece nuestros lazos con otros países y nos proporciona una educación más amplia.

—¿Y las niñas se quedan en casa? Rashid asintió con la cabeza.

—Qué sexista —murmuró Bridget. El sonrió, pero guardó silencio.

Bridget inspiró profundamente. Si la cultura de Rashid era diferente de la suya, tenía que aceptarlo. Pero le preocupaba el pequeño Mo. Tal vez Rashid pudiera enviarlo a estudiar a California, y ella podría visitarlo.

Sacudió la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Disfrutaría de sus vacaciones y volvería a casa. No había ninguna razón para mantener el contacto con Rashid y Mo.

—Esta parte de la autopista cubre la antigua ruta de las caravanas —dijo Rashid—.

Los mercaderes solían venir desde España al norte de África y luego hacia el este para comerciar con especias. Alidan empezó siendo un oasis antes de convertirse en la capital y, afortunadamente, ahora hay agua suficiente para mantener a millones de personas.

Bridget miró a su alrededor, intentando olvidarse de Mo y concentrarse en lo que le explicaba Rashid.

La mañana se le pasó rápidamente. La capital era parecida a las grandes ciudades que ya conocía, llena de coches, con la gente apresurándose por las aceras, vendedores por las calles, edificios antiguos y algunos árboles.

Cuando se internaron un poco en el desierto, el paisaje cambió drásticamente. La arena y las dunas lo cubrían todo, hasta donde

alcanzaba la vista.

—El agua es un bien muy preciado aquí, ¿verdad? —preguntó ella.

—Es lo que da la vida y lo que la mantiene.

Rashid detuvo el coche en un pequeño aparcamiento. Ante ellos se erguían las ruinas abandonadas de lo que había sido un campamento militar.

—Aquí es donde tuvo lugar la última batalla entre los alemanes y nuestro pueblo.

Murieron setenta y tres aboulsananos, pero también muchos más alemanes —

Bridget miró a su alrededor con tristeza—. ¿Vamos a comer? —sugirió él.

Bridget asintió, sin dejar de contemplar las ruinas.

—No pasarán muchas décadas antes de que la arena se lo trague todo.

—Las tormentas de arena estropean los muros. Me sorprende que estas ruinas hayan durado tanto. Calculo que, cuando Mo tenga hijos, no quedará prácticamente nada.

—Gracias por traerme aquí, y por emplear tu tiempo en enseñarme cosas de tu país

—dijo Bridget—. Hasta ahora, lo que más me ha gustado han sido los jardines de la ciudad.

—Sabía que sería así, después de verte disfrutar en mi casa. Hay un pequeño café cerca donde podemos comer. Después, si quieres, podemos ir a la playa. No está lejos.

—No, gracias. Preferiría ir a la playa con Mo. Tal vez podamos llevarnos a tu chófer y pasar allí una tarde.

En realidad, prefería ir con Rashid, pero la avergonzaría que alguien se diera cuenta de su interés por él.

—Tal vez podríamos pasar por el club, para que veas dónde vamos a jugar al polo el sábado.

—Me gustaría. ¿Hace mucho que juegas al polo? —sentía curiosidad por cualquier información que pudiera saber sobre él.

A Bridget le gustó ver que Rashid no parecía tener prisa por volver. Más bien al contrario, parecía querer pasar más tiempo con ella.

—Mi tío juega al polo, y recuerdo haberlo visto jugar cuando era pequeño. Cuando fui a estudiar a Inglaterra me aficioné a él, y desde entonces no he dejado de jugar.

—Entonces, tienes tu propio caballo —dijo ella.

—Tengo un establo lleno. Suelo usar un caballo diferente para cada parte del partido, para que estén entrenados constantemente. Jack y Charles tomarán prestados algunos de mis caballos el sábado, ya que no han traído ninguno. Yo tengo un par de favoritos.

—¿,Tienes entrenadores?

—Por supuesto. Y también monto para practicar.

—Me encantaría ver los caballos. Siempre quise uno cuando era pequeña, pero vivíamos en San Francisco, y no era posible.

—Pasaremos por los establos antes de ir a casa. Tengo una yegua que está a punto de parir, así que es posible que veas a un nuevo potrillo antes de que te vayas.

—¡Me encantaría!

—Entonces, después de comer, podemos pasarnos.

— Mi madre no quería ni oír hablar de los caballos, pero una vez que fuimos a visitar a mi abuelo a Italia, éste me dijo que me compraría uno si me quedaba allí con él. Mi madre quedó horrorizada, y mi padre, riendo, dijo que no podría separarse de su pequeña —miró a Rashid—. Yo tenía nueve años. Imagina qué duro sería para Mo marcharse siendo incluso más pequeño.

—No tengo que imaginármelo; lo recuerdo. Pero no todo fue malo. Hice amigos, aprendí un nuevo idioma y tuve mucha más libertad de la que había tenido aquí.

Unos momentos después se detuvieron junto a un café. Bridget se quedó gratamente sorprendida cuando entraron al patio que estaba en la parte trasera. Los altos muros eran de piedra y había una gran fuente en el centro. Había pocas mesas, y se sentaron en una que estaba cerca de una esquina. El toque de color lo ponían unas buganvillas de color púrpura.

—Para ser un país de desierto, hay muchísimas flores —comentó ella.

—Todo es por el agua. Cuando la tenemos, la usamos, y donde no la hay, verás el desierto.

Bridget abrió su menú, pero lo cerró rápidamente.

—Tendrás que pedir por mí, está en árabe.

—¿Qué quieres tomar?

—Algo con fruta, por favor.

Unos momentos después tenían la comida pedida y unas tazas de té sobre la mesa.

—Sobre ese beso...

Bridget se encontró con su mirada, sorprendida de que hubiera sacado el tema.

—Nunca debería haber pasado. Eres el amigo de Francesca —dijo rápidamente.

—Eso es todo lo que somos, amigos. Tú y yo también somos amigos, ¿no?

—Pero no íntimos —contestó ella.

—Tal vez yo quiera cambiar eso.

Ella dudó, sin saber muy bien lo que estaba pasando. ¿A qué estaba jugando Rashid?

No tenía nada en común con un jeque.
—¿Cambiarlo, cómo?
—Conociéndonos mejor, pasando más tiempo juntos —alargó la mano y tomó la de Bridget, sujetándola firmemente cuando ella intentó liberarse—. Estás de vacaciones, así que disfruta mientras estés aquí. Veamos dónde nos lleva esta atracción.
—Eso es típico de los hombres —dijo ella, tirando de su mano hasta liberarla—.
Disfrutar del momento y después olvidarse. Tener una aventura. Eso es lo que estás sugiriendo, ¿no?
—No te estoy ofreciendo una aventura, sino amistad —contestó él gravemente.
—Lo siento, Rashid, te he malinterpretado. Sería un honor ser amiga tuya.
El la miró a los ojos y asintió con la cabeza.
Bridget sabía que, para la mayoría de la gente, un beso no significaba nada. Era una simple expresión de afecto, de compartir un momento especial. No un compromiso para toda la vida. Y Rashid era un jeque, un hombre de mundo acostumbrado a volar cada dos por tres a Londres, París o El Cairo. Estaba acostumbrado a tener a su alrededor mujeres sofisticadas, como Francesca, Marie y Elizabeth. No tímidas bibliotecarias que veían cosas donde no las había.
Cuando sirvieron la comida, Bridget había conseguido mantener sus emociones bajo control. Se fue abriendo de nuevo poco a poco, intentando mantener una actitud amigable, aunque cada poro de su cuerpo deseaba apretarse contra Rashid. Debería haberlo dejado agarrarla de la mano y ver si la besaba de nuevo.
Los establos eran enormes y estaban en unas condiciones extraordinarias. Bridget vio a Jack montando a caballo y, en un corral adyacente al establo había otros tres animales entrenándose.
Rashid la ayudó a bajar del coche y señaló a los caballos que se entrenaban.
—Son mi nueva adquisición y hay que mantenerlos en forma. La yegua de la que te hablé está dentro. La hemos separado de los demás hasta que dé a luz.
Entraron al establo, y los recibió el inconfundible olor a caballo. A Bridget le encantaba lo que veía, incluida la yegua árabe que apoyó la cabeza sobre la puerta baja, moviendo suavemente el cuello al ver que Rashid se acercaba.
—¡Es preciosa! —exclamó.
Rashid le tomó una mano y se la acercó a la yegua. El animal sopló ligeramente contra la palma de. Bridget, y después la rozó con la cabeza. Rashid soltó a Bridget, que estaba encantada, para acariciar a la yegua.

—Le gusto —dijo Bridget, pensando en lo maravilloso que habría sido tener caballos durante toda su vida.

—Está a punto de parir, ¿verdad, Asheera? —dijo Rashid, acariciando el elegante cuello del animal.

—¿Se llama así, Asheera?

—Sí. Este es su primer parto, así que la estamos vigilando de cerca —señaló a las cámaras que había sobre la puerta—. Alguien la observa constantemente, así que, cuando llegue la hora, la ayudaremos silo necesita. Ven, te enseñaré a Halsin, otro de mis favoritos.

Después de acariciar por última vez a Asheera, Bridget lo siguió.

Rashid silbó cuando llegaron a la otra punta del establo y un magnífico caballo negro se asomó a su puerta. Era más grande que Asheera, y despedía salud y vitalidad.

Sacudió la cabeza. pateó el suelo y después alargó el cuello para ir al encuentro de Rashid.

—Este es el primero que montaré el sábado.

—Vaya, es increíble —y sabía que Rashid podía manejarlo fácilmente.

El le enseñó dos caballos más y, cuando estaban saliendo del establo, un pony asomó la cabeza por encima de su puerta.

—No hay duda de que éste es el pony de Mo —dijo Bridget, acercándose para verlo.

Era gris moteado.

—Sí. Mo aprendió a montar el año pasado. A veces cabalgamos juntos.

—Espero que no para jugar al polo —dijo Bridget.

—Eres muy protectora con mi hijo. ¿Acaso crees que no lo cuido bien?

—Por supuesto que lo cuidas. No sé mucho de niños, pero él es tan pequeño, y tú tienes... otras obligaciones. ¿No es demasiado temprano aprender a montar a los cuatro años?

—Siempre lo hace vigilado. ¿Crees que no paso suficiente tiempo con él?

—Nunca me atrevería a decirte el tiempo que debes pasar con tu hijo —dijo ella—.

Pero si fuera mío, estaría a todas horas con él. Es un niño encantador, y los niños crecen muy rápido.

—La semana que viene iremos a la playa —dijo Rashid, tomándola de la mano para dirigirse al coche—. Con Mo.

—Lo estoy deseando. Gracias por el día de hoy. Lo he pasado muy bien.

—Ha sido un placer —contestó él.

Rashid se detuvo junto al coche, pero no hizo ademán de abrir la puerta. En lugar de eso, se dio la vuelta para mirar a Bridget.

—Somos amigos, y los amigos a veces se besan

—y, una vez dicho eso, se inclinó hacia ella y la besó. Bridget no podía moverse. Lo único que podía hacer era sentir y saborear su boca mientras los labios de Rashid se movían contra los suyos. Cuando abrió la boca, Rashid profundizó el beso y la estrechó entre sus brazos.

Su abrazo era embriagador, y Bridget olvidó su tristeza y las preocupaciones del futuro. Todo desapareció mágicamente, y de repente Rashid fue su única realidad. El tiempo se detuvo mientras seguían besándose, y Bridget deseó que no terminara nunca.

Pero terminó, lentamente, como si Rashid tampoco deseara que finalizara.

Bridget abrió los ojos y vio que él la estaba observando.

—Sin remordimientos —dijo él.

Ella negó con la cabeza. No tenía ningún remordimiento, porque quería más. Pero, siendo consciente de dónde estaban, forzó una sonrisa y dio un paso atrás, hasta quedar apoyada en el coche.

—Siempre recordaré el día de hoy —dijo, luego se dio la vuelta para meterse en el coche antes de que pudiera hacer alguna tontería, como pedirle que la besara de nuevo.

Capítulo 6

BRIDGET se sentía torpe cuando se sentó a cenar aquella tarde. Rashid le había dicho que quería que fueran amigos, pero la idea que ella tenía de la amistad era muy diferente. ¿Cuántas mujeres podían decir que las había besado un jeque? Pero ella volvería a su rutina en San Francisco, y las breves vacaciones en el Mediterráneo quedarían atrás.

Observó a Rashid durante la cena y vio que no prestaba una atención especial a ningún invitado, lo que la afirmó en la idea de que simplemente había sido amable con ella.

No debía fantasear con una relación a largo plazo. Ella quería casarse algún día, tener un marido que la adorara y niños en los que volcar su amor. Rashid ya había estado casado, y Bridget sabía de primera mano cuál era el papel de las segundas mujeres.

Eso no estaba hecho para ella.

Salina al Besoud se acercó a ella cuando entraron en la sala de estar después de la cena.

—¿Cómo te ha ido en tu visita por la ciudad? —le preguntó, una vez sentadas en un sofá, frente a unas tazas de café.

—Ha estado muy bien, y también he aprendido algo de la historia del país. Hay algunos edificios fabulosos en la parte antigua de la ciudad. Me habría encantado visitarlos por dentro, para ver si la decoración está en consonancia con la elegancia de las fachadas.

—Tal vez en otra ocasión. Me alegro de que fueras con Rashid. A él le encanta nuestro país.

—Me encanta la historia y conocer sitios nuevos. Me gustaría volver y pasar más tiempo en la ciudad. O ver otra parte del país —dijo Bridget.

—Eso puede arreglarse. Pídeselo a Rashid.

Bridget sonrió educadamente y asintió con la cabeza, sabiendo que nunca se lo pediría.

Alguien se rió en el grupo que había junto a los ventanales. Bridget levantó la mirada al mismo tiempo que Rashid la miraba, y sintió que el corazón le empezaba a latir apresuradamente. Rashid tenía una mirada viva, y su sonrisa era cálida y contagiosa.

¿Qué lo habría divertido tanto? Bridget no lo había oído reír antes.

Un momento después él se excusó ante sus invitados y echó una mirada alrededor, asegurándose de que todos estaban entretenidos. Después se acercó a Bridget y a su abuela.

—Abuela, espero que no te importe si me llevo a Bridget un momento.

—¿Adónde? —preguntó Salina, mirándolo con interés.

—Bridget aún no ha visto los jardines por la noche. Pensé que le gustaría. Han pronosticado lluvias, así que tal vez ésta sea nuestra última oportunidad.

Alargó la mano y Bridget la tomó inmediatamente. Cuando él la agarró firmemente para ayudarla a levantarse, Bridget sintió que una corriente eléctrica le recorría todo el cuerpo. Se levantó rápidamente y se desasió de él.

Los ojos de Rashid le dijeron que sabía que el roce la había afectado, pero no hizo ningún comentario, limitándose a guiarla hacia los ventanales.

—Me gustaría ver los jardines de noche, pero no quiero que los demás te echen de menos.

El se encogió de hombros.

—Los demás invitados están ocupados, y no tardaremos mucho.

Al salir, Bridget sintió una fuerte brisa.

—¿Este viento es un preludio de la tormenta? —preguntó, apartándose un mechón de la cara.

—Lloverá antes de que acabe la noche. Han pronosticado tormenta y lluvia para mañana. Ven. Como ves, el camino está iluminado.

Unas luces suaves iluminaban los caminos. Algunos arbustos y estatuas también habían sido iluminados para resaltarlos.

—Es precioso —murmuró Bridget, observando uno de los rosales iluminados.

—Los jardineros cambian los puntos de luz cuando florecen las distintas plantas —

explicó Rashid—. Podemos dar un paseo diferente cada tarde, al cambiar la iluminación.

—Tienes suerte de tener esta propiedad —dijo ella, deleitándose con los efectos de las luces. Con ellas, el jardín parecía el escenario de un cuento de hadas—. Yo tengo algunas macetas en el balcón, pero no tienen nada que ver con esto. He heredado la casa de mi padre, así que puedo tener un jardín si me mudo allí. No se puede comparar con éste, pero me gusta la idea de las luces móviles.

—¿Es grande la casa?

—Demasiado grande para una sola persona. Pero espero casarme algún día, y será perfecta para una familia.

Se levantó un poco de viento y a Bridget se le despeinó el pelo. Rashid alargó la mano y le retiró un mechón de la cara, sujetándoselo detrás de la oreja.

—El hombre con quien te cases será afortunado —dijo suavemente.

—Eso que has dicho es precioso —respondió ella, con el corazón acelerado.

Siguieron caminando y el viento se hizo más fuerte. Las estrellas estaban totalmente ocultas por nubes que presagiaban tormenta.

Bridget se giró para decirle a Rashid que estaba disfrutando mucho de su visita, pero antes de que pudiera abrir la boca, él le tomó la cara entre las manos, inclinándose hacia ella.

—Me intrigas, Bridget Rossi —dijo antes de besarla.

Bridget le pasó los brazos alrededor del cuello, apretándolo contra ella y descubriendo las sensaciones que aquello le producía. Cerró los ojos y sintió que los latidos de su corazón lo llenaban todo, haciéndose cada vez más rápidos.

Un trueno resonó en la distancia y pudo distinguir, aun con los ojos cerrados, un relámpago. Pero, refugiada en los brazos de Rashid, sentía que nada podía hacerle daño.

De repente, un hombre apareció tras una curva del camino, hablando rápidamente.

Rashid levantó la cabeza e hizo un comentario en árabe. El hombre no se retiró, sino que se quedó de pie en el camino, sin dejar de hablar.

—Maldición —Rashid soltó a Bridget—. Hay muy pocas cosas que podrían hacer que me separara de ti, pero la yegua está a punto de parir. Creemos que no va a tener problemas, pero es su primer parto y debemos vigilarla de cerca —le dio algunas órdenes al hombre, que se dio la vuelta y desapareció—. Te acompañaré a la casa —

dijo, encaminándose hacia ella.

—¿Puedo ir contigo? Me encantaría ver un potrillo recién nacido —dijo ella, reacia a separarse de él.

—Tendrás que cambiarte. Ponte alguna ropa vieja. Te recogeré en tu habitación dentro de unos minutos e iremos a los establos en coche.

—¿Llegaremos a tiempo? —preguntó Bridget mientras caminaban rápidamente.

Olvidó la belleza del jardín mientras pensaba qué podía ponerse. No había llevado nada viejo, así que esperaba que, se pusiera lo que se pusiera, no se manchara demasiado.

—Pueden pasar horas antes del nacimiento. Pero la tormenta está asustando a Asheera. Tal vez pueda tranquilizarla.

Rashid se cambió de ropa, esperando no encontrarse con Jack y Charles. Sabía que sus amigos se interesarían por la yegua, pero en esa ocasión sólo quería estar con Bridget. Fátima nunca se había preocupad mucho de los caballos, aunque montaba de vez en cuando, y él no hablaba de caballos con otras mujeres. Bridget era la única que había demostrado un verdadero interés.

Llamó a la puerta de Bridget con los nudillos y miró el reloj. Ella abrió la puerta enseguida, y él la miró sorprendido. No conocía a ninguna otra mujer que pudiera haberse preparado tan rápido.

Bridget llevaba un jersey de color oscuro y pantalones azul marino. Rashid sabía que no era la ropa más apropiada, pero tendría que valer.

—Estoy preparada —dijo sin aliento. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Tenía el aspecto de una mujer a la que acababan de hacerle el amor y Rashid deseó que Asheera hubiera elegido otra noche para parir.

—Vamos, nos espera un coche.

Momentos después estaban en el establo. Habían suavizado las luces, que creaban una atmósfera más relajante para la yegua. Había varios hombres preparados para prestar ayuda si era necesario, pero de momento dejaban a la yegua sola.

Era evidente que el animal estaba nervioso, y los truenos lo intranquilizaban aún más. Rashid se acercó a Asheera y le habló en su lengua nativa, suavemente. Sabía que la yegua tendría crías saludables, pero había tenido mala suerte en elegir una noche de tormenta. El sonido de su voz la calmó un poco, pero con el siguiente trueno volvió a agitarse.

La lluvia repiqueteaba contra el tejado y Rashid no dejaba de tranquilizar al animal.

Bridget, apoyada en la puerta, los observaba. Pronto la tormenta comenzó a alejarse; el sonido de los truenos terminó desapareciendo y finalmente el ruido de la lluvia pareció calmar un poco a Asheera, que se quedó dócilmente junto a Rashid. El le pasó las manos por el cuello y por los costados, sintiendo que el vientre se endurecía con una contracción. Seguramente, el potrillo nacería antes del alba.

—Lo estás haciendo muy bien —le dijo suavemente. Bridget no había dicho una palabra desde que entraron en el establo—. Creo que estará bien —dijo Rashid en inglés, retrocediendo y dirigiéndose a la puerta. La cerró a su espalda y se quedó asomado en la parte de arriba, observando a Asheera.

—Entonces, ¿es como los humanos, con un parto de varias horas?

—Sí. Y normalmente el primero es el más largo.

La yegua se acercó a la puerta y cabeceó un poco, tocando a Rashid en el hombro.

—Quiere compañía. Le diré a uno de los hombres que le ponga un poco de heno y que traiga una silla para ti. ¿Estarás cómoda aquí con ella? Creo que, ahora que la tormenta ha pasado, estará más calmada.

Bridget asintió y Rashid dio algunas órdenes.

—Habrás visto muchos nacimientos —dijo ella, una vez sentada junto a Asheera.

—No muchos. El primero fue cuando tenía un año más que Mo. Luego me fui a estudiar y no volví a ver otro hasta después de los veinte años. Nunca me canso de esto.

—Supongo que, cada vez, es como un milagro.

Rashid asintió, contento de que Bridget sintiera lo mismo que él. Tal vez la próxima vez Mo tuviera la edad suficiente para asistir a un

parto.

El tiempo pasó despacio. Los hombres se quedaron cerca, preparados para acatar cualquier orden que Rashid pudiera darles. El veterinario llegó, examinó a Asheera y declaró que todo estaba en orden. Después se fue a tomar un café para hacer tiempo hasta que se le volviera a necesitar.

Rashid miró a Bridget. Estaba apoyada contra la puerta, con los ojos casi cerrados.

—Deberías volver a la casa y descansar un poco —dijo con suavidad. El día había sido largo, y pronto amanecería. Llevaba levantada demasiado tiempo.

Sintió que se le encogía el estómago cuando ella lo miró. Estaba somnolienta y sexy.

Y él la deseaba. Si Asheera no estuviera a punto de parir, volvería con ella a la casa, y pasarían juntos el resto de la noche en una de las habitaciones. Pero era consciente de los hombres que estaban a su alrededor, y contuvo su deseo... de momento.

Deseaba besar cada una de las pecas que tenía en la nariz, hundir las manos en su cabello y oír cómo contenía la respiración, como había hecho cada vez que la había besado.

—¿A tu mujer también le gustaban los caballos? —preguntó ella.

Rashid desvió la mirada, frustrado. La deseaba, pero ella quería hablar de Fátima.

Volvió a mirarla, pero Bridget estaba observando a la yegua.

—A Fátima no le importaban los caballos, prefería el jardín. Solamente montaba cuando teníamos invitados que deseaban compañía.

—Pero a Mo le gustan.

—Por supuesto —Rashid no imaginaba tener un hijo que no compartiera su pasión por los caballos.

—Si te casas otra vez, ¿querrías que fuera con una mujer a quien le gustaran los caballos? —preguntó ella.

—No necesariamente. Sus funciones serían diferentes.

—¿Sus funciones?

—Su papel en mi vida, por decirlo de otra forma.

—Hablas como si fueras a contratar a un ayudante, o algo así.

—Me gustaría que hiciera de anfitriona de mis amigos cuando los invito, que se ocupara de los aspectos sociales de mis negocios y que se sintiera cómoda hablando con embajadores y presidentes.

—Supongo que tus padres podrían encontrar a alguien así.

Rashid pensó en ello. Fátima lo había impresionado siendo la compañera perfecta, sofisticada, cosmopolita y hermosa. Sus padres la habían elegido, y la vida con ella había sido agradable.

Pero ahora tenía sus dudas. ¿Buscaría lo mismo si se casara otra

vez? Le echó una rápida mirada a Bridget. Tenía los ojos cerrados y se había sujetado el cabello en una coleta. Parecía cansada, y tan encantadora que la deseó de nuevo.

—Ellos organizaron mi primer matrimonio, pero en el próximo lo haré yo... si me caso otra vez.

—¿Elegirías a alguien como Fátima? Procedíais de ambientes parecidos, pero,

¿teníais algún interés en común?

—Mo.

Ella abrió los ojos y sonrió, y Rashid sintió que se le aceleraba el corazón. Tenía una sonrisa encantadora, probablemente porque le iluminaba los ojos.

—¿Te gustaría tener muchos más niños?

—¿Muchos más? —él sacudió la cabeza—. Tal vez uno o dos.

—Mmm. A mí me gustaría tener una docena. Y perros, gatos y conejos. Me gustaría darles a mis hijos una infancia perfecta, crearles una sólida base.

—Tu vida parece tenerla —dijo él.

Bridget se encogió de hombros.

—Mi padre no amaba a mi madre, y yo lo sabía. Sé que a mí me quería, y creo que sentía algo de afecto por mi madre. Pero nada comparable a la pasión que sentía por su bella Isabella.

—El hecho de que el matrimonio debe acompañar a un amor apasionado es una idea occidental.

Rashid pensó en su prima Yasmin. Se había casado por amor, y parecía tremendamente feliz. Era la única de la familia que demostraba abiertamente su cariño a su marido y sus hijos. Sus propios padres se comportaban formalmente cuando estaban en público. ¿Harían lo mismo en privado?

Recordó cómo hablaban Fátima y él cuando estaban solos, y supo que sí. Si hubieran tenido más cosas en común, habrían podido hablar de más cosas. Aun así, había aprendido a querer a su mujer, y la echaba de menos. Y temía que Mo no recordara a la amable mujer que lo había tenido.

Asheera relinchó y Rashid se acercó a ella para acariciarle el cuello y hablarle con suavidad. Parecía más intranquila. El veterinario se acercó al establo, con la taza de café en la mano, y miró a la yegua.

—No tardará mucho. Tal vez su amiga debería apartarse un poco —dijo en inglés, con un fuerte acento.

Rashid asintió y miró a Bridget.

—Debes salir. Ver a muchos extraños puede ponerla más nerviosa.

Bridget se levantó despacio y salió del establo de Asheera, a la vez que el veterinario entraba. Una vez fuera, ella se apoyó en la puerta baja, observándolo todo fascinada.

A pesar de estar cansada y un poco incómoda, se quedó. Rashid se alegró por ello.

El tiempo pasó rápidamente mientras la yegua se preparaba para los últimos pasos del parto. El potro nació sin complicaciones, asomando primero las patas, y la placenta se rompió antes de que saliera totalmente.

Rashid miró a Bridget y se quedó asombrado al ver el placer que se reflejaba en su cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas y su sonrisa era amplia y sincera. Estaba realmente emocionada.

—Es perfecto —susurró al ver al potrillo.

El veterinario reconoció a la yegua y a la cría y se apartó para dejar que la naturaleza siguiera su curso. La yegua acariciaba al recién nacido con el hocico, lamiéndolo.

Poco después el pequeño intentó ponerse de pie. Se cayó un par de veces, y Bridget se rió al verlo. Rashid sonrió. Los recién nacidos siempre eran torpes, pero en menos de un año esa cría estaría corriendo por los campos.

—Rashid, ha sido impresionante —se rió cuando el potrillo se cayó de nuevo—.

Pobrecito. ¿No podemos ayudarlo?

—Lo conseguirá, y será más fuerte si lo hace él solo —dijo Rashid. La cría se levantó enseguida y miró alrededor. Su madre lo empujó de nuevo con el morro, para enseñarle dónde tenía que alimentarse.

Rashid habló en árabe con el veterinario y con sus ayudantes y se apartó del establo.

—Se quedarán vigilando para asegurarse de que no ocurre nada inesperado. Si no es así, la diversión ha terminado por hoy.

—Gracias por dejarme formar parte de esto. ¿Has elegido ya un nombre?

—Aún no. Queríamos esperar para ver el sexo. Vamos, ya casi ha amanecido, y tienes que estar exhausta.

Salieron de los establos y entraron en el coche que los esperaba. Enseguida llegaron a la casa, y comenzaron a subir las escaleras que llevaban a las habitaciones. Los demás invitados no tardarían en levantarse, pero Rashid le dijo a Bridget que durmiera todo lo que quisiera.

—Lloverá todo el día. Organizaré algunas actividades para quienes necesiten entretenerse, así que quédate en la cama todo el tiempo que quieras —dijo cuando terminaron de subir las escaleras.

—Voy a leer con Mo por la tarde. No podremos hacer otra cosa con la lluvia.

Rashid le puso las manos en los brazos y la miró de frente.

—Ya te lo he dicho antes, no estás aquí para entretener a mi hijo.

—Es un placer hacerlo, y Mo apenas pide nada. Es un chico

encantador y muy inteligente. Debes de estar orgulloso de él.

Rashid pensó en su hijo, al que apenas conocía. Sospechaba que Bridget había aprendido más sobre los gustos de Mo en aquellos días que él en cinco años.

—Puedes unirte a nosotros, si te apetece —dijo ella con timidez.

Lo que Rashid quería hacer era unirse a ella en su dormitorio en aquel mismo momento y hacerle el amor lentamente. Abriría las ventanas para que el aire fresco contrarrestara el calor que sus cuerpos generarían, y se deleitaría aprendiendo las cosas que a Bridget le gustaban y dándole placer. Tal vez aquello la haría olvidar su sueño de casarse con un hombre que la amara. Rashid quería acaparar toda su atención, no compartirla con un sueño.

Pero Bridget era una invitada. Era joven e inocente y no tenía nada que ver con las mujeres con las que se había acostado. Podía sentirse herida y, por alguna razón, él no quería ser la persona que le causara daño.

—Que duermas bien. Tal vez me una a vosotros esta tarde —la besó y tuvo que controlarse para que el beso no se le fuera de las manos y para no llevarla a la cama en ese preciso momento.

Capítulo 7

CUANDO Bridget llegó a su habitación, el corazón parecía a punto de salírsele del pecho. Estaba acalorada y abrió un poco la ventana antes de meterse en la cama.

Estaba cansada, pero no podía dormir. El nacimiento del potrillo había sido un milagro. Había sentido ganas de abrazar a la yegua, a la cría… y a Rashid. Si viviera en aquel lugar, asistiría a todos los nacimientos.

Pero eso nunca ocurriría. La conversación que habían tenido sobre el matrimonio había vuelto a sacar a la luz sus diferencias en opiniones y creencias. Además, Bridget era producto de un matrimonio sin amor, y para ella quería algo totalmente distinto. Deseaba que el amor la inundara, y saber que el hombre a quien le ofreciera su corazón la amaría hasta la muerte. Quería ser especial para él, como lo había sido Isabella para su padre.

Pero justo antes de quedarse dormida imaginó que Rashid se enamoraba locamente de ella, y ella de él. Tuvo una visión de él quince años después. Veinte, treinta años después. No tuvo ningún problema en imaginarse una vida feliz si él la amaba.

Cuando se despertó era casi mediodía. Se duchó y vistió rápidamente y se unió a los demás en el comedor, justo cuando servían la comida a la una. Su mirada se posó inmediatamente en Rashid, que parecía descansado y en forma. ¿Habría dormido o sus deberes de anfitrión se lo habrían impedido?

—He oído que viste nacer al potrillo —le dijo Jack cuando les sirvieron la comida.

—Sí. Fue fantástico —contestó Bridget, sonriendo.

—Todas las crías nacen en mitad de la noche —comentó Salina al Besoud.

—Eso parece, pero creo que también nacen durante el día —dijo Rashid.

Elizabeth y Marie empezaron a hablar de ir de compras. Bridget no quería ir; ya había tenido bastante con su anterior salida.

—¿No quieres ir con ellas? —le preguntó Rashid.

Bridget sacudió la cabeza.

—Voy a leerle un libro a cierto hombrecito. Es lo mejor para una tarde lluviosa.

Cuando terminó la comida, Elizabeth alcanzó a Bridget de camino a las habitaciones.

—Si crees que ganarte a la familia de Rashid va a cambiar las cosas, olvídalo. No tienes ninguna posibilidad de ser su segunda esposa, porque en ese tema hará lo que le digan sus padres. Así que no

tiene ningún sentido que te molestes en leerle a su abuela o en cuidar a su hijo. No ganarás.

Bridget parpadeó, sorprendida por la afirmación de la mujer.

—No estoy intentando ganarme a nadie. Me gusta pasar tiempo con su hijo. Además, sólo estoy aquí de visita, me iré pronto.

—No quería que te hicieras ilusiones —continuó Elizabeth—. Hace varios años que es viudo, y creo que eso no va a cambiar, a pesar de todas las mujeres que flirtean con él.

Bridget se encogió de hombros.

—Estoy segura de que no soy su tipo —Bridget no tenía intención de mencionar los besos. Quería pensar que, cuando se marchara, Rashid dirigiría su atención a alguien más. Tenía que recordarlo, o correría el riesgo de que se le rompiera el corazón.

Elizabeth pareció sorprenderse.

—¿Y cuál es su tipo?

—Quiere a alguien que se sienta cómoda hablando con embajadores, que sea hermosa y la anfitriona perfecta. Marie y tú parecéis acostumbradas a ese tipo de vida, pero yo no. Solamente está siendo amable conmigo durante mi estancia.

—Bueno, tengo que decir que quedarme despierta toda la noche en un establo maloliente no es mi idea de una velada romántica —dijo Elizabeth.

—Su mujer, Fátima, nunca asistió al nacimiento de un potrillo —pensaba que era muy triste que su mujer y él no hubieran tenido más cosas en común.

—Si no estás intentando ganar puntos, ¿por qué pierdes el tiempo con una anciana que no ha hecho nada emocionante en cincuenta años?

—La abuela de Rashid tiene una novela de misterio que nos gusta a las dos. No sé cuáles son tus motivos, Elizabeth, pero no espero más de la relación que ahora me une a Rashid. Sólo soy su invitada.

—Sólo quería darte un consejo —y, dicho eso, desapareció en dirección a su habitación.

Bridget la vio marcharse, preguntándose si ése habría sido el único motivo. Tal vez se sintiera insatisfecha con su relación con Charles. Pero no importaba; Bridget no necesitaba advertencias. Podía cuidarse ella sola.

Rashid miró su reloj mientras se dirigía a la sala de juegos, después de asegurarse de que las mujeres tenían todo lo necesario para ir de compras y después de dejar a Jack y a Charles en la sala de billar. Por fin tenía tiempo para él.

Nada más abrir la puerta vio que un avión blanco de papel se dirigía hacia él. Lo agarró con suavidad antes de que lo golpeara en la cara y miró a Mo.

Su hijo se estaba riendo con tantas ganas que casi no podía mantenerse en pie.

—Lo has agarrado, papá. Habría ido más lejos si no lo hubieras hecho. Esta no cuenta.

Bridget se puso las manos en las caderas y negó con la cabeza.

—Ah, no, de ninguna manera. Yo habría ganado.

—Hazlo otra vez. Tenemos que hacerlo otra vez —dijo el niño.

Rashid le dio a Mo el avión de papel y cerró la puerta tras él.

—¿Qué he interrumpido?

—Estamos jugando a quién puede mandar el avión más lejos. Bridget gana la mayoría de las veces, pero yo gané unas cuantas —explicó Mo.

—He ganado —lo corrigió ella con suavidad—. ¿Necesitas algo? —le preguntó a Rashid.

—Sólo he venido a ver en qué os estabais entreteniendo en una tarde lluviosa.

—Bridget está jugando conmigo antes de ir a ver a la abuela. Ellas leerán un libro y yo le haré un dibujo para que se lo lleve a casa. Vive en Estados Unidos, ya sabes, y si tiene un dibujo mío, siempre me recordará. ¿Puede volver a visitarnos otra vez?

—Me encantaría que lo hiciera —dijo Rashid—. Tenemos que asegurarnos de que se lo pase bien para que quiera volver —se encontró con la mirada de Bridget por encima de la cabeza de su hijo. Quería acortar la distancia que los separaba y estrecharla entre sus brazos.

—Nos lo estamos pasando bien —afirmó Mo—. Seguro que quiere volver.

—Sí, me gustaría —dijo Bridget.

La tarde pasó rápidamente. Mo estaba encantado de tener a dos adultos jugando con él. Cuando se cansaron de los aviones de papel se concentraron en dos juegos de mesa. Bridget no conocía ninguno, así que Rashid y Mo tuvieron que explicarle las reglas, sugiriéndole estrategias continuamente. Mo ganó a los dos, y se quedó encantado.

Después Bridget sugirió algo a lo que solía jugar con los niños en la biblioteca.

Estaban sentados en un cómodo sofá, bajo los ventanales.

—Yo te presento una situación, y tú me dices lo que harías —dijo ella.

—De acuerdo —contestó Mo, sentándose a su lado y pegándose a ella. Rashid se sentó al lado de su hijo y pasó un brazo por el respaldo del sofá. Su mano casi tocaba el pelo de Bridget.

—Muy bien. Hay un enorme dragón que se acerca por la carretera. Es muy fiero y echa fuego por la boca. ¿Qué harías?

—Eso es fácil —dijo Mo—. Le daría un sándwich de miel y

mantequilla de cacahuete.

A todo el mundo le gusta, y estaría tan feliz que ya no echaría más fuego.

—¿Mantequilla de cacahuete y miel? ¿Cuándo has comido eso? —preguntó Rashid.

—Bridget dice que a todo el mundo le gustan los sándwiches de miel y mantequilla de cacahuete, y que es feliz cuando se come uno.

Ella sonrió.

—La comida que te hace sentir bien, ya sabes.

—Ah. ¿Y qué otro tipo de comida te hace sentir bien? —preguntó Rashid.

—Sobre todo el chocolate. Ahora, Mo, tienes que imaginarte una situación y preguntarle a tu padre qué haría.

—Vale —pensó durante unos momentos, totalmente concentrado. Rashid lo observaba, y miró a Bridget un momento para compartir con ella la diversión. La sonrisa que ella le dedicó lo confortó. Desde la muerte de Fátima, era la primera vez que sentía que conectaba con alguien que compartía su amor e interés por su hijo.

De repente, supo que Bridget quería a Mo. Bridget era una persona abierta y amable que por naturaleza se sentía atraída hacia un niño que había perdido a su madre.

—Si estuviéramos en la playa y viniera una ola gigante, ¿qué harías? —preguntó el niño.

—Te agarraría y bucearía para atravesar la ola y salir al otro lado, donde el mar estuviera en calma —respondió Rashid sin dudarlo.

—Yo sé nadar y puedo aguantar la respiración mucho tiempo —dijo Mo solemnemente.

—Entonces no tendríamos problemas en llegar al otro lado de la ola gigante.

¿Quieres preguntarle tú a Bridget?

—Vale. Si papá apareciera con un montón de invitados sin avisar, ¿qué harías?

Bridget miró a Rashid.

—¿Suele pasar eso?

El se encogió de hombros.

—Normalmente aviso al personal.

—Haría una gran olla de espaguetis, ensalada y pan de ajo, y cuando hubieran comido me llevaría a tu padre aparte y lo regañaría por no haberme avisado.

Mo se rió.

—A papá no lo regaña nadie.

—Tal vez deberían hacerlo —contestó ella, mirando a Rashid con picardía.

Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Su risa cautivaba

a Rashid, que por un momento deseó que Mo no estuviera con ellos. La tomaría entre sus brazos y la besaría apasionadamente. Antes de que sus pensamientos continuaran por ese camino, apartó la mirada de Bridget y se concentró en Mo.

—¿Te parece bien esa respuesta? —le preguntó.

—¿Y no podría pedirle a los cocineros que hicieran ellos la comida?

—No si fuera mi casa. Allí soy yo quien cocina —respondió ella.

—¿De verdad? —dijo Mo abriendo mucho los ojos—. ¿Lo haces tú sola?

—Claro. Y también la limpieza y la colada. Todo. No todo el mundo tiene criados que les hagan las cosas.

Mo miró a su padre para confirmar lo que Bridget acababa de decir. Todavía era un niño confiado y se fiaba de él para buscar la verdad. Cuando creciera, ¿se convertiría en una persona cínica y desconfiada?, se preguntó Rashid. Deseaba con todas sus fuerzas que siguiera siendo tan feliz como lo estaba siendo aquella tarde.

De repente, Rashid sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Nunca se había dado cuenta de la magnitud de la tarea que tenía por delante.

—Tengo otra situación para ti, Mo. Tengo que ir a leer con la abuela y llego tarde —

dijo Bridget—. Me esperaba a las tres. ¿Qué harías?

—Correría mucho —respondió el niño.

—Porque si no, te regañará —intervino Rashid, levantándose—. Mo, ¿te gustaría ver el potrillo de Asheera?

—¡Sí! —se levantó de un salto y se dirigió a la puerta.

—Dile a Alaya dónde vas a estar, y agarra una chaqueta, que hace fresco —dijo Rashid—. Bridget, gracias por hacer que mi hijo sea tan feliz —dijo, llevándose una mano de Bridget a los labios y besándola suavemente. La miró fijamente a los ojos, deseando que pudiera darse cuenta de que él quería más. Tal vez una breve aventura antes de que se marchara. ¿Aceptaría ella?

Después podrían continuar en San Francisco. Podría visitarla, y ella le prepararía espaguetis, pan de ajo y sándwiches de mantequilla de cacahuete y miel. Quería ver dónde vivía, observarla mientras trabajaba y ver cómo cautivaba a los niños en la biblioteca.

—Tengo que irme, llego tarde. Espero que tu abuela no esté enfadada —dijo ella, retirando la mano.

—Dile que estabas con Mo. Ella lo adora, así que te perdonará.

Bridget cerró los dedos sobre la palma de la mano, como si así pudiera retener el beso para siempre. Se dirigió a la puerta, esperando que las rodillas, que sentía débiles, no le fallaran. Un poco después, recorriendo el pasillo, intentó convencerse de que sólo había sido un

beso de gratitud de un padre. Pero ella no se sentía así. Le parecía que todo era maravilloso, atrevido y romántico.

—Tonterías —dijo en voz alta.

Llamó con los nudillos a la puerta de la sala de estar y entró.

—Siento llegar tarde. Estaba con Mo y perdí la noción del tiempo.

—¿Estabas leyendo con él?

—No, estábamos jugando. Rashid se unió a nosotros, así que Mo estaba en el séptimo cielo.

—Ah. Pensé que había ido a la ciudad con los otros invitados —dijo Salina.

—Pues parece que no. Ahora se ha llevado a Mo a que viera el nuevo potrillo —

Bridget agarró la novela de misterio que estaban leyendo y la abrió por la página señalada—. ¿Empiezo?

—¿Y no preferirías ir tú también a los establos?

—Ya estuve allí cuando nació, y espero ver a la cría otra vez antes de irme. Además,

¿no cree que es bueno que Mo pase algo de tiempo a solas con su padre?

—Claro que sí, pero me sorprende que prefirieras venir aquí antes que ir con ellos.

—Me muero por saber cómo acaba la historia.

—Eres muy amable conmigo.

—No, han sido Rashid y usted los que han sido amables conmigo, invitándome a quedarme aquí para ayudarme a superar la muerte de mi padre. Siempre les estaré agradecida.

Cuando Bridget terminó de leer, había dejado de llover y los rayos del sol inundaban la habitación.

—¿Jugarán al polo el sábado, o tal vez el campo esté demasiado mojado? —preguntó

—. Nunca he visto un partido, y me encantaría ver uno antes de irme a casa.

—El club tiene un buen campo con drenaje, y ya que ha parado de llover, supongo que todo estará preparado para el sábado por la tarde. También juegan con lluvia, pero no me gusta asistir a esos partidos, porque hace demasiado frío. Yo también estoy deseando ver el partido. Tal vez todo ese derroche de energía ayude.

—¿Ayude? ¿A qué? —preguntó Bridget.

—Últimamente hay mucha tensión. Se supone que Charles debe estar acompañando a Elizabeth, pero no es así. Y Jack aún no le ha pedido a Marie que se case con él, y eso es lo que ella espera. Si sus padres hubieran tomado partido, estoy segura de que ese tema habría estado solucionado hace años.

—Los famosos matrimonios concertados —murmuró Bridget.

Salina la miró duramente.

—A tu país le vendría muy bien tener matrimonios concertados. El índice de divorcios es impresionante.

—¿,Acaso en este país no hay divorcios?

La anciana se quedó callada un momento, mirándola.

—No tantos como en el tuyo, ni mucho menos.

—Mis padres tuvieron un matrimonio que no estaba basado en el amor. Mi padre se casó con mi madre para que su hijo Antonio siguiera teniendo la influencia de una madre. También me tuvieron a mí. Siempre supe que él no la amaba, aunque mi madre lo adoraba. ¿Puede imaginarse lo horrible que debe de ser eso?

—Hay otras razones para casarse, aparte del amor.

—Sí, pero el amor mutuo proporciona felicidad. ¿Es que eso no es importante?

¿Usted era feliz en su matrimonio? —Bridget no podía creer que hubiera hecho esa pregunta tan personal, pero antes de que pudiera disculparse, la anciana comenzó a responder.

—No. Estaba enamorada de otro hombre cuando me casé. Respetaba a mi marido, pero nunca llegué a quererlo.

—Y aun así, permitió que su hija se casara sin amor.

—Su padre organizó el matrimonio.

Y también Rashid —murmuró Bridget—. ¿Cree que su matrimonio fue feliz?

—No tan feliz como el de su prima Yasmin, pero Fátima y él fueron felices.

—¿Yasmin?

—Sí. Juró que sólo se casaría con alguien a quien amara, y su padre lo permitió.

Bridget ocultó una sonrisa. Era evidente que a Salina la había escandalizado aquella decisión.

—Y ahora es feliz —dijo.

—La verdad es que da envidia verla con su marido. Sólo tienen ojos el uno para el otro. Y para su hijo.

—Eso es lo que yo quiero —dijo Bridget, intentando no pensar en Rashid. El había dejado claro que el amor no entraba en sus planes de futuro.

Miró por la ventana. Los invitados se irían en pocos días. Ella se quedaría a la recepción, y después pensaría en su regreso a casa. La tristeza inicial de haber perdido a su padre se estaba atenuando. Estar con desconocidos y en un ambiente poco familiar la había ayudado. Siempre estaría agradecida por aquello, a pesar de las consecuencias... como enamorarse de Rashid al Halzid.

Le echó una mirada rápida a Salina al Besoud. La anciana la estaba estudiando.

—Gracias por leerme el libro y por explicarme las distintas formas de interpretar las escenas.

Bridget había disfrutado del tiempo que había pasado con ella, igual que con Mo. Los echaría mucho de menos cuando regresara a su casa, pero no tanto como a Rashid.

Genial, pensó. La nostalgia por su padre sería reemplazada por una añoranza aún más grande. Tenía la sensación de que le costaría más tiempo recuperarse después de separarse de Rashid, sabiendo que estaba viviendo en otra parte del mundo.

—¿Te estás recuperando de la muerte de tu padre? —le preguntó Salina.

—Lo echo mucho de menos. No quiero ni pensar lo vacía que estará mi vida cuando vuelva a casa. Siempre cenábamos juntos los miércoles, y solía verlos a Antonio y a él el fin de semana. Ahora, me resultará muy difícil las primeras semanas.

Bridget deseó estar más unida a su hermano. Antonio se había centrado en los restaurantes y en los negocios, y lo único que la había unido a él había sido su padre.

Ahora que estaba muerto, ¿se distanciarían Antonio y ella aún más?

—Creo que se quedó sin nada que hacer cuando le pasó el negocio de los restaurantes a Antonio —dijo Bridget—. No creo que la jubilación esté hecha para todo el mundo. Aunque hizo varios viajes a Italia durante los últimos años; tenía mucho en común con el tío Rudolfo y con la tía Donatella, sus hermanos.

A su padre le había gustado la actividad. Visitar a los clientes, tratar con chefs de carácter difícil y enfrentarse a retos que lo estimulaban. Bridget echaba de menos a su madre, pero su padre había llenado ese vacío. Ahora que ya no estaba, ¿quién lo iba a llenar?

Capítulo 8

CUANDO Rashid y Mo regresaron a la casa, ya era casi la hora de cenar. El niño había estado encantado con el potrillo y no había querido regresar.

Jack estaba bajando las escaleras.

—¿Cómo está la cría? —preguntó.

—Ya se va sosteniendo sobre las patas. Va a ser una belleza —dijo Rashid—.

¿Quieres ir mañana con nosotros?

—Iré solo. No me gustan mucho los niños. ¿No dijiste que pronto iría a un colegio interno?

—Todavía no está decidido —le sorprendía darse cuenta de que no quería que Mo se marchara tan pronto. Estaba descubriendo a su hijo y le parecía demasiado pequeño para irse de casa. Consideraría la posibilidad de educarlo en Aboul Sari.

—Creí que ya lo habías decidido. Tendrás mucha más libertad sin tener que preocuparte por un niño.

—Mo es mi hijo. Siempre me preocuparé por él —dijo, apoyando la mano en la cabeza del niño. Le estaba descubriendo un nuevo sentido a la paternidad y, sin duda, se lo debía a Bridget.

—Por supuesto. Nunca he querido decir lo contrario. Bueno, te veré en el salón.

Mo y Rashid subieron juntos las escaleras y se dirigieron a la habitación del niño.

Rashid se preguntó si debería pensar de nuevo en el matrimonio. ¿No le gustaría a Mo tener una madre? Mientras tanto, quería concentrarse en conocer a su hijo.

Bridget estaba pensativa cuando volvió a su cuarto. Pronto tendría que pensar en preparar la vuelta a su casa, como el resto de los invitados. Pero antes, vería un partido de polo.

Y una parte de ella estaba deseando experimentar una noche mágica en una fiesta llena de gente poderosa y rica. No tendría nada que ver con el evento al que Richard la había invitado, y nunca tendría otra oportunidad como aquélla. Ya tendría tiempo de sobra para volver a la realidad cuando regresara a San Francisco.

Oyó una suave llamada a la puerta y, al abrir, se encontró a Mo en el pasillo. Rashid estaba un poco más atrás, apoyado contra la pared y observándola.

—He venido a preguntarte si quieres cenar conmigo —dijo Mo—. Papá ha dicho que podía invitarte.

—Me encantaría cenar contigo. ¿Sólo estaremos nosotros dos?

Mo asintió con la cabeza.

—Sí. Y luego tal vez puedas contarme un cuento.

—Mo, ¿qué te he dicho? —preguntó Rashid.

—Dijiste que ella estaba triste y que tendría que animarla. Pero seguro que le gusta contar cuentos, ¿verdad, Bridget?

—Sí que me gusta. Me hace muy feliz contar cuentos —dijo mirando a Rashid.

—Hemos pedido espaguetis y pan de ajo especialmente para ti —comentó Mo mientras se dirigían a su habitación. Habían preparado junto a la ventana una mesa para dos.

Rashid se quedó en el umbral.

—La cena es sólo para vosotros. ¿Te reunirás con nosotros abajo cuando terminéis?

—le preguntó a Bridget.

—Esta noche no, si te parece bien. Disfrutaré mucho más si me quedo aquí que con los otros invitados. Y necesito acostarme pronto, porque mañana me gustaría ver el partido.

—Yo también quiero ir —dijo Mo—. Me gusta el polo. ¿Tú vas a jugar, papá?

—Sí. Puedes acompañar a la abuela. ¿Te gustaría ir con ellos? —le preguntó a Bridget.

—Me encantaría. Ella puede explicarme las reglas del juego.

—Haré que lo organicen todo —afirmó Rashid, saliendo del cuarto.

Bridget disfrutó de la cena con Mo. Le contó algunas historias que le divirtieron y él le habló de la visita que había hecho al potrillo. Cuando llegó Alaya para decir que era hora de irse a la cama, a Bridget le dio pena ver que la velada terminaba.

El día siguiente amaneció soleado y despejado. Bridget se puso una falda gris y una blusa sin mangas de color amarillo y bajó al comedor, donde sólo estaba Charles.

—Buenos días —dijo él, atacando unos huevos con salchichas y tostadas.

—Buenos días —respondió ella, sentándose a su lado—. Estoy deseando ver el partido.

—Han pasado muchos años desde la última vez que Jack, Rashid y yo jugamos en el mismo equipo. Jack está muy emocionado.

—Creo que, si pudiera, Jack no haría otra cosa más que jugar al polo.

En ese momento, Rashid entró en el comedor y los saludó. A Bridget le dio un vuelco el corazón al verlo. Llevaba pantalones de montar, botas negras altas y una camiseta roja que se ajustaba a sus brazos y a su pecho musculoso. Bridget pensó que estaba para comérselo. Nunca lo había visto tan sexy y atractivo, y por un momento olvidó que era un jeque de un importante país cuyas reservas de petróleo le proporcionaban más dinero del que ella podría

imaginar. También olvidó sus ideas sobre el amor y el matrimonio, y a su primera y hermosa mujer.

Lo único que podía hacer era mirarlo y esperar que no se diera cuenta de sus sentimientos. Lo amaba. Lo quería para ella, para siempre. Pero sabía que nunca iba a ser suyo.

Rashid la miró y se sentó.

—¿Te sientes bien?

—Sí, claro. Estoy deseando ver el partido —dijo sonriendo. Gracias a Dios, Rashid no podía leerle la mente. Pero, ¿qué iba a hacer? No podía enamorarse de un jeque.

Jack entró en el comedor, vestido igual que Rashid. Aunque se le veía en forma, no tenía el magnetismo de Rashid.

En sólo unos minutos se llenó el comedor de gente, y todos se pusieron a hablar del partido. Charles, que disfrutaba del deporte casi tanto como Jack, empezó a contar anécdotas del pasado. Todos se divirtieron y se rieron con las historias.

En cuanto Bridget terminó de desayunar se levantó, esperando pasar desapercibida, pero Rashid la llamó antes de que llegara a la puerta.

—Bridget, mi abuela estará preparada para irse a las nueve —ella asintió con la cabeza—. Si quieres, lleva a Mo a ver los caballos al campo cuando lleguéis. Le gustará.

—¿Estás seguro de que un partido de polo es apropiado para un niño? —preguntó Marie—. Seguramente se aburrirá y se pondrá insoportable.

—Creo que le gustará —contestó Rashid—. ¿Te gustaría bajar con él al campo para ver los caballos?

—Ya veremos —Marie miró a Jack—. Tal vez baje para darle un beso a mi hombre que le dé buena suerte.

Bridget salió del salón y se dirigió a las escaleras, sintiendo un poco de pena por Rashid. A Fátima nunca le habían interesado sus caballos, al contrario que Marie, que se preocupaba por Jack y sus intereses. ¿Encontraría Rashid alguna mujer que compartiera sus intereses? ¿Alguien que lo amara tanto como ella?

La limusina de madame al Besoud era muy lujosa. Bridget pensó que le encantaría viajar siempre así, e intentó imaginarse cómo sería tener una limusina y un chófer a su disposición en San Francisco.

Mo estaba muy emocionado y no dejaba de removerse en su asiento, mirando por la ventanilla y hablando rápidamente, a veces en árabe y a veces en inglés.

—¿Crees que papá me dejará montar su caballo con él? —preguntó cuando entraban al club de polo.

—Si su equipo gana, tal vez te deje dar la vuelta de la victoria —dijo Bridget—.

Podemos preguntárselo.

—¿La vuelta de la victoria? —preguntó Salina al Besoud.

—Creo que es una costumbre de los rodeos —explicó Bridget—. Cuando un vaquero gana, da una vuelta por la arena saludando con el sombrero, y todos aplauden.

—¿Conoces a algún vaquero? —preguntó Mo, fascinado.

—La verdad es que no. Vivo en la ciudad, pero hay un rodeo fantástico cada año en Cow Palace, cerca de San Francisco, y suelo ir. Siempre he querido un caballo, desde que era pequeña.

—¿Y ahora tienes uno?

—No. Donde vivo, no hay sitio para tenerlo.

—Yo sé montar. Y tengo mi propio pony —dijo Mo—. Es más grande que la nueva cría, pero el potro crecerá más.

—Lo sé, pero tu pony es un animal magnífico.

El vehículo se había detenido y el conductor abrió la puerta trasera para ayudar a salir a madame al Besoud. Después le ofreció ayuda a Bridget, mientras Mo salía solo. Había gradas a los dos lados del campo de hierba y, a cada extremo, se erguían los postes que delimitaban las zonas de marcaje de puntos. Bridget lo miró todo fascinada. Ya había mucha gente en las gradas.

—No esperaba ver tanta gente —comentó mientras se dirigían a sus asientos, situados cerca del centro de las gradas.

—Hay mucha gente a quien le gusta ver los partidos. Y, aunque éste está fuera del calendario del club, seguro que se ha corrido la voz de que Rashid y sus amigos ingleses querían jugar —saludó con la cabeza a algunos conocidos y tomó asiento en un confortable palco. Elizabeth y Marie ya estaban allí, viendo los ejercicios de calentamiento de los jugadores.

Bridget se sentó junto a madame al Besoud, mientras Mo se encaramaba a la barandilla para observar a su padre.

Un momento después, Rashid guió a su caballo hasta el borde del campo y les hizo señas a Bridget y a Mo para que se acercaran. Desmontó cuando llegaron a su lado.

—Papá, Bridget dice que puedes llevarme contigo en la vuelta de la victoria —

exclamó Mo.

—¿Vuelta de la victoria? —cuando Bridget se lo explicó, asintió con la cabeza—.

Estás muy segura de que vamos a ganar, si le dices eso a Mo.

—Sí, creo que vais a ganar. De hecho, creo que tú ganas la mayoría de los partidos que juegas.

Jack se acercó con su caballo y desmontó.

—¿Habéis venido a desearnos suerte? —preguntó, sonriendo a Bridget y a Mo.

—Claro, pero creo que la suerte no va a ser necesaria. Seguro que ganáis con facilidad.

—Espero que no, porque me gustan los retos. Pero también me gusta ganar.

Marie los saludó con la mano desde las gradas y se levantó. Después habló con Elizabeth y, juntas, se unieron a ellos.

—Quería darte un beso de buena suerte —dijo Marie cuando llegó junto a Jack. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

Bridget tomó a Mo de la mano.

—Será mejor que volvamos a nuestros asientos.

—¿Por qué lo está besando esa mujer? —preguntó el niño, negándose a moverse.

—Para darle suerte, querido —dijo Marie cuando terminó el beso —. Tu padre y él ganarán el partido.

—Entonces Bridget debería besar a papá para darle suerte.

Bridget miró a Rashid, que la observaba divertido.

—No, Mo. Demasiada suerte no es buena. Tu padre no necesita besos. Vamos, sentémonos —dijo mientras se daba la vuelta para regresar a las gradas.

Rashid la agarró por el brazo y la detuvo.

—Un equipo nunca tiene demasiados besos que les den suerte.

Ella lo miró a la boca y luego a los ojos.

—No voy a besarte.

—Entonces, te besaré yo a ti —se inclinó sobre ella y le cubrió los labios con los suyos, dándole un beso explosivo que casi le hizo perder el sentido. Antes de que ella pudiera moverse, Rashid la soltó y se rió —. Ahora tengo más suerte —le dijo a Mo.

El partido fue emocionante. Salina le explicó a Bridget las normas, los puntos y las penalizaciones, pero lo más excitante fue el sonido de los cascos de los caballos, el ruido del mazo al golpear la bola y los ánimos de la multitud.

No perdió a Rashid de vista ni un segundo. El marcó dos de los cinco tantos que consiguió su equipo, mientras que el contrario marcó sólo tres.

Cuando terminó, Rashid le hizo señas a Mo para que se uniera a él, y dio una vuelta a caballo para celebrar la victoria.

Salina al Besoud lo observaba todo sonriendo.

—Les has proporcionado un recuerdo que nunca olvidarán —le dijo suavemente a Bridget—. Y tal vez hayas comenzado una nueva tradición en el club.

—Rashid no veía mucho a Mo antes de que vinieras, y ahora creo que pasará más tiempo con él. Es un niño encantador, ya lo sabes, y me alegro de que ahora su padre lo reconozca. Fátima mantenía al niño siempre con ella, egoístamente. Creo que Rashid pensaba que el

cuidado de los hijos era trabajo de mujeres.

—¿Y usted cree que los hombres deberían compartir eso?

—¿Tú no?

—Claro, pero yo soy estadounidense, nosotros siempre intentamos que los padres se involucren. No estaba segura de que en otras culturas se viera de la misma manera

—contestó Bridget.

—Todos los padres quieren lo mejor para sus hijos. Le has demostrado a Rashid que puede disfrutar de su hijo antes de que se haga adulto. Ven, el coche espera.

—¿Y Mo?

—Su padre puede ocuparse de él. Tú no eres su niñera.

Capítulo 9

RASHID había invitado a los miembros del equipo contrario y a sus mujeres a cenar.

Jack estaba de muy buen humor, igual que Marie, pero Charles y Elizabeth estaban un poco más serios. Los miembros del equipo perdedor también lo estaban pasando bien.

Bridget disfrutó de la velada. Le resultó interesante ver a Rashid con gente de su misma posición social, no sólo con sus amigos de Inglaterra.

Al día siguiente se celebraría la recepción de estado, y para el día después Rashid los había invitado a todos a la playa. Los otros invitados se marcharían el miércoles de la semana siguiente, y Bridget pensaba ir al aeropuerto con ellos. Tendría que conseguir un vuelo el lunes por la mañana, antes de ir a la playa. Esperaba encontrar uno con tan poco tiempo.

Por un momento la idea de regresar a San Francisco la entristeció. Aún tenía que ocuparse de las cosas de su padre, y sabía que Antonio no la ayudaría, porque pensaba que aquello era tarea de mujeres. Sería más fácil si lo hicieran juntos, recordando a su padre y compartiendo anécdotas. Tal vez le pediría a su hermano que la ayudara.

El domingo por la tarde, Bridget estaba preparada antes de la hora. Se miró en el espejo de cuerpo entero de su habitación, observando su reflejo. Marie había insistido en peinarla, y su cabello, recogido en lo alto de la cabeza, dejaba escapar unos rizos que le enmarcaban el rostro y le acariciaban los hombros cuando giraba la cabeza.

El vestido de color crema era como un sueño. Resaltaba el color de sus mejillas y le encantaba cómo le quedaba, envolviéndola como una nube y delineando sus curvas.

Salió al pasillo con intención de ver a Mo, ya que le había prometido que le daría las buenas noches antes de ir a la recepción. Cuando llamó a su puerta, fue Rashid quien la abrió. Llevaba un traje formal y estaba impresionante. Bridget sintió que se le aceleraba el corazón, y una oleada de tristeza la invadió. Pronto se iría a San Francisco, y probablemente no volvería a verlo nunca. ¿Cómo podría soportarlo?

Rashid observó boquiabierto a Bridget. Estaba hermosísima, y el vestido parecía hecho especialmente para ella. Los rizos le caían graciosamente sobre los hombros, cuya suavidad Rashid ya conocía, pero que quería volver a sentir.

—He venido a darle las buenas noches a Mo —dijo ella.

Todos los deberes y obligaciones desaparecieron

momentáneamente para Rashid.

Deseaba llevarla a algún lugar privado y pasar la noche a solas con ella. Durante unos segundos, no dijo nada. Después, ante la mirada de ella, contestó:

—Sí, yo también.

—Bridget, estás muy guapa —dijo Mo, acercándose hasta quedarse junto a su padre

—. Pareces una princesa.

Bridget sonrió y Rashid sintió una punzada de celos, lo que era irracional. Bridget sonreía con frecuencia a su hijo, y él deseaba que también le sonriera a él de esa manera.

—Es un vestido precioso, ¿verdad? Me lo ha regalado mi prima.

Bridget se dio la vuelta para enseñarle el vestido a Mo. Rashid sentía que hubiera perdido a su padre, pero de repente pensó en cómo sería tener a Bridget en su casa.

—Mo, dale las buenas noches a Bridget. Pero nada de abrazos, porque podrías ensuciarle el vestido.

—Tonterías, un abrazo siempre merece la pena —contestó ella, abriendo los brazos.

—Estoy muy nerviosa —confesó unos momentos más tarde, cuando se dirigían a las escaleras.

—¿Por qué?

—Por la recepción, naturalmente. ¿Y si le derramo a algún embajador la bebida? Eso causaría un incidente internacional. ¿Y si me quedo sin palabras y resulto ser la única estadounidense que conocen? Pensarían que los estadounidenses somos estúpidos.

Rashid sintió ganas de reírse, pero sabía que ella lo decía en serio. Bridget no se daba cuenta de la facilidad con la que podía encandilar a cualquiera con su conversación y su honestidad.

—Primero, si derramas algo, haremos que lo limpien. Y los embajadores también son humanos. Seguro que, a lo largo de su vida, han derramado un par de bebidas. Y

segundo, la mayoría de la gente que irá a la recepción conoce a más estadounidenses.

Serás una representante perfecta de tu país.

Ella lo miró encantada.

—Gracias por decir eso, Rashid. Ha sido muy bonito.

Rashid dio un paso hacia delante, incapaz de resistirse. Le daría un beso nada más...

En aquel momento Marie salió de su habitación, los vio y los saludó. Rashid tomó aire. El beso tendría que esperar.

—Estás preciosa —le dijo a Marie con sinceridad.

—Gracias, Rashid, pero creo que tu invitada norteamericana será esta noche la más guapa. El vestido es fabuloso.

—Me encanta. Gracias otra vez por ayudarme con el pelo.

—¿Vamos a ir todos juntos? —preguntó Marie mientras bajaban las escaleras.

—Yo iré con mi abuela. Tenemos que llegar antes que los invitados. He dispuesto que otros dos coches os lleven a los demás —dijo Rashid.

Charles y Elizabeth estaban en el salón, junto a uno de los ventanales, discutiendo.

Jack aún no había bajado. Rashid esperaba que su abuela no se retrasara mucho.

—Estoy deseando ver a tus padres otra vez —dijo Marie—. Los conocí cuando fueron a París hace un par de años —le explicó a Bridget.

—Estoy seguro de que les alegrará veros a todos vosotros, y conocer a Bridget —

contestó Rashid.

—¿También asistirán tu prima Yasmin y su marido? —preguntó Bridget.

—Sí. Me aseguraré de que la conozcas. Creo que tendréis muchas cosas en común.

Rashid miró el reloj justo cuando su abuela entraba en el salón. Estaba tan elegante como siempre. Iba vestida de negro y llevaba algunas joyas.

—No os he hecho esperar mucho, ¿verdad?

—En absoluto. El coche espera fuera. ¿Estás preparada?

—Sí —Salina sonrió a Bridget—. Me encantará presentarte a mi hija y a Yasmin. Os llevaréis bien.

—Eso mismo le he dicho yo —intervino Rashid.

—Estoy deseando conocerlas —dijo Bridget.

—Muy bien. Hasta luego —se despidió Rashid.

Bridget los vio marchar, sintiéndose cada vez más nerviosa. No podía dejar de pensar en el desastre con Richard. No tocaría nada que pudiera derramarse o caerse, y así tal vez estuviera bien. Gracias a la cena de la noche anterior, por lo menos ya conocía a gente que también asistiría a la recepción.

—Me encantan este tipo de acontecimientos —dijo Marie mientras salían de la casa.

—A mí no —habría preferido quedarse leyendo un buen libro.

—¿Por qué no? Habrá mucha gente interesante con quien hablar.

—Y muchos hombres interesantes a quienes conocer —murmuró Elizabeth, mirando de reojo a Charles.

—No se me da muy bien hablar con desconocidos, a menos que sea sobre libros o algo que tenga que ver con la biblioteca.

—Habéis visto los diamantes que llevaba madame al Besoud? —

preguntó Elizabeth

—. Creo que todas las mujeres de la familia tienen montones de joyas. ¿Creéis que organizan estas recepciones para poder lucirlas?

—No me sorprendería —contestó Marie, riéndose suavemente—. ¿Por qué no me compras algo bonito, como el collar de madame? —le dijo a Jack.

—Si lo hiciera, no tendría dinero para comer en un año. No estoy a la altura de Rashid.

—Pocos lo están —comentó Charles.

Y ése era otro recordatorio del abismo que los separaba, pensó Bridget. Tenía que cortar de raíz sus sentimientos hacia Rashid. Había sido muy amable invitándola a su casa para que se recuperara de la muerte de su padre. Ella no olvidaría esa amabilidad, pero no podía haber nada más.

El palacio estaba bellamente iluminado. Los coches y las limusinas se detenían ordenadamente en el camino de entrada, y la gente se dirigía con calma al interior.

Bridget lo observaba todo fascinada, intentando recordarlo todo para poder contarlo después a sus amigos. Querrían escuchar cada detalle, y ella no quería olvidar nada.

Por un momento supo cómo debió de sentirse Cenicienta en el baile.

Con la cabeza bien alta, siguió a los demás al interior. El grupo de recepción lo formaban su Excelencia el jeque Mohammedan al Halzid, sus tres hijos y el embajador. Rashid era la única cara familiar, pero ella pudo ver el parecido con sus hermanos.

Una vez dentro Bridget admiró el esplendor de la sala, que tenía lámparas de cristal suspendidas de los altos techos y tapices de seda decorando las paredes. Charles y Elizabeth se unieron a ella.

—Esto es fabuloso —dijo él—. He visitado a Rashid varias veces, pero nunca había venido aquí.

Por primera vez, Elizabeth parecía animada. Había bastante gente en la sala; los vestidos y los trajes eran de todo tipo y tejidos, las joyas brillaban y se hablaban miles de idiomas a la vez. Bridget nunca había asistido a un acontecimiento como aquél.

—Señorita, requieren su presencia —un hombre vestido con uniforme militar se detuvo junto a Bridget.

—¿Yo? —preguntó ella.

—La acompañaré —el hombre le ofreció el brazo y ella lo tomó. Cruzaron la sala y él la dirigió hacia madame al Besoud, que estaba hablando con otras dos mujeres. Una parecía de la edad de Bridget, y la otra era mayor.

Al llegar junto a ellas, el hombre hizo una inclinación de cabeza y se alejó.

—Bridget —dijo madame al Besoud—. Estas son mi hija, Sadi, y la prima de Rashid, Yasmin. Esta es la estadounidense de la que os he hablado, Bridget Rossi.

—¿Cómo están? —Bridget las saludó con una sonrisa.

—Yo he estado en San Francisco —dijo Sadi al Halzid—. Es una ciudad preciosa, pero no me gustó la niebla. Era demasiado fría.

Bridget se rió.

—Sí, es fresca, pero nosotros la llamamos el aire acondicionado de la naturaleza.

Rashid ha tenido la amabilidad de enseñarme un poco Aboul Sari. Me gustan los oasis, pero no el desierto.

—A mí tampoco. Prefiero el aire acondicionado —dijo Yasmin—. ¿Te ha llevado Rashid al bazar?

—Bridget negó con la cabeza—. Entonces, podemos ir juntas algún día. Te enseñaré los mejores puestos.

Yasmin y Bridget se sentaron juntas y siguieron conversando. El tiempo pasó rápidamente, y los camareros pasaban de vez en cuando, ofreciendo bebidas y aperitivos. Bridget siempre declinaba el ofrecimiento. Finalmente, Yasmin dijo:

—Me estoy muriendo de hambre, pero no quiero tomar nada si tú tampoco lo haces.

¿Estás a dieta o algo así?

—No. Es que tengo miedo de tirarlo todo —aunque se sentía reacia a hablar de la última recepción a la que había asistido, empezó a contárselo a Yasmin, adornando la historia de manera que, al terminar, las dos se estaban riendo. ¿Habría superado el trauma por fin?

—El próximo baile es para mí —dijo Rashid, apareciendo de repente junto a ellas.

Bridget lo observó sorprendida. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie bailando.

—No sabía que hubiera un baile.

—Sí, está en la otra sala —Rashid saludó a su prima—. ¿Dónde está Mikeil? Me sorprende veros separados.

—Ha sido duro, pero sobreviviré. Tu padre quería que Mikeil hablara con algunas personas. Vendrá cuando acabe.

—Sin duda. Mientras, ¿puedo llevarme a Bridget?

—Que ella lo decida, pero no veo por qué querría irse cuando estamos teniendo una conversación tan fabulosa —bromeó Yasmin.

Rashid le ofreció la mano y Bridget puso la suya encima. Se levantó y sonrió a Yasmin.

—Me ha encantado conocerte. Llámame si podemos ir de compras el martes. Si no puedes, será en otra ocasión.

Yasmin también se levantó y besó a Rashid en la mejilla.

—Me gusta tu invitada. Pasadlo bien. Me aseguraré de que veas a Mikeil antes de que la noche acabe.

Rashid y Bridget cruzaron la sala y entraron en la habitación contigua, donde había un gran número de personas bailando. Rashid la tomó en sus brazos y empezó a moverse suavemente al ritmo de la música.

Bridget se sentía en el séptimo cielo. Apoyó la frente en su barbilla e inspiró su aroma. Las piernas de Rashid rozaban las suyas con cada movimiento y rápidamente él la acercó más a su cuerpo, poniéndole una mano en la espalda.

—Supongo que ya se han terminado tus obligaciones en la recepción —dijo ella un momento después.

—Así es. Ahora mi padre está presentando al embajador a algunos amigos. Estarán hablando casi toda la noche, pero a mí no me necesitan para eso.

—He conocido a tu madre y a Yasmin. Me han gustado mucho, espero volver a verlas antes de que me vaya.

—Yasmin te llamará seguramente. Tiene un amplio círculo de amigos que te gustarán. Y le encanta ir de compras.

A Bridget le encantaba la intimidad de hablar en voz baja mientras bailaban. Se sentía como si estuvieran en su propio mundo, alejados de los demás.

Cuando terminó la canción, Rashid le presentó a algunos amigos. Bridget bailó todas las piezas, algunas con hombres que hablaban inglés, y otras con otros que no lo hacían. Disfrutó mucho y el fantasma de Richard se desvaneció por completo.

Rashid le pidió otro baile a medianoche. Bridget no dudó en concedérselo.

—Mi abuela se ha ido a casa hace una hora. Cuando quieras volver, dímelo —dijo él.

—¿Cuánto durará la recepción?

—El embajador ya se ha ido. Mis padres se marcharán pronto, ya que algunas personas no se irán hasta que ellos lo hayan hecho. Los demás se quedarán el tiempo que quieran.

—Lo estoy pasando muy bien, pero probablemente me iré pronto. Los zapatos me están matando —confesó. Nunca había bailado tanto en una sola noche, y sus zapatos no estaban pensados para llevarlos muchas horas.

El se detuvo.

—¿Quieres que nos vayamos ahora?

—¡No! Quiero terminar este baile —de hecho, podría pasarse toda la noche bailando con Rashid, le dolieran los pies o no.

Rashid la estrechó contra su cuerpo y ella lo miró. Sus caras estaban tan cerca que sólo tendría que inclinarse unos centímetros

para besarlo. A no ser por la discreción que requería el protocolo, seguramente lo habría hecho. Pero Rashid era el hijo del jeque, y estaban en un lugar público donde podría avergonzarlo.

Como si Rashid le hubiera leído la mente, acortó la distancia que los separaba y le cubrió los labios con los suyos. Bridget dejó escapar un leve suspiro de placer y le devolvió el beso. Durante un momento se negó a pensar en la gente que había allí y en las consecuencias de aquel acto en público.

Saboreó cada segundo, concentrándose en cada punto en el que sus cuerpos se tocaban. Al día siguiente tendría que volver a la realidad, pero aquella noche era mágica.

—Rashid, ¿puedes hacer que un coche me lleve a casa? Me voy. ¡Charles ya me ha humillado bastante delante de todo el mundo! —dijo Elizabeth, rompiendo la burbuja de fantasía en la que Bridget flotaba.

Capítulo 10

RASHID soltó a Bridget y se volvió hacia Elizabeth. La sacó rápidamente del centro de la pista de baile, con Bridget a su lado.

—Si quieres, te llevaré a casa ahora mismo. ¿Qué ha pasado?

Elizabeth casi estaba llorando, pero podía contener las lágrimas gracias al enfado.

—Se suponía que yo era la acompañante de Charles en esta recepción. Y en todas las vacaciones. Pensaba que esto sería el lugar romántico en el que me pediría en matrimonio, pero no dejó de mirar a Francesca Bianchetti mientras estuvo aquí, y hoy ha estado flirteando con todas las mujeres guapas, ignorándome. Ya he tenido bastante, quiero regresar a la casa, hacer la maleta y marcharme.

—Muy bien, vámonos.

En unos minutos, Rashid había conseguido un coche y los tres volvían a la casa. La furia de Elizabeth era evidente; apretaba los puños con fuerza hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—Si quieres irte mañana por la mañana, yo puedo llevarte al aeropuerto —le dijo Rashid.

—Quiero marcharme esta noche.

—Es más de medianoche —dijo Bridget, preguntándose si no se habría dado cuenta de lo tarde que era.

—No me importa. No quiero quedarme ni una noche más. Charles no siente nada por mí. Es una pena que tu prima no esté aquí para consolarlo —dijo Elizabeth.

—¿Qué? —Bridget no podía creer lo que acababa de oír.

—Ya basta —dijo Rashid.

—O estás tan ciego como Charles, o no te importa, Rashid. Francesca utiliza a la gente. A ti y a Charles. Te deja que le compres ropa cara y que la lleves a lugares exóticos y ella, ¿qué te da a cambio? Te deja a su prima a tu cargo, y tú le compras ropa y la entretienes.

—¿Qué ropa? —a Bridget le dio un vuelco el corazón—. Elizabeth, ¿de qué estás hablando?

—El vestido que llevas ahora mismo y todo lo demás. No me digas que no sabes que fue Rashid quien pagó la factura.

—Lo compró Francesca.

—Díselo —ordenó Elizabeth, mirando a Rashid—. Cuéntale cómo Francesca gasta tu dinero como si fuera el suyo.

—Rashid, tú no me compraste la ropa, ¿verdad? —preguntó Bridget con horror.

—No fue nada, Bridget. Me gustó hacerlo.

—Pensé que la había comprado mi prima. No puedo dejar que tú la

pagues, te devolveré el dinero —no podía creer que Rashid lo hubiera pagado todo. Cuando lo hizo, sólo la conocía de un día, y las prendas habían costado mucho dinero.

Elizabeth soltó una carcajada.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, querida. Eso que llevas es un vestido de alta costura, y probablemente vale más de lo que gana una bibliotecaria en un año. ¿Y

qué me dices de la blusa de seda que llevabas el otro día? Posiblemente cuesta...

—¡Ya basta! —dijo Rashid—. Elizabeth, métete en tus propios asuntos. Y Bridget, ni se te ocurra devolverme el dinero. ¿Os ha quedado claro a las dos?

Bridget asintió con la cabeza e intentó recordar por qué había pensado que Francesca había pagado la ropa. Su prima había dicho que se haría cargo de todo, y ella había asumido que la pagaría. Jamás habría aceptado nada de saber que era Rashid quien lo pagaba.

—Sigo queriendo irme esta noche —dijo Elizabeth.

—No hay vuelos para Inglaterra a estas horas —contestó Rashid.

—Entonces, buscaré un hotel cerca del aeropuerto. Bridget miró por la ventanilla y deseó por un momento marcharse ella también. Se sentía totalmente avergonzada.

¿Sabrían todos en la casa que Rashid le había comprado ropa?

Llegaron a la casa en silencio. Rashid ayudó a Bridget a salir del coche y luego hizo lo mismo con Elizabeth. Envió al conductor de vuelta por los demás invitados y acompañó a las mujeres al interior.

Elizabeth fue directa a las escaleras.

—Voy a hacer la maleta.

—Tendré un coche preparado a las ocho de la mañana. No puedo dejar que te vayas ahora —dijo Rashid.

Ella dudó un momento y finalmente asintió.

—Muy bien. A primera hora de la mañana —subió corriendo las escaleras y desapareció por el pasillo.

Rashid miró a Bridget.

—¿Quieres irte a la cama ahora o prefieres quedarte un rato conmigo? ¿Te gustaría beber o comer algo?

Ella negó con la cabeza. Aunque no había comido casi nada en la recepción, estaba demasiado confundida para tener hambre.

—Aún no estoy preparada para irme a la cama. En cuanto a los vestidos...

Rashid le puso un dedo en los labios, haciéndola callar.

—No quiero hablar de eso. Disfrútalos. Estás preciosa con esa ropa y, a pesar de lo que ha dicho Elizabeth, no ha costado una fortuna. Ven, demos una vuelta por los jardines. El buen tiempo no durará siempre —la tomó suavemente del brazo y la condujo a las puertas

acristaladas.

El aroma de los jazmines llenaba el aire, y la brisa agitaba levemente las hojas, creando una melodía mágica.

—¿Te ha gustado la recepción? —preguntó Rashid mientras paseaban por el jardín.

—Sorprendentemente, sí. Gracias por haberme invitado. Tengo montones de cosas que contar a mis amigos cuando vuelva a casa. Y estar aquí me ha ayudado a superar el dolor por la muerte de mi padre.

Aunque ahora tendría que enfrentarse con el dolor de un corazón roto, pero eso Rashid no debía saberlo nunca. Bridget deseaba estar con él, y un paseo por el jardín no le haría ningún daño. Una noche no significaría nada, y ella tendría otro recuerdo.

El se detuvo y se giró para mirarla, tomándole la cara entre las manos.

—Es un placer tenerte aquí, Bridget. Recuérdalo —entonces la besó.

Fue un beso inesperado, pero bienvenido. Bridget también lo besó, deleitándose en el abrazo cuando Rashid la rodeó con sus brazos y la acercó aún más a él. Unos instantes después sintió sus dedos en el cabello, soltándole las horquillas y dejando caer el pelo sobre sus hombros.

Rashid se apartó un poco y la miró, reflejándose la satisfacción en sus ojos.

—He deseado hacer esto desde que te vi por primera vez esta noche —le pasó los dedos por los suaves mechones, provocándole una oleada de placer—. Desearía verlo esparcido en mi almohada, verlo a la luz de la luna y al alba. Quédate conmigo, Bridget, después de que los demás se vayan el miércoles. Quédate un poco más.

Ella se liberó de su abrazo y lo miró. Durante unos segundos sintió esperanza, pero después se dio cuenta de lo que había dicho. Y de lo que no había dicho. ¿Le estaba proponiendo una aventura?

—No, no puedo quedarme. Tengo que volver a casa —Bridget dio un paso atrás, deseando que Rashid le despejara todas las dudas, que le dijera que la quería y que quería casarse con ella y tener media docena de hijos.

—En casa no te espera nada importante. Quédate un poco más —le pidió.

Pero Bridget sabía que aquello no tenía nada que ver con una declaración de amor.

—Creía que habíamos... —empezó a decir.

Rashid levantó la cabeza y se quedó escuchando. Bridget lo miró, deseando que las cosas fueran más fáciles, deseando no estar a punto de aceptar su oferta. Pero no podía. ¿Cuánto más se enamoraría de él

si se quedaba? Rashid no la amaba, y ella no lo daría todo, como había hecho su madre, sólo para encontrarse con la indiferencia.

—Los demás han vuelto —dijo él.

Bridget se llevó la mano al pelo.

—No puedo entrar con este aspecto.

—Muy bien, espera aquí. Los acompañaré arriba y después podrás entrar.

Bridget lo siguió, deteniéndose un poco antes de llegar a la casa. En el salón podía ver a Charles y a Jack discutiendo. Marie bostezaba. Rashid entró desde la terraza y ella dio un paso atrás, aunque sabía que, estando en la oscuridad, no podían verla.

Unos momentos después, todos abandonaron el salón.

¿Había tomado la decisión correcta? Se humedeció los labios, sintiendo aún el sabor de Rashid. Nunca había estado con un hombre que le hiciera sentir tanto, pero aquello era como un cuento de hadas. Cuando llegara a casa todo se desvanecería y olvidaría los sentimientos que esa noche amenazaban con desbordarla.

Esperó unos minutos más, se arregló el pelo lo mejor que pudo y entró en el salón, cerrando las puertas a su espalda. Subió las escaleras despacio, sintiéndose como si estuviera haciendo algo ilegal. El encanto de la noche había desaparecido. Estaba cansada y sólo quería irse a la cama.

A la mañana siguiente, Bridget se levantó temprano. No había dormido bien. Un día en la playa era justo lo que necesitaba. Rashid y Mo también estarían, así que ella pasaría el día con el niño e intentaría ignorar a Rashid.

Al día siguiente haría la maleta y se marcharía el miércoles. Pero aún no había hecho la reserva de vuelo, y eso tenía que solucionarlo rápidamente. Salió de su habitación y se encontró con Elizabeth, que dejaba la suya. Llevaba ropa de viaje.

—Elizabeth, ¿cómo has conseguido el vuelo? —le preguntó.

—Por teléfono —caminaba con la cabeza alta, pero Bridget pudo ver que tenía los ojos hinchados de haber llorado.

—¿La operadora habla inglés?

—Pide que te atienda alguien que hable inglés. Tendrás que usar el teléfono del estudio de Rashid

—Elizabeth se detuvo en lo alto de las escaleras y se giró para mirarla—. Siento lo de anoche. Después de decirlo me di cuenta de que no sabías que Rashid había pagado toda la ropa. Tú no hiciste nada mal y yo me disculpo por lo que dije de tu prima.

—Siento los problemas que ella haya podido causar —dijo Bridget.

A Elizabeth se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo también —dijo, y empezó a bajar.

Bridget la vio bajar. No tenía ni idea de dónde estaba el estudio de

Rashid.

Suspirando, decidió que tendría que preguntarle cuando lo viera.

Era temprano, pero Mo estaría despierto. Tal vez pudiera desayunar con él y evitar la discusión que se produciría seguramente en el salón, cuando los demás supieran que Elizabeth se había ido.

Mo estuvo encantado de verla. Charlaron mientras desayunaban, y Bridget deseó que Rashid se hubiera unido a ellos.

¿Acaso estaba padeciendo el mismo sufrimiento por el que había pasado su madre?

Su madre había querido a Antonio tanto como a ella, y había intentado complacer a su padre, deseando que la quisiera tanto como había querido a Isabella.

Bridget no quería caer en la misma trampa, pero sabía que había muchas similitudes.

Aunque la primera de todas no existía; Rashid no le había pedido que se casara con él. Se sentía atraído por ella y no lo ocultaba. Pero la atracción física no era suficiente.

Ella quería un amor tan fuerte que durara para siempre. ¿Era mucho pedir? Sólo con Rashid. Pero él había amado a su primera mujer, y nada indicaba que quisiera casarse de nuevo.

Pero era inútil pensar en todo eso. En vez de estar dándole vueltas a esas ideas, debería estar planeando la vuelta a casa. Tenía que continuar con su vida.

—¿Vas mucho al mar? —le preguntó Mo—. Alaya me ha enseñado dónde vives, y está muy cerca del agua.

—San Francisco está en un extremo de una península 0así que tenemos mucho agua alrededor. Pero no voy mucho a la playa. El agua está bastante fría, no es cálida como en el Mediterráneo. ¿A ti te gusta la playa?

—Sí. Hago castillos de arena, excavo para buscar agua y buceo en las olas, como papá dijo que haría si llegara una ola grande.

—Eres un buen nadador, pero no te alejes mucho de la orilla.

—Oh, no. Podría llevarme una ola y papá tardaría mucho en encontrarme.

Bridget sonrió al escuchar el tono solemne de Mo. Era evidente que alguien le había enseñado bien.

Cuando todos estuvieron listos para marcharse, se reunieron en la entrada. Rashid decidió quién iría con quién e informó a los demás de que Bridget y él viajarían en su coche deportivo.

El viaje fue increíble. Bridget se preguntó si debería comprarse un descapotable cuando regresara a San Francisco, porque se sentía libre con el cabello al viento y sintiendo el sol sobre la piel. Pero desde luego, no sería lo mismo sin tener a una persona especial con quien compartirlo.

—Pareces triste. ¿Qué ocurre? —preguntó Rashid.

—Estoy pensando que ya se terminan las vacaciones. Tengo que encontrar vuelo para el miércoles.

—Me gustaría que te quedaras.

—Me lo he pasado muy bien —dijo educadamente—. Echaré de menos todo esto

—«y a ti!», pensó.

—Entonces, no te vayas. Quédate, Bridget. Quédate conmigo.

—¿Durante cuánto tiempo? —«por favor, di para siempre. Dime que me quieres».

—El tiempo que queramos. Por lo menos, durante el verano. Puedo enseñarte más cosas de Aboul San y llevarte en mi yate. Cuando se vayan los demás, mi abuela también regresará a su casa. Sólo estaremos tú y yo.

—Y Mo —dijo ella—. Gracias por el ofrecimiento, pero tengo que volver a casa.

—No digas que no sin pensarlo —casi le ordenó.

—Muy bien, pensaré en ello antes de decir que no.

Intentó parecer desenfadada, para que Rashid no adivinara que estaba deseando hacer lo que le pedía. Pero no había dicho ni una sola palabra de amor, y Bridget sabía que no estaba hecha para mantener una aventura.

Capítulo 11

CUANDO llegaron a la playa ya había varios coches aparcados en la zona pavimentada de la carretera. Al frente se extendía un largo tramo de arena blanca y, más allá, el fantástico azul del mar Mediterráneo. Excepto por varias sillas dispuestas cerca del agua y una tienda abierta que cobijaba mesas con comida, el lugar estaba desierto.

—Esto es precioso —dijo Bridget cuando detuvieron el coche cerca de la arena—. ¿Es tu playa privada?

—Es de mi familia, sí.

Bridget no podía imaginarse tener una playa entera para una sola familia. Le parecía algo inconcebible. Agarró su bolsa y se unió a Rashid, que ya se estaba internando en la playa.

La arena estaba cálida. Caminaron hacia la tienda, donde habían dispuesto varias mesas y sillas. También había unas cuantas toallas esponjosas. Los sirvientes estaban preparando la comida en una larga mesa, tipo buffet, y había tumbonas cerca de la orilla.

—Es perfecto —dijo ella, observándolo todo. Nunca se habría imaginado tal despliegue en una playa.

Poco después los demás se unieron a ellos. Mo estaba muy emocionado ante la idea de nadar y, a pesar de que Rashid dijo que Bridget no necesitaba acompañarlo, porque Alaya estaba allí para vigilarlo, ella agarró al niño de la mano y se encaminaron al agua. Unos momentos después, Rashid los alcanzó.

Bridget se sentía en el paraíso. El sol calentaba suavemente y el agua era como seda acariciándole la piel. La temperatura era ideal para refrescarse sin pasar frío.

Los tres jugaron un rato, hasta que Mo se cansó. Entonces Rashid lo mandó con Alaya, y se quedó nadando con Bridget. Ella comenzó a flotar de espaldas, observando el cielo.

—Esto es mucho más agradable que el trozo de Océano Pacífico que hay en San Francisco —comentó.

—Otro incentivo para quedarse —dijo él.

Bridget se incorporó hasta quedarse de pie en el agua. Rashid estaba mucho más cerca de lo que esperaba.

—Tengo más tentaciones para quedarme, aparte del mar —respondió ella.

—Bien —la acercó a él y la besó.

Bridget sintió que cada poro de su piel se inflamaba. Le pasó los brazos alrededor del cuello para pegarse aún más a él. Rashid llevaba un bañador de surf y ella, un sencillo biquini, con lo que una gran parte de sus pieles desnudas se tocaban. Bridget deseó, y no por

primera vez, que Rashid la amara tanto como ella lo amaba a él.

Quería saberlo todo de él, acariciarlo, saber que su vida estaría completa con él a su lado.

Las piernas de Rashid tocaban las suyas cada vez que pataleaba suavemente para mantenerse a flote, y Bridget se perdió en las sensaciones que la inundaban cuando profundizaron el beso.

Algún sonido de la playa rompió la bruma que la rodeaba y se apartó ligeramente.

Los ojos oscuros de Rashid la miraron y ella sintió un escalofrío a pesar del calor, al ver el deseo que él no se molestaba en ocultar.

—Los demás invitados deben de estar preguntándose qué estamos haciendo —dijo ella con voz ronca. Tenía los pechos apretados contra el torso de él, y sus piernas seguían rozándose con el movimiento.

—Si tienen ojos, podrán verlo ellos mismos.

—Creo que debería volver —dijo ella.

—Se te da bien huir —bromeó Rashid.

—A veces la retirada es la mejor estrategia. Al menos, hasta que pueda recuperarme.

Rashid la soltó lentamente.

—Recupérate y vuelve —le dijo.

Bridget nadó hasta la orilla y salió del agua a alguna distancia de las tumbonas. De camino a la tienda tomó una toalla que le ofrecía un sirviente y se secó la cara.

Después se envolvió en la toalla.

Tomó un refresco y miró a Rashid, que nadaba paralelo a la orilla. Era un gran nadador, pero besaba aún mejor, pensó, sintiendo que se le aceleraba el corazón.

Miró alrededor, Mo estaba cerca del agua con Alaya, haciendo un gran castillo de arena. Se dirigió a las tumbonas, donde estaban Jack y Marie. Entre ellos y Charles había dos sillas vacías, y Charles miraba al mar, pero algo en su actitud sugería que sus pensamientos estaban en otra parte.

Bridget sentía la arena cálida bajo los pies. Empezó a caminar despacio, bebiendo su refresco.

—Tienes que admitir que tiene sentido. Siempre he pensado que debería haber tenido más niños —estaba diciendo Jack—. A ella le gusta su hijo, y es lo suficientemente atractiva como para tener niños guapos. ¿Y a quién no le gustaría la vida que él lleva?

Marie estaba tumbada de espaldas, con los ojos cerrados y tomando el sol.

—Las mujeres desean algo más que ser buenas madres —murmuró.

—Sí, pero con el dinero que él tiene podría comprarle a Bridget lo que quisiera.

Bridget se detuvo, asombrada al descubrir que estaban hablando

de ella.

—Tal vez el dinero no sea tan importante. Su padre hizo una pequeña fortuna con los restaurantes. Probablemente ya tenga todo lo que quiere —dijo Marie.

—Pero nada como lo que Rashid puede darle —continuó Jack—. Te apuesto lo que quieras a que se declara antes de que ella se vaya. Casi siempre están juntos, seguro que tienen muchas cosas de las que hablar.

—No crees que esté enamorado de ella, ¿verdad? —preguntó Marie.

—No que yo sepa. Pero se siente atraído por ella, y eso puede ser suficiente.

Bridget sabía que no debía escuchar a escondidas, pero ardía en deseos de oír más.

—¿Es suficiente para ti? —preguntó Marie.

—Yo no tengo, un hijo que necesite una madre.

—Mo se está educando bien sin una.

—No, todos los niños necesitan una madre. ¿Quieres apostar?

—Yo digo que Rashid no se declara antes de que ella se vaya —afirmó Marie.

—¿Y si lo hace?

—Entonces te haré la cena durante un mes.

Jack se quedó callado un momento. Bridget tuvo miedo de moverse por si la descubrían. ¿Podría retirarse sin que se dieran cuenta de su presencia?

—En realidad, lo que quiero no es una apuesta —dijo Jack.

Marie se giró y lo miró.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Me gustaría que las cenas las hicieras igualmente... siendo mi mujer.

Marie se sentó y los dos se miraron fijamente. Bridget retrocedió lentamente y se metió en la tienda. Estaba conmocionada al saber que Jack y Marie pensaban que Rashid se declararía para conseguir una madre para Mo, y lo único que quería en ese momento era marcharse. Se había jurado a sí misma que nunca sería el segundo plato de un hombre. No cometería el mismo error que había cometido su madre.

Si pudiera irse en aquel mismo instante, lo haría. ¿Acaso Rashid pensaba que ella estaba buscando que le propusiera matrimonio? ¿Sería eso lo que él quería, encontrar una madre adecuada para su hijo?

Charles entró en la tienda y, dirigiéndose a un sirviente, dijo:

—Tengo que regresar a la casa y recoger mis cosas. Me voy al aeropuerto.

—Sí, señor. Un coche lo llevará —contestó el hombre.

—Espera —dijo Bridget, siguiendo un impulso—. Quiero volver contigo —se suponía que se marcharía dos días después, pero tal vez fuera mejor terminar con todo en ese momento, antes de pasar más vergüenza. Antes de que Rashid le pidiera una respuesta que estaba deseando dar, aunque sabía que era errónea.

Charles la miró extrañado, como si la viera por primera vez.

—Me voy. Elizabeth tenía razón, y necesito hacer las paces con ella.

—¿Puedo ir contigo al aeropuerto? —podría comprar el billete allí mismo y, si no tenía suerte, se quedaría en un hotel de la ciudad—. Dígale a Su Excelencia que he tenido que marcharme —le dijo al sirviente. Se puso un ligero vestido sobre el biquini, se calzó y metió el resto de cosas en su bolsa—. Estoy lista —le dijo a Charles.

Cuando llegaron a la casa, Charles bajó primero del coche y ayudó a Bridget a salir.

—Espérame, no tardaré más de quince minutos —dijo ella.

Entró en la casa y corrió a su habitación. Se dio una ducha rápida para quitarse la sal y se vistió. En menos de cinco minutos había recogido la ropa con la que había llegado a la casa y estaba preparada. Le echó una última mirada a la habitación, bajó las escaleras rápidamente y salió por la puerta principal.

El conductor ya había metido el equipaje de Charles en el maletero. Tomó el de Bridget sin hacer ningún comentario y ella se sentó en el asiento trasero, junto a Charles.

—¿No crees que es de mala educación irse sin despedirse? —preguntó Charles.

—¿No te has despedido? —él negó con la cabeza—. Supongo que nos tacharán a los dos de maleducados —dijo Bridget, deseando que todo hubiera acabado de otra manera.

Bridget miró hacia atrás mientras se alejaban. Siempre recordaría aquella casa. De pronto sintió un agudo dolor en el pecho. Escribiría a Mo, a madame al Besoud y a Rashid. Se inventaría alguna excusa para que no se enfadaran, pero no volvería.

Se incorporó en el asiento cuando tomaban la carretera principal. Su vida nunca sería igual después de haber conocido a Rashid.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —preguntó Rashid.

—He comprobado su habitación. Hay algo de ropa en el armario, pero lo demás ha desaparecido. Su maleta, su bolso, sus cosas de aseo… No hay nada —respondió la doncella.

Ya era más de media tarde y no había visto a Bridget desde que se separara de él en la playa. Después de comer con Jack y Marie, había regresado a la casa para buscarla.

Cuando le pidió a una de las doncellas que fuera a ver si estaba bien, se enteró de que se había ido. ¿Con Charles? Tenía que haber

sido así, ya que no había salido ningún otro coche aquel día.

Despidió a la doncella y llamó al garaje. El conductor le confirmó que había llevado a dos pasajeros al aeropuerto por la mañana.

Se había ido sin dar ninguna explicación. Sin despedirse.

Colgó el teléfono y se quedó con la mirada perdida. Cerró los puños con fuerza.

Había querido que se quedara más tiempo, no que se fuera antes. Había manejado mal la situación.

Se dirigió al cuarto de Bridget. Abrió la puerta y se quedó allí unos minutos, como si esperara verla aparecer en cualquier momento. Se acercó al armario y lo abrió. Allí estaba la ropa que él le había comprado. Bridget se había horrorizado al descubrir que había sido él quien había pagado la ropa, y aquel gesto era su forma de sentirse mejor.

Rashid tenía otros invitados de los que ocuparse. Bridget había tomado una decisión.

El habría esperado otra cosa, pero tenía que aceptarlo.

Abandonó la habitación lentamente, cerrando la puerta detrás de él.

Capítulo 12

HABÍA pasado un mes desde que Bridget volvió a casa. Sus amigos la habían ayudado a organizar las cosas de su padre y a enfrentarse a su nueva vida.

Antonio le había ofrecido un trabajo en el restaurante, pero ella lo había rechazado.

Prefería seguir en la biblioteca.

Al volver a San Francisco había escrito a Rashid, incluyendo también una nota para madame y para Mo. Como no sabía la dirección, había enviado la carta directamente a la capital, y no tenía forma de saber si le había llegado o no.

El amor que sentía por él no había disminuido desde que se había marchado de Alidan. Seguramente, lo haría con el tiempo. O eso esperaba.

Tenía gracia. Había estado esperando el amor durante tanto tiempo, y cuando por fin lo encontraba tenía que marcharse y abandonarlo. La vida no siempre era justa.

El tiempo curaría todas sus heridas, y Bridget esperaba que fuera pronto. Se quedaba con la mirada perdida en los momentos más inoportunos, como en aquél, cuando debería terminar de pasar la aspiradora por el salón. Recordó que les había dicho a Mo y a Rashid que ella hacía todo el trabajo en su casa. Recordó cómo solía mirarla Rashid y la pasión de sus besos.

Algún día dejaría de ver a Rashid en cada hombre moreno con el que se encontraba.

Como en el hombre que en ese momento subía las escaleras hasta su casa, pensó.

Pero al mirar detrás de él vio una limusina negra, y a un guardaespaldas conocido de pie junto a las escaleras, con una pequeña maleta.

¡Cielo santo, era Rashid!

Bridget corrió a la puerta y la abrió antes de que él pudiera llamar.

—Hola, Bridget —dijo él.

—Rashid. ¿Qué te trae por aquí?

—Podría haberte llamado antes, pero pensé que tal vez te negarías a verme. He debido de ofenderte mucho para que te marcharas tan repentinamente.

—No, no me has ofendido. Me fui por otra razón. Por un montón de razones, en realidad.

Rashid chasqueó los dedos y el guardaespaldas se acercó con la maleta y la dejó a los pies de Bridget.

—Te olvidaste algunas cosas —dijo Rashid.

Ella miró la maleta. Sabía que era la ropa.

—Pensé que no debería llevármela.

—Es tuya. Si tengo que aceptar dinero para que te la quedes, lo haré. Pero no me costó mucho, y me gustaría que la tuvieras.

—Gracias —se mordió el labio inferior. Lo que ella quería saber era qué hacía Rashid allí. Seguramente no habría viajado desde Aboul Sari para devolverle la ropa.

—¿Vas a invitarme a entrar? —preguntó él.

—Sí, claro. Pasa. ¿Les gustaría entrar también a tus hombres?

—No, están bien fuera.

—¿Con la niebla y el frío? —la niebla ascendía desde el océano, tapando el sol y enfriando el ambiente.

—Es un agradable cambio después del calor de Aboul Sari.

Rashid entró en el salón y ella lo siguió. De pronto él pareció llenar toda la habitación con su presencia, y ella no pudo dejar de mirarlo. No sabía por qué estaba allí, pero se alegraba de que hubiera ido a verla. Sin embargo, deseaba que las cosas fueran diferentes.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí. Y también mi abuela y Mo. Te echan de menos. Fue... poco acertado que te fueras sin despedirte de ellos.

—Sí, lo siento. Fui una maleducada. Sabía que estaba mal, pero tuve que marcharme.

—Eso parece.

Ella lo miró. Rashid no tenía ni idea de por qué se había ido, y tenía que asegurarse de que siguiera así.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo? ¿Café?

—No. Ven, siéntate a mi lado.

Ella dudó.

—¿Por qué has venido, Rashid?

Él se sentó en el sofá y estiró las piernas, mirándose los zapatos relucientes.

—Mo se sintió muy decepcionado cuando se dio cuenta de que te habías ido de repente.

Ella atravesó la habitación y se sentó junto a él, dejando un espacio entre ellos.

—Había una nota para él en la carta que te envié.

—¿Por qué te marchaste así? ¿Fue por el beso en el mar? ¿Porque te pedí que te quedaras?

Bridget se ruborizó. No se atrevía a contarle la verdad.

Rashid la miró durante unos momentos sin decir nada. Luego habló por fin.

—Jack y Marie sugirieron que había algo entre nosotros.

Bridget se aclaró la garganta nerviosamente.

—¿Algo entre nosotros?

Rashid alargó la mano. Bridget la observó y, despacio, la tomó. Cuando los dedos de Rashid la rodearon, sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Sé que piensas que soy un hombre que aceptaría a la mujer que le impusieran sus padres, pero no es así. Me casé para complacerlos cuando era más joven. Aprendí a querer a Fátima y la quise hasta que murió, pero no deshonraría a mi futura esposa queriéndola menos.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Durante un segundo le pareció ver que Rashid estaba nervioso. Pero aquello era una tontería. Aquel hombre no había estado nervioso en su vida.

—¿Te casarás conmigo, Bridget? Sé mi esposa. Te prometo total fidelidad hasta la muerte.

¿Quería casarse con ella? ¿Creía que sería una esposa apropiada? Entonces recordó la conversación que había oído en la playa.

—Aprecio tu ofrecimiento, pero...

—Esta vez no se trata de la elección de mis padres, sino de la mía.

Bridget se sentía confusa. Rashid seguía sosteniéndole la mano y ella sólo podía pensar en cuánto deseaba que la tomara en sus brazos y la besara.

—Puede que tus padres piensen que no soy la mujer adecuada —dijo, intentando razonar.

—Yo creo que eres perfecta. Pero ésa no es la razón para este matrimonio.

—¿Cuál es entonces? —el corazón le latía tan aceleradamente que pensó que Rashid podría oírlo.

—El amor.

—¿El amor? Pensé que amabas a Fátima.

—Y la amaba. Pero eso cambió el día que te fuiste.

—¿Me fui y dejaste de quererla?

—Cuando te fuiste me sentí perdido. No podía trabajar porque estaba preocupado por ti. No podía descansar por las noches porque soñaba contigo. No podía disfrutar con mi hijo porque pensaba en lo divertido que era todo cuando estabas con nosotros.

—Rashid...

—Cuando te fuiste, me di cuenta de que te habías llevado mi corazón. Este mes ha sido un infierno. Estoy sorprendido de descubrir este amor tan profundo que no me deja hacer nada, de querer a una mujer a la que he conocido hace sólo unas semanas y de quien no sé si le gusto o si siente algo por mí. He venido para agasajarte, para esparcir pétalos de rosa a tus pies y para convertir esto en una romántica proposición de matrimonio. Quiero que seas mi esposa.

—Oh, Rashid! —le echó los brazos alrededor del cuello y cuando él

la besó apasionadamente, todas sus dudas desaparecieron.

—¿Es eso un sí?

—¡Sí y mil veces sí! ¡Te quiero! No necesito que me agasajes ni que esparzas pétalos de rosa a mis pies, aunque sería agradable, si quieres hacerlo.

—Te quiero —dijo, besándola de nuevo—. Pediré cinco docenas de rosas. ¿Cuándo te convertirás en mi esposa?

—Lo antes posible. No puedo creerlo... —entonces lo miró con recelo—. ¿Estás seguro de que me quieres? Recuerda lo que te dije de mis padres...

—Pero yo no soy tu padre. Quise a Fátima, pero hace tres años que se ha ido. A ti te quiero de otra manera, mucho más de lo que pensé que fuera posible. Dime otra vez que me quieres —le pidió.

Ella sonrió y lo miró a los ojos.

—Probablemente te lo diré cien veces al día. Te quiero. Te quiero desde el día en que me invitaste a quedarme en tu casa para recuperarme de la muerte de mi padre.

Fuiste muy amable. Nadie de mi familia pareció entenderlo, pero tú sí lo hiciste. El tiempo que pasé contigo en Aboul Sari hizo que mis sentimientos se fortalecieran, hasta el punto de que cuando me fui, sentí que se me rompía el corazón.

—Y has hecho que viniera por ti. Cuando pienso en cómo será mi vida dentro de treinta años, no puedo imaginármela sin ti.

Bridget se abrazó a él y miró a su alrededor.

—Supongo que, después de todo, venderé esta casa.

—Sólo si tú quieres. O puedes dejarla para alguno de nuestros hijos. Tal vez les guste vivir en San Francisco.

Ella lo miró y sonrió.

—¿Uno de nuestros hijos?

—Dijiste que querías media docena. Si todos son tan encantadores como Mo, llenarán nuestra vida de felicidad.

—Estar contigo es lo que llenará mi vida de felicidad. Pero me gustaría tener muchos bebés. Tus bebés —dijo ella.

—La casa es grande, así que podemos tener todos los que quieras —se llevó su mano a los labios, le besó la palma y luego se la llevó al corazón—. Te amo, Bridget.

Comparte tu vida conmigo.

Un año después

Francesca se inclinó sobre la cuna, contemplando a la pequeña que dormía plácidamente.

—Así que has encontrado el amor de tu vida —le dijo a Bridget.

—Sí, soy muy feliz. ¿No te sientes como una celestina, al habernos presentado?

—Nunca lo sospeché —contestó, acariciando con un dedo la

mejilla sonrosada del bebé—. Rashid hizo su propia elección después de conocerte.

—Aboul Sari está mucho más cerca de Italia que San Francisco. Ven a visitamos más a menudo.

—Lo haré. El amor se palpa entre vosotros. Gracias por hacerlo extensivo a mí también.

—Eres mi prima favorita. Queremos compartirlo contigo —dijo Bridget.

Rashid apareció en la puerta y Bridget le sonrió.

—Tienes razón, Francesca, el amor se palpa entre nosotros.

Bridget sintió que se le aceleraba el corazón con sólo mirarlo a los ojos, y deseó que fuera así para siempre.

Fin